MARTINA LEIVA

SOCORRO, ¡me ahogo!



MARTINA LEIVA

SOCORRO, ¡me ahogo!

Primera edición.
Socorro, ¡me ahogo!
©Martina Leiva
©abril, 2026
©Imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Capítulo 1



Valeria

Había llegado el momento deseado por cualquier estudiante: nuestra graduación en la universidad.

Blanca, Carla y yo, Valeria, habíamos terminado Diseño Gráfico con unas notas espléndidas. La verdad es que, durante el curso, nos dejamos las pestañas estudiando.

Nuestros padres tenían una empresa de publicidad, y empezaríamos a trabajar en ella de manera inmediata. Eso sí, cuando pasara el verano, porque estos meses nos los íbamos a pasar tiradas en la playa.

Carla era hija única, al igual que Blanca, mientras que yo tenía un hermano, Álvaro, que era once meses mayor que yo.

Nos llevábamos de maravilla, pero cada uno en su terreno. A ver, me explico: no éramos los típicos hermanos que salían de fiesta juntos, ni mucho menos.

Mi hermano había estudiado Marketing y Publicidad, y empezó a trabajar en la empresa familiar incluso antes de terminar la carrera, pues hizo las prácticas allí y continuó trabajando después a media jornada.

Yo era todo lo contrario; no es que fuera una vaga que no quisiera dar un palo al agua, ni mucho menos. Simplemente, que antes de meterme de lleno en el mundo laboral quería disfrutar unos meses de libertad.

Nos estábamos arreglando en mi casa, pues nos íbamos a la ceremonia de graduación, desde donde nos iríamos a cenar con la familia y a tomar una copa después.

—¡Ole y ole! —dijo Carla al verme.

—Venga, chicas, que al final llegaremos tarde —nos insistía Blanca.

—Amiga, relájate, que tenemos tiempo de sobra —le contesté.

En ese momento, mi madre llamó a la puerta de mi habitación, donde le di paso.

Mi madre era de esas mujeres que parecían inaccesibles, pero que, luego, cuando la tratabas, eran todo lo contrario.

Le gustaba más un sarao que a un tonto un lápiz, y un cotilleo; se moría por preguntar cada vez que llegaba de fiesta.

No tenía secretos con ella, nunca los había tenido. Recuerdo la primera vez que me planteé tener relaciones sexuales con un chico.

No tuve que buscar en internet ni preguntar a otras personas, como lo habían hecho mis amigas; yo acudí directamente a ella.

Mi madre fue la que me explicó todo, la que me aconsejó que, si de verdad me apetecía y estaba preparada, me dejara llevar.

—Chicas, qué preciosas estáis —nos dijo.

—Gracias, Melania, tú también estás muy guapa —le dijo Carla.

—Hija, ¿puedes salir un momento? —me preguntó.

—Claro, dame un minuto, que termine de pintarme los labios, y enseguida bajo.

Me apliqué el brillo labial y cogí mi bolso, diciéndole a mis amigas que las esperaba abajo, en el jardín.

Cuando llegué hasta la parte exterior, mis padres y mi hermano me esperaban con una sonrisa y una enorme caja con un lazo.

—¿Y esto? —pregunté.

—Enhorabuena, enana, ya eres toda una señorita licenciada en Diseño Gráfico —me dijo mi hermano, cogiéndome en brazos.

—Esto, hija mía, es tu regalo de graduación. Espero haber acertado con el color —dijo mi padre.

Me acerqué a la caja y cogí la punta del lazo que sostenía mi madre, y de la que tenía que tirar.

Cuando tiré de ella y la caja se abrió, no me podía creer lo que tenía delante. Miré a todos con una sonrisa en la cara y empecé a dar saltos de alegría.

—¡Gracias, gracias, gracias! —exclamé.

—¿Te ha gustado, cariño? —preguntó mi madre.

—Me ha encantado, es precioso, de verdad.

Mis padres y mi hermano me habían regalado un coche; bueno, en realidad, un cochazo.

Era el último modelo de una de las firmas más prestigiosas del mundo del automóvil, de color azul marino y de lo más elegante.

Tenía cinco plazas y era un todoterreno grande, justo como a mí me gustaban los coches.

Mis amigas salieron al jardín, alertadas por mis gritos y, cuando lo vieron, se llevaron las manos a la boca por la sorpresa.

Cuando me saqué el carné de conducir, a los diecinueve años, porque el práctico me costó un poquito, mi padre se negó a comprarme un coche.

Decía que era tirar el dinero, porque lo partiría en dos días. Así que me quedé con el coche de mi madre, que tenía más años que un bosque.

Hasta ayer mismo lo estuve utilizando y pensaba seguir con él hasta que ganara mi primer sueldo. Con mi primer contrato tenía pensado comprarme uno nuevo.

Pero al final no hizo falta, porque mis padres y mi hermano se me habían adelantado con aquel regalo.

Esa noche no pensaba estrenar el coche nuevo; lo dejaría para el día siguiente, cuando nos fuéramos a la casa de la playa a pasar el verano.

—Ya está el coche que habíais reservado esperando en la puerta —me dijo mi hermano.

—Gracias, Alvarito, nos vemos luego.

Salimos hasta donde estaba el coche con conductor que habíamos contratado para que nos llevara durante toda la noche, tirándole a mi hermano un beso con la mano.

Mi hermano soltó una risotada, pues yo era muy payasa, mientras que él era el recto de la familia, aunque se reía muchísimo con mis cosas.

—Tu hermano cada día está más bueno —dijo Carla.

—Pues ya sabes, lígatelo —contesté, encogiéndome de hombros.

—¿Qué dices, loca? Además, él está saliendo con la estirada esa de Vanesa…

—¿¡Con esa!? Por favor, si es el catálogo de una clínica de estética. Tiene hechas todas las operaciones que una persona pueda hacerse.

Hasta el conductor del coche soltó una carcajada cuando dije eso. No podía con ella, esa mujer era superior a mis fuerzas, os lo prometo.

No tenía nada bonito, era antipática, siliconada, estirada y altiva. No podía entender lo que había visto mi hermano en ella.

Está feo que yo lo diga, porque es mi hermano, pero es que era para verlo. No se podía ser más guapo que él.

Sí es cierto que estirado también era; en eso se parecía a nuestro padre, que se pensaba que era de la realeza.

Económicamente, a las tres familias nos iba muy bien, y podíamos permitirnos lujos a los que otras personas no tenían acceso. Pero eso no significaba que tuviera que ir mirando a la gente por encima del hombro.

Yo era más como mi madre, que no miraba el dinero, sino la calidad de la persona. De hecho, su mejor amiga era limpiadora en la empresa de la familia, pero a ella le daba igual.

No así a mi padre, que, cuando se enteró, puso el grito en el cielo, pero a mi madre le dio igual, porque siguió hablando con ella y quedando para tomar algo cuando les apetecía.

Tan solo esperaba que no viniera a la fiesta de la graduación, aunque no lo creía, pues mi hermano no había hecho las presentaciones oficiales, y mi padre, para eso, era muy cuadriculado.

La ceremonia fue preciosa, pero creo que, más que por la ceremonia en sí, fue por el hecho de que terminábamos una etapa. Dura, sí, pero que todo el mundo debería vivir una vez en la vida.

Significaba el paso de la adolescencia a la edad adulta, donde descubres el amor, el sexo y la fiesta, pero también labras tu futuro y forjas unas amistades que suelen durar toda la vida.

No había sido así con nosotras, porque nos conocíamos desde que nacimos, ya que nuestros padres también eran amigos.

Ellos tres sí que se conocieron en la universidad y, cuando terminaron, decidieron montar la empresa en la que trabajaban, cada uno en su campo, y que tantas alegrías les había dado.

Blanca, Carla y yo habíamos ido a la misma guardería, al mismo colegio y al mismo instituto; incluso elegimos la misma universidad para no separarnos.

Nuestras madres decían que parecíamos trillizas porque, además, nacimos con días de diferencia. Yo, que era la mayor, lo hice el siete de julio; Carla, el nueve, y Blanca, el doce.

Por ello, lo solíamos celebrar las tres a la vez, en un día intermedio, para que ninguna se sintiera más importante que las demás por celebrarlo en su día.

Y ahí estábamos, con nuestras becas y diplomas. Yo, además, había obtenido una mención especial al mejor expediente académico, pues mis notas no bajaban del nueve y medio.

Mi madre me miraba con orgullo, al igual que mi hermano. Mi padre, por su parte, seguía con la misma cara de siempre.

No es que fuera una persona con mal corazón, ni que no tuviera razón, pues él decía que era mi obligación estudiar, pero, de vez en cuando, gustaba que te reconocieran el trabajo cuando estaba bien hecho.

—He reservado mesa en el restaurante del centro, el que está en el ático del hotel —dijo mi padre.

—Buena elección, papá —respondió mi hermano.

Me hubiera gustado irme con mis amigas desde ese mismo momento, pero entendía que la cena con la familia era sagrada, sobre todo en momentos como este.

—Vale, pero nosotras vamos en el coche que hemos contratado, que luego nos vamos de marcha —les dije.

—¿No os vais mañana a la casa de la playa?

—Sí, pero cuando nos despertemos, no tenemos prisa.

Capítulo 2



Valeria

Llegamos al restaurante y, contra todo pronóstico, mi hermano apareció de la mano de Vanesa.

Tuve claro que lo hizo con el consentimiento de mi padre, pues, de no ser así, no se hubiera atrevido a hacerlo.

Ella venía ataviada como la que va a una recepción real y con pinta de mosquita muerta, cuando nosotras sabíamos de la piel que estaba hecha.

—Buenas tardes. Mamá, papá, ella es Vanesa —dijo mi hermano.

—Buenas tardes, Vanesa. Un placer conocerte —contestó mi padre.

—Igualmente, hija —dijo mi madre.

—Chicas, enhorabuena, ya mismo os incorporáis al mundo laboral —nos dijo.

—Gracias —contestamos las tres a la vez.

Quería mostrarse como la que no había roto un plato, cuando lo cierto era que había partido ya dieciséis vajillas.

Me fijé en la cara de mi madre, que la estaba analizando sin que ella se diera cuenta. Negaba sutilmente con la cabeza, por lo que tuve claro que algo no le cuadraba, y vi cómo se acercaba a mí.

—No quiero parecer la típica suegra metiche…

—Eso tiene fácil solución. No lo seas.

—Ya, pero es que esta chica no me gusta, es como si escondiera algo.

—Claro que esconde su verdadera personalidad.

—Algo así me esperaba. Además…

—Sí, sí, sé lo que me vas a decir, que no hay una operación estética que no tenga hecha en su cuerpo.

—Verás, que no estoy en contra de eso. Si no estás de acuerdo con algo de tu cuerpo y, cambiándolo, te sentirás mejor, hazlo.

—Ya, mamá, pero una cosa es eso y otra muy distinta es que te hayas diseñado a ti misma bajo catálogo.

Cuando dije eso, mi madre soltó una carcajada, pues me salió sin pensarlo, tal y como lo sentí.

—¿De qué os reís? —dijo Blanca, que se acercó a nosotras.

—De la novia de mi hermano.

—Hija, no digas eso, a ver si tu amiga va a pensar que soy una bruja.

—Uy, Melania, para nada. En todo caso, la bruja es ella.

—¿Tan mala persona es? —preguntó mi madre, preocupada.

—Tanto no, mucho más, te lo aseguro. Por corazón tiene una patata —le respondí.

—¿De verdad? ¿Qué le ha visto tu hermano, entonces?

—Pues no lo sé, de verdad que no.

—Mira, tu padre está encantado con ella —dijo Blanca.

—No podría ser de otra manera. Los dos miran a los demás por encima del hombro —contesté.

—Hija, pero no por eso tu padre es mala persona. Es algo clasista, no te lo voy a negar, pero hasta ahí —respondió mi madre.

—Mamá, mi padre no insulta a nadie ni lo menosprecia por no ir vestido de firma, pero ella sí.

—Eso es cierto, que nosotras hemos visto cómo lo ha hecho en el interior de una discoteca con una chica, preciosa, por cierto, porque llevaba ropa de una de esas tiendas de bajo coste —le contó Blanca.

Estábamos contando todo esto a mi madre, cuando mi padre se acercó a nosotras. Ya habían llegado los padres de Blanca, que eran los que faltaban, y venía para avisarnos.

—Ya estamos todos. Podemos pasar al salón reservado.

—Ahora mismo vamos, mi amor —respondió mi madre.

Salimos de la terraza, donde nos estábamos tomando un aperitivo, para entrar en la sala que nos habían reservado para la cena.

Ver a mi hermano cogido de la mano de Vanesa me revolvía el estómago. No entendía qué hacía con ella.

—Debe de tener un cascabel en el chichi, porque, si no, no lo entiendo —dijo Carla, acercándose a mi oído.

—Ni que lo digas. Música en las tetas debe de tener.

Mi amiga me miró y ambas soltamos una carcajada que resonó en toda la habitación.

Mi padre me miró con cara de reproche, pero, viendo que no me callaba, se acercó a mí.

—Hija, ¿te importaría reír un poco más bajo? Es bastante más elegante.

—Papá, lo siento, pero mi risa es así.

—Pues aprende a reírte más bajito. Fíjate en la novia de tu hermano, es la elegancia personificada.

—Por ahí sí que no, papá. No te voy a permitir que me compares con esa arpía.

—Hija, ni con esa mujer ni con nadie. Cada uno es como es —dijo mi madre, lanzándole una mirada a mi padre que no puedo describir.

Mi padre fijó la mirada en mí, se dio media vuelta y se marchó. Por el contrario, mi madre se quedó a mi lado, me cogió del brazo y me dejó un beso en la mejilla.

—Mal empieza esa mujer, intentando que tu padre te menosprecie.

—Mamá, yo sé cómo soy, lo demás me da exactamente igual.

—Y haces bien. Lo único que espero es que tu hermano no cambie su manera de actuar contigo, o me veré obligada a tomar medidas.

La cena transcurrió tranquilamente. Al final, decidimos que no nos iríamos de marcha. Por la hora que era y porque queríamos salir temprano hacia la playa, no nos convenía hacerlo.

✣ ✣ ✣

A la mañana siguiente, todo fueron prisas. Por fin nos íbamos a la casita que mis padres tenían a pie de playa, en uno de los pueblos más turísticos del sur de España.

Ellos no solían utilizarla, pero mi hermano y yo sí. Era de una sola planta, con jardín trasero, en el que mandaron construir una piscina enorme y una zona de barbacoa de obra.

Tenía también como un pequeño bar en una esquina, con una barra y unos taburetes altos, ideales para tomar una copa por la noche o para preparar bebidas para la piscina.

Las maletas las teníamos ya preparadas desde hacía una semana. Pasaríamos allí todo el verano, uno que esperaba que fuera de los mejores de mi vida.

—¿Lleváis todo u os falta algo? —preguntó mi madre.

Creo que lo llevamos todo, pero, si una vez allí vemos que nos hemos dejado algo, lo compramos y listo.

—También le puedes enviar un mensaje a tu hermano, que quiere ir por allí una semanita.

—¿Con la novia?

—Sí, pero no te alteres, él irá a la capital y se alojará en un hotel.

—Hombre, como no podía ser de otro modo. La princesa tiene que ir a un lugar donde se lo pongan todo por delante.

—Y tú no lo tienes porque no quieres, pues la chica que va siempre cuando estamos allí estaba disponible.

—No quiero tener que estar pendiente de horarios, mamá. No se me van a caer los anillos por hacerme la cama o prepararme el desayuno.

—Y haces bien. No hay nada como apañarse una sola. Eso sí, tened cuidadito en la carretera, por favor.

—Sí, tranquila. Creo que he demostrado que sé conducir, ¿no te parece?

Mi madre soltó una carcajada, porque no había nada que me diera más coraje que me dijeran algo sobre mi manera de conducir.

Me monté en el asiento del conductor. Blanca iba en el del copiloto y Carla, en el asiento trasero.

Mi amiga dejaba que ella fuera delante, pues se mareaba en el coche y, yendo en ese asiento, iba mucho mejor.

Nos quedaban unas cuantas horas de viaje. Aunque nos levantamos temprano, no salimos hasta cerca de las once de la mañana, por lo que no llegaríamos hasta pasadas las siete y media de la tarde.

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos? —preguntó Carla.

—Ponernos el bañador y meternos en la piscina, porque calor hace un rato —le contestó Blanca.

—Hija, puestas a pedir, mejor irnos a la playa, que de piscina ya estamos hartas —respondió Carla.

—Ya, pero no sé si habrá servicio de playa a esas horas. Ten en cuenta que no sabemos los horarios —le dije.

—Madre mía, ni que te fueras a ahogar, chavala.

—No es eso, pero me da cosa, no lo puedo remediar.

—Bueno, pues hagamos una cosa. Vamos a la playa y echamos un vistazo. Si nos gusta lo que vemos, pues nos damos un baño; en caso contrario, pues nos metemos en la piscina —dijo Carla.

—Yo creo que la playa la deberíamos dejar para mañana, porque estaremos cansadas del viaje. Además, tenemos que arreglar el equipaje…

—Ya va a empezar Blanquita con su toc del orden. Chiquilla, si no se guarda hoy, pues se guarda mañana —respondió Carla, negando con la cabeza.

—Claro que sí, y luego se me queda la ropa hecha un Cristo, toda arrugada.

Mientras yo iba pendiente de la carretera, ellas seguían discutiendo sobre lo que íbamos a hacer con el tema de la ropa.

Mi coche nuevo era una pasada, pues parecía que flotaba por la carretera; no se notaba absolutamente nada. Igualito que el antiguo de mi madre, que el GPS, en vez de decirte el camino, te decía que fueras preparando el trasero para los baches.

Vimos una salida hacia un área de descanso y, como era la hora de comer, ni siquiera pregunté. Puse el intermitente y la cogí; me moría de hambre.

—¿Dónde vas, amiga? —me preguntó Carla.

—A buscar un sitio donde comer, que mi estómago ya está crujiendo de hambre —respondí.

Capítulo 3



Valeria

Por fin habíamos llegado al pueblo. Menos mal que en la casa teníamos sitio para aparcar, porque, a pesar de ser finales de junio, ya estaba todo el pueblo repleto de gente.

Era uno de los pueblos más turísticos de toda la provincia, llegando, incluso, a tener que cerrar la entrada al pueblo en algunas ocasiones durante el verano, pues no cabía ya ni un alma.

Decir que, durante los meses de verano o en vacaciones de Semana Santa, triplicaba su población era quedarme muy corta.

Tenía unas playas de arena dorada que daban gusto pisar, al igual que sumergirse en sus aguas, en esas que estaban frías, pero cuyos baños sentaban de lo mejor.

—Me encanta este sitio; si pudiera, me venía a vivir aquí —dijo Blanca.

—Pues, anda que yo… —respondió Carla.

En Madrid no vivíamos mal, pero no tenía nada que ver con la vida en ese lugar. Era como si allí, en el sur, todo se ralentizara, como si todo tuviera menos importancia.

Abrí la verja y entré con el coche en la parcela, pues mi padre añadió un techado para poder aparcar, donde cabían tres coches.

Me bajé del coche y el olor a mar me llegó de inmediato, adueñándose del ambiente por completo.

Me encantaba. Era olor a alga, a verano, a vacaciones. Os puedo asegurar que no había olido nada ni medio parecido a aquello en ningún otro lugar. Era algo característico de allí.

—¿Estás muy cansada? —me preguntó Blanca.

—Pues, ciertamente, no. Nada que no se quite con una buena ducha. ¿Por qué?

—¿Qué te parece si nos damos esa ducha y nos vamos a cenar al chiringuito de la playa?

—Me parece una idea excelente. Vamos a preguntarle a Carla; si está de acuerdo, ya estamos tardando en hacerlo.

—¿Qué es lo que me tenéis que decir? —preguntó nuestra amiga, que había entrado en el baño con urgencia.

Le contamos la idea que se le había ocurrido a Blanca, y le faltó tiempo para sacar la ropa que se iba a poner.

Cada una ocupaba una habitación, con baño incluido y armario empotrado. Como eran casi las ocho de la tarde y teníamos tiempo de sobra, deshicimos las maletas y guardamos la ropa.

Nos dimos esa ducha y nos vestimos. Nada elegante, pues íbamos a comer a uno de esos chiringuitos de toda la vida, donde la gente iba vestida con ropa casual, y que a nosotras nos encantaba.

Yo me decanté por un short vaquero, que combiné con una camiseta roja de tirante ancho y unas cuñas de esparto. Recogí mi cabello en una coleta alta y apliqué brillo labial y un poco de máscara de pestañas.

Tenía un vestido de color amarillo pastel que era una preciosidad, pero no lo estrenaría hasta que no hubiera cogido un poquito de color.

Por suerte, tenía una piel que se bronceaba casi de inmediato y adquiría un tono dorado de lo más bonito, así que no tardaría mucho tiempo en estrenarlo.

Cogí un pequeño bolso de esparto de colores, en el que metí las llaves de la casa, la cartera y el móvil. No necesitaba más, y salí a darles el encuentro a mis amigas.

—Parece que nos hemos puesto de acuerdo —les dije.

—Ni que lo digas —respondió Blanca.

Y es que, sin hablar de lo que nos pondríamos, las tres habíamos coincidido en ponernos los pantalones vaqueros cortos y una camiseta, solo que en diferentes colores.

Salimos de la casa y nos encaminamos hacia el chiringuito, dando un paseo por la parte de arriba de la playa.

El mar lucía como un plato y se reflejaba la luna en él. No había postal más bonita y, por eso, no dudé en sacar mi móvil y hacer una foto, que subí a las redes sociales, con un texto como pie de foto:

«El mejor lugar del mundo para pasar el verano».

Y es que lo sentía así. No encontraba otro lugar mejor. Afortunadamente, había tenido la posibilidad de viajar por muchos rincones del mundo, al igual que mis amigas, pero nada como aquello.

Cuando les propuse que pasáramos allí el verano, no lo dudaron un segundo y dijeron un sí rotundo.

Mi padre insistió en que, antes de venir, nos fuéramos de crucero o a alguna playa paradisíaca, pero las tres dijimos que no, que preferíamos pasar allí el verano antes que irnos a ninguna otra parte.

La gente local nos saludaba por la calle, pues llevábamos media vida yendo en verano. Hasta el dueño del chiringuito, que ahora era el hijo del antiguo propietario, nos recibía como si fuéramos celebridades.

—¡Mira a quiénes tenemos aquí! Pero, si son mis madrileñas preferidas —nos dijo.

—Hola, Braulio, corazón. Cada día estás más guapo —le dijo Carla, dándole un abrazo.

—Tú sí que estás bonita. Y ya sabes, me debes una cena a la luz de la luna —le contestó él.

—Por supuesto, cuando no tengas clientes en el chiringuito, me avisas.

—Mira que eres capulla, madrileña. Primero, me das ilusiones, y luego, me das la patada.

—¿¡Yo!? Pero si soy más buena…

—¿Qué pasa, que a las demás no nos vas a saludar? —le preguntó Blanca.

—Claro que sí, corazón mío. Pero es que esta niña me nubla el sentido —le respondió él.

Nos dio un abrazo y dos besos a cada una, y nos llevó a una mesa de las que nos gustaban a nosotras, de las que tenías los pies en la arena.

Las tres hicimos lo mismo. Nos descalzamos para sentir el calorcito de la arena, que era una sensación de lo más placentera, mientras Braulio nos traía tres cervezas.

No os vayáis a pensar que mi amiga estaba colada por Braulio, ni mucho menos, pues el chico estaba casado, tenía un bebé de dos años y estaba superenamorado de su mujer.

Macarena era una mujer espectacular, con una sonrisa y una alegría que se contagiaban, y sabía la broma que se traían su marido y mi amiga.

En cuanto se enteró de que estábamos allí, salió de la cocina para saludarnos.

Ella ayudaba a su marido en el chiringuito, sobre todo en las horas de más afluencia, y dejaba a su hijo al cuidado de su madre, pues no podían permitirse contratar a nadie más.

—¿Cuándo vas a dejar la cocina para disfrutar de la infancia de tu hijo?

—Uy, si ya lo hago, cuando no hay turistas masivamente. Ahora tenemos que aprovechar.

—Pero te vas a perder los primeros años…

—A cambio, me garantizo que no tenga ninguna carencia.

Lo que ella decía tenía toda la lógica. Con lo que ganaban en verano, subsistían durante todo el invierno; por eso contrataban a otros dos camareros más, pero no daba para más.

Contaban también con lo que ganaban en Semana Santa, pero no era nada comparado con los ingresos de los meses de verano, que era cuando ella permanecía junto a su marido.

—En verdad estás aquí para que no venga ninguna guiri y te lo quite, que el Braulio está para mojar pan —le dijo Carla, para destensar un poco la situación.

—Uy, para eso estás tú. ¿Ya lo has invitado a cenar?

—Qué va, le he dicho que, cuando no tenga clientes aquí, me avise.

—Pues te llamará en enero.

Las cuatro soltamos una carcajada, de esas que te llenan el alma. Macarena se despidió de nosotras, pues ya la terraza estaba llena de clientes.

—Ahora mismo os traemos un surtidito de pescado y unas patatas aliñadas que quitan las penas y el sentío.

—Con muchos choquitos y adobo, Macarena, que me muero por comer un pescadito en condiciones —pidió Blanca.

—Y tortillas de camarones —añadió Carla.

—Que sí, pesadas, que habrá de todo lo que sé que os gusta.
Macarena se marchó a la cocina negando con la cabeza. Mientras nos hacían la comida, Braulio nos trajo unas olivas rellenas de pimiento del piquillo y unos boquerones en vinagre.

—¡No se puede tener más arte que tú! —exclamó Carla.

—Sí, sí, mucho arte, pero no me das cancha.

Volvimos a reír, como siempre que estábamos allí. Era atravesar la entrada del pueblo y todos los problemas y preocupaciones se quedaban atrás.

Allí todo eran risas y buenos ratos. Estaba dispuesta a disfrutar del verano en todos los sentidos.

Me apetecía muchísimo vivir un amor de verano, algo que, a mi edad, todavía no había vivido y, por eso, venía con la intención de dejarme llevar por el destino.

Lo que la vida quisiera ponerme por delante no lo iba a desperdiciar, lo iba a aprovechar todo.

Mis amigas venían con la misma idea que yo, la de dejarse llevar, a pesar de que mi amiga Carla estaba loca por mi hermano, pero saberlo con esa arpía que se había echado como novia la había hecho cambiar de opinión.

Esperaba que encontrara a alguien que la hiciera olvidar a mi hermano.

Capítulo 4



Valeria

Después de cenar y de tomarnos una copa allí con Braulio y Macarena, cuando la afluencia de público bajó considerablemente, decidimos volver a casa.

Hicimos el camino inverso, pero esta vez íbamos, digamos, más contentas, por decirlo de alguna manera.

Las risas fueron nuestras compañeras en ese trayecto y, cuando llegamos, decidimos que no nos iríamos a la cama, sino que nos quedaríamos en ropa interior y nos lanzaríamos a la piscina.

Mi padre había avisado para que todo estuviera listo cuando llegáramos, ya que ellos, en cuanto tuvieran las vacaciones, habían decidido irse de crucero por el Caribe, en uno que tenía una duración de un mes, por lo que no aparecerían por allí.

No es que me molestara que vinieran; al fin y al cabo, era su casa, pero así me sentía más libre.

Estaba pensando en independizarme, pero me daba mucha pereza hacerlo. Mi hermano se había marchado de casa el año anterior, y para mi madre fue un trauma.

Entiéndase esa afirmación bajo la ironía, pues fue todo lo contrario. Incluso lo ayudó a elegir las cortinas.

Mis padres habían comprado dos áticos en el centro de Madrid, uno para cada uno. Mientras no los ocupábamos, los tenían alquilados a dos médicos. A uno de ellos le cumplió el contrato y no se lo renovaron más, para que mi hermano lo ocupara.

Al otro le cumplía en octubre, y mi padre también lo había informado ya de que no se le renovaría, para que lo ocupara yo cuando quisiera.

Mis amigas me decían que, si me iba a vivir allí, ellas se venían conmigo, pero entonces sería salir de Guatemala para meterme en Guatepeor, porque la guerra que tienen estas dos con el orden es mortal.

Me fui a la cama con una sonrisa, una que me salía sola, por todo lo bueno que me había pasado desde que terminamos la universidad.

Nos despertamos a las once de la mañana y, tal y como lo hicimos, decidimos que, después de desayunar, nos íbamos a la playa.

—Vamos al trastero, que allí están las hamacas… —les dije.

—Hija, no me seas pija, por favor. Una toalla y listo —dijo Carla.

—Vosotras podéis hacer lo que queráis, pero yo no me tiro en el suelo, que luego no me puedo mover. Yo me llevo una de esas sillas bajitas que se tiran para atrás —contesté.

—Venga, está bien, de esas sí, pero tampoco vamos a ir cargadas como mulas —contestó Blanca.

Nos preparamos el desayuno, que, siendo el mismo que tomábamos en la ciudad, allí tenía un sabor diferente, el sabor de la libertad y la despreocupación.

En el trastero que teníamos en el jardín, en un estante, estaban guardadas las sillas. Las sacamos, las limpiamos un poco y reunimos todo lo necesario para irnos a la playa.

Tan solo teníamos que cruzar la carretera, y eso era un lujo que pocos podían permitirse y que nosotras valorábamos muchísimo.

—Nos podemos poner ahí, cerquita de la orilla —dijo Carla.

—Espera, que mire en el móvil cómo va la marea, no vaya a ser que terminemos sumergidas en el agua —dijo Blanca.

—Chiquilla, si sube la marea, con movernos, tenemos bastante.

—Sí, un sábado de verano vas a encontrar tú un sitio mañana por la mañana —le respondí yo, negando con la cabeza.

Tenía las gafas de sol puestas y, al volver la cara hacia la torre del socorrista, pues era una manía mía ver si había servicios en la playa, me quedé ojiplática.

—Madre mía de mi alma, vaya socorrista —murmuré, pero no tan bajito como yo pensaba.

—¿Quién? —preguntó Blanca, pues Carla había ido a buscar un sitio que le gustara.

—Con mucho disimulo, fíjate en la torre de vigilancia…

—Ya lo he hecho. Por eso he preguntado cuál, de los tres que hay, porque están para que te coja una resaca en el mar y te hagan el boca a boca.

—Yo solo he visto al moreno, que parece sacado de un anuncio.

Estábamos hablando de eso cuando llegó Carla, con una sonrisa de oreja a oreja, y supimos que algo se traía entre manos.

—He encontrado un hueco ideal, porque tenemos a los socorristas en primera línea de visión —nos dijo.

—¿También te has fijado? —pregunté.

—Y quién no, chavala. Con el de las gafas de sol de espejo, olvido yo a tu hermano y hasta a mi madre, si me apuras —nos comentó.

Soltamos una carcajada que resonó en toda la zona; incluso algunos bañistas se volvieron, sonriendo ante nuestra actitud.

Pusimos las sillas donde Carla había dicho y abrimos las sombrillas pequeñas que venían incorporadas.

Me quité el vestido que llevaba, dejando a la vista el bikini de color coral que me había regalado mi madre y que todavía no había estrenado.

No podía apartar la vista de esa torre de vigilancia. Cuando lo vi quitarse la camiseta, casi se me cayó la mandíbula al suelo.

—Si sigues mirándolo así, se te van a salir los ojos de las órbitas —me dijo Blanca.

—Hija mía, es que está para mirarlo y para mucho más —le contestó Carla.

—Creo que me voy a dar un baño, porque me están entrando unos calores… —les respondí.

Me quité las gafas de sol, solté mi coleta, pues no me gustaba bañarme con el pelo recogido, y me dispuse a ir hasta el mar.

Tal y como sumergí los pies en el agua, no me lo pensé y me tiré de cabeza, dispuesta a nadar, porque me hacía falta destensar.

No me di cuenta del tiempo que llevaba nadando, pero cuando quise volver, me fallaron las fuerzas.

Antes de ponerme nerviosa, intenté flotar en el mar, quedándome bocarriba e intentando descansar para coger fuerzas, pero no me dio tiempo, pues noté cómo alguien llegaba a mi lado.

—Tranquila, que ya estoy aquí y te voy a ayudar a salir.

—Yo… gracias.

Lo que pensé nada más ver quién era fue: «Tierra, trágame». Sí, tal y como estáis pensando, era el socorrista buenorro del que no podía apartar la mirada.

Seguro que las muy cabronas habían aprovechado mis circunstancias para hablar con ellos y él había tenido que venir a buscarme; estaba completamente segura.

Me tendió un flotador rojo, al que me dijo que me sujetara, mientras él nadaba hacia la orilla, arrastrándome.

—Ya puedo yo, si quieres —le dije, muerta de vergüenza.

—Mujer, no voy a dejar un rescate a medias.

Me dijo eso mientras sonreía. Por favor, ¡qué sonrisa tenía el condenado! De esas que te derriten en el acto.

Por suerte, podía fingir que el rojo de mis mejillas era culpa del sol, porque tenía que estar como la bombilla de un puticlub.

Llegamos a una zona en la que ya hacía pie, pero no me dejó salir del mar sola, sino que me agarró de la cintura, y menos mal, porque mis piernas no me respondían.

—Espera, que te cojo en brazos, no quiero que te partas esos dientes tan bonitos.

—No hace falta, de verdad, ahí están mis amigas…

—Pues menos mal que yo estaba pendiente, porque ellas ni se han enterado.

—¿No han sido ellas las que te han avisado?

—Para nada, fui yo el que me di cuenta. Noté que tenías dificultades para salir y, en cuanto te vi intentando flotar, salí a tu rescate.

—Gracias, entonces. Por favor, qué vergüenza, el primer día en la playa y ya estoy montando el numerito; no me quiero imaginar cómo voy a terminar.

—También es mi primer día hoy aquí. Por cierto, me llamo David.

—Yo soy Valeria, encantada.

Me llevaba en brazos y, cuando me dio los dos besos protocolarios y pude oler su piel, casi me desmayo.

Ahora lo tenía claro: mi olor favorito no era el del mar, acababa de ser sustituido por el de su piel. No era perfume, era una mezcla de la sal y de su sudor, que me resultaba de lo más adictiva.

¿Se habría echado algo con feromonas? Porque no podía ser normal lo que me estaba haciendo sentir.

Cuando llegamos a la altura de mis amigas y me vieron llegar, lo primero que pensaron fue que había fingido algo para conocerlo.

—Bueno, Valeria, un placer conocerte, pero espero no tener que sacarte del agua nunca más.

—Eso digo yo, la próxima vez, mejor me ayudas a entrar en uno de los chiringuitos.

—Cuando quieras, preciosa.

David se marchó, y nos quedamos nosotras. Yo, sentada en la silla donde me había dejado él, y mis amigas, con las manos en la cintura, esperando a que les contara todo.

—Cabrona, ya podías haber esperado a que estuviéramos nosotras cerca para mover ficha —me dijo Carla.

—Si llega a ser por vosotras, una de dos, o me ahogo o me tenéis que ir a buscar a Ceuta, porque habéis pasado de mí, olímpicamente, además.

—¿No lo has hecho a propósito?

Capítulo 5



Valeria

Cuando les conté lo que me había sucedido, las muy cabronas se partían de la risa, y yo no podía ni ponerme de pie.

Como quince minutos después, apareció David de nuevo, con una lata de refresco de cola en la mano.

—Toma, he pensado que te vendría bien para recuperar el azúcar que has perdido.

—Gracias, eres muy amable, ya te debo dos.

—Bueno, pues, cuando tenga tiempo para cobrármelas, te doy un toque.

Se dio la vuelta para volver a su trabajo, pero, antes de hacerlo, me guiñó el ojo y me regaló una sonrisa que me volvió a sonrojar.

—Dirás lo que quieras, pero si no llegamos a pasar de ti, no hubieras conocido a ese maromo —me dijo Carla.

—Lo hubiera hecho en otro momento —respondió Blanca, que se había asustado un poco.

—Ese hombre se ha quedado prendado de ti, como tú de él, Valeria, no lo niegues.

—Yo sí que me he quedado prendada, pero él… tan solo hace su trabajo.

—Una mierda como un castillo, chavala, si no te quita el ojo de encima desde la torre.

—¿Debería invitarlo a comer? Por agradecimiento, digo.

—Claro. ¿Puedes levantarte o te llevo de la manita? —preguntó Carla.

—Vete a tomar por culo, amiga.

Me levanté de la silla y me dirigí hasta la torre. Evidentemente, no iba a subir las escaleras hasta arriba, o tendría que rescatarme otra vez, pero en esta ocasión del suelo.

Le hice un gesto desde abajo para que se acercara a mí, y él me dijo que le diera un minuto, también de manera gestual.

Lo esperé abajo y, al verlo bajar la escalera, pude admirar su espalda y su culo. Menos mal que no se dio cuenta, pues, si gira la cara en ese momento, me hubiera pillado de pleno.

—¿Te encuentras mejor, guapísima?

—Sí, gracias, por eso venía, por si os apetecía venir a comer con nosotras al chiringuito.

—Estoy seguro de que nos encantaría, pero no podemos movernos de aquí, mucho menos los tres a la vez…

—Bueno, no pasa nada, era a modo de agradecimiento; en otra ocasión será. Que pases buen día.

Me fui a dar la vuelta, muerta de vergüenza por el rechazo, pero sentí cómo agarraba mi muñeca.

No sé si él sintió lo mismo que yo, pero fue como una descarga eléctrica, que no había sentido en la vida al tocarme un hombre.

—¿Qué te parece si cambiamos el almuerzo por la cena? Sin compromiso, de verdad, si tenéis otros planes, como tú has dicho antes, lo dejamos para otro día.

—¿La cena? Sí, me parece bien, no tenemos ningún plan.

—Pues nos vemos en el chiringuito de Braulio, ¿lo conoces?

—Por supuesto, ¿quién no lo conoce? ¿A las nueve os viene bien?

—Perfecto, pero, una cosa más, no quiero que sea como agradecimiento, sino porque te apetezca.

—Si no me apeteciera, no hubiera venido a proponértelo, ¿no crees?

—Entonces, nos vemos a las nueve, preciosa.

Antes de volver a subir a la torre, me dejó un beso en la mejilla y se dio la vuelta.

—Me cago en la leche, pues no parece que tenga yo ahora quince años —murmuré para mí, pues no había nadie más.

Volví hasta donde estaban mis amigas, que me esperaban ya con todo recogido. Al verme llegar, pusieron una sonrisa. Era tan transparente, que cualquiera podía notar mi estado de ánimo.

—¿Tenemos que esperar al socorrista? —preguntó Carla.

—¿No va a venir a comer con nosotras? Pues, por la cara que traías, pensaba que sí —afirmó Blanca.

—No va a venir a comer, pero vendrán a cenar, a las nueve, en el bar de Braulio.

—Espera, espera, ¿has dicho vendrán, en plural? —dijo Blanca.

—Sí, en plural, porque lo harán los tres. No iba a dejar a los demás fuera de todo.

—¡Esa es mi amiga! —exclamó Carla.

—Anda, vamos a comer y luego nos vamos a casa a descansar, porque, si no, después tendré que ir descalza en vez de ponerme unas cuñas.

—Hija mía, si es que te pensabas que eras David Meca, que ibas a cruzar el estrecho a nado —me dijo Carla, negando con la cabeza.

Comimos en el chiringuito que había en esa misma playa, pues, como iríamos al de Braulio por la noche, para no repetirnos tanto.

Era cierto que en el otro nos atendían mejor y que la comida era más buena y barata, pero también que estaba como a quince minutos andando, y mis piernas todavía no estaban a pleno rendimiento.

Nos decantamos por una ensalada de la casa, una fuente de filetitos con patatas y un surtido de frituras. No pedimos pescado frito, ya que eso sería lo que cenaríamos, y no íbamos a comer las dos veces lo mismo.

De postre, las tres pedimos una copa de helado con chocolate caliente que estaba divina. Le hice una foto y la subí a mi perfil de redes sociales, y la primera que reaccionó fue mi madre.

A ella también le encantaba el pueblo y, si no fuera por mi padre, estoy segura de que hubiera preferido pasar sus vacaciones allí. De hecho, la primera vez que vinimos, fue ella la que hizo que comprara la casa, pensando en hacer más de una escapada.

Terminamos de comer y nos fuimos para la casa, donde habíamos ido antes a dejar las cosas de la playa en el jardín, para no tener que ir cargando con todo.

—Chicas, yo me voy a echar un rato, que me duelen las piernas una barbaridad —les dije.

—Pues a mí no me apetece dormir, yo me quedaré en la piscina, dándome un baño —dijo Carla.

—Yo también me quedo contigo, porque, como me eche, después por la noche no voy a dormir —dijo Blanca.

Mi amiga estaba pasando por un mal momento, ya que sus padres cada vez discutían más, pero se negaban a separarse.

Cada uno hacía su vida, salvo cuando tocaba hacer algo conjunto, por el motivo que fuera. Entonces, se mostraban como una pareja idílica.

Ni siquiera mis padres lo sabían, y a nosotras nos lo había contado porque ya no podía más.

Todo esto le estaba afectando demasiado, y le quitaba el sueño. Había hablado con ellos por activa y por pasiva, pero siempre le contestaban lo mismo.

—Blanca, no seas dramática, que todos los matrimonios discuten.

—Ya, mamá, pero es que, además, cada uno tiene sus escarceos por ahí, que no soy tonta.

—De mutuo acuerdo, y no eres nadie para meterte en nuestra relación, nosotros ponemos los términos.

Esa conversación la había tenido en infinidad de ocasiones, tanto con uno como con el otro, pero no le servía para nada.

Al final, terminaba en mi casa, llorando y diciendo que no aguantaba más. Ese era uno de los motivos que me empujaban a independizarme, para que ella se viniera conmigo.

No es que no pudiera hacerlo sola, porque, económicamente, estaba en las mismas condiciones que yo, pero sabía que no lo haría. No estaba acostumbrada a vivir sola, y se vendría abajo.

Emocionalmente, era la más dependiente de los demás. Mientras que Carla y yo, si teníamos que irnos solas a cualquier sitio, no teníamos ningún problema, ella necesitaba que alguna de las dos fuera con ella y, si íbamos las tres, mejor que mejor.

Me eché en la cama, pero antes me tomé una pastilla antiinflamatoria para aliviarme el dolor, o no sería capaz de ponerme en pie.

Me quedé dormida con la sonrisa de David clavada en mi mente. Parecía de mi edad, poco más mayor, quizás, y no era de la zona, eso lo tenía claro.

¿Por qué lo tenía tan claro? Pues porque allí, en el pueblo, se conocían todos, y él no era de los residentes. Tampoco era de ningún pueblo de los alrededores, porque no tenía acento andaluz. Pero bueno, intentaría averiguar algo esa noche, mientras cenábamos.

Me desperté a las siete y media, y la siesta me sentó de maravilla. Iba a meterme en la ducha para empezar a arreglarme cuando recibí una llamada de mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, mi niña. ¿Qué tal todo por ahí?

—Perfecto, mamuchi, me acabo de levantar de echar una siesta de tres horas.

—Ay, no sabes cuánto me gustaría estar ahí, con vosotras, y no perderme en el mar durante un mes.

—Chiquilla, cualquiera que te escuche podría pensar que vas en una patera.

—No, eso no, que ya sabes que tu padre no escatima en nada a la hora de las vacaciones, pero tú sabes que a mí me gusta todo más sencillo.

—Lo que no entiendo es, con lo diferentes que sois, cómo seguís casados.

—Porque nos amamos, cariño, y uno es capaz de sacrificarse por el otro.

—Querrás decir que tú te sacrificas por él, porque, al contrario, no lo he visto todavía.

—Porque no os contamos todo, pero sí que lo hace, y a diario, te lo puedo asegurar.

—Si tú lo dices…

—Bueno, mi niña, te dejo para que te arregles, ya que estoy segura de que vais a salir.

—Has acertado, mamá, vamos a ir a cenar y a tomar algo.

—Que disfrutéis.

Capítulo 6



David

Era nuestro primer día en la playa como socorristas, y estábamos un poquito agobiados. Os lo explico.

Javier, Adrián y yo habíamos terminado la carrera el año anterior. Éramos licenciados en Marketing y Publicidad, pero no habíamos encontrado trabajo de lo nuestro.

En mi caso, mis padres tenían un pequeño negocio que, tras la pandemia, tuvieron que cerrar y, ahora, vivían de la pensión de incapacidad de mi padre.

No me faltaba un techo ni un plato de comida, pero hasta ahí. No se podían permitir el lujo de darme nada más. El resto me lo tenía que buscar yo por mi cuenta.

La carrera la estudié con una beca, y partiéndome los cuernos estudiando, ya que, si suspendía, no solo perdía esa ayuda, sino que tenía que devolverla, y no podía dejar que eso ocurriera.

En uno de los meses en los que estábamos de manos cruzadas, bueno, tampoco eso, que trabajábamos en todo lo que nos salía; lo mismo poníamos copas que ayudábamos a descargar cajas.

Vivíamos en Madrid, en el barrio de Lavapiés, que no era el mejor económicamente, pero sí tenía a los mejores vecinos, y eso no se cambiaba por nada.

En cuanto llegamos a la playa y subimos a la torre, me fijé en tres amigas que estaban cerca de la orilla.

Hablaban entre ellas y parecía que no se ponían de acuerdo en el lugar en el que colocarse con sus sillas.

Me hizo mucha gracia la manera en la que gesticulaban, hasta que me fijé en ella. No había visto una mujer tan elegante y guapa en mi vida.

—Si te ha llamado la atención una mujer, tiene que ser un espectáculo —me dijo Adrián.

—Y lo es, aunque el que te escuche se pensará que soy gay.

—Gay, no, pero monje de clausura, casi, casi —respondió Javier.

—No es eso, pero es que tengo que aprovechar todo el trabajo que me sale y no me da tiempo a fijarme en nadie.

Vi cómo se situaban en un lateral de la torre. La chica que me había llamado la atención no paraba de mirar hacia donde estábamos nosotros o, al menos, eso era lo que parecía, pero no podía afirmarlo porque llevaba puestas las gafas de sol.

La perdí de vista un momento, en el que Adrián me comentó una cosa de la casa en la que estábamos viviendo.

Era un pequeño apartamento de una sola habitación, donde dormíamos los tres, en una cama de módulos. No podíamos permitirnos nada mejor, pues, en verano, los precios de los alquileres subían considerablemente.

Conseguimos que la señora que nos lo alquiló nos dejara el mismo precio que ponía en invierno, diciéndole que veníamos a trabajar. De lo contrario, tendríamos que vivir en el coche.

Cuando me fijé de nuevo, esa chica estaba en el mar, y vi que tenía dificultades para volver, porque, además, se había puesto bocarriba, intentando flotar.

No me lo pensé. Salí corriendo con el flotador y me tiré al agua. Ni siquiera avisé a mis compañeros.

Llegué hasta ella antes de lo que pensaba. Se había puesto a nadar y se había quedado sin fuerzas. No había contado con la vuelta y estaba agotada; sus piernas ya no le daban para más.

Vi cómo se sonrojaba, pero no sabía si era por la vergüenza de haber necesitado de mis servicios o porque era yo el que había ido por ella.

La llevé en brazos hasta donde estaban sus amigas y volví a la torre, donde mis compañeros me esperaban con una sonrisa en los labios.

—Vaya, si no llega a ser porque no le quitabas el ojo de encima a la morena, no nos hubiéramos dado cuenta —me dijo Javier.

—Se llama Valeria —respondí.

—¿Te ha dado tiempo de preguntarle el nombre? —preguntó Adrián.

—Por supuesto, y si se queda cinco minutos más, se trae hasta el número de teléfono. —Se mofó Javier.

—No me iba a servir para nada. Ella está aquí de vacaciones, y yo para ganar dinero.

—Ya, pero dijimos que nada de pluriempleo, que tenemos que estar frescos en este puesto —me recriminó.

—Lo sé, pero si puedo poner copas la noche antes de mi día de descanso o trabajar de camarero en ese día, para suplir a quien sea, no lo voy a desaprovechar.

—Tío, sabes que ganarás cincuenta o sesenta euros, que eso no te significará nada, mientras que el descanso te vendría muy bien —me aconsejó Adrián.

—Esos cincuenta o sesenta euros me pueden servir para una compra o para guardarlos y contar con ellos a la vuelta.

—Vas a terminar muriendo de agotamiento.

Estábamos hablando de todo eso cuando vi que Valeria me hacía gestos desde debajo de la torre.

Miré a mis amigos, que esperaban expectantes para ver mi reacción, y le dije con la mano que me diera un minuto.

—No quiero ni una sola broma. ¿Entendido?

—¡A sus órdenes, jefe! —dijeron los dos a la vez.

Si supieran que, antes de subir, le acerqué un refresco de cola, hubieran tenido cachondeo conmigo para los restos.

Bajé la escalera para reunirme con Valeria y, aunque ella no se daba cuenta, yo sabía que me estaba haciendo un escaneo con la mirada, sobre todo por la espalda y el trasero, y una sonrisa me salió sola.

Venía para invitarnos a comer. Era cierto que no conocía a mis amigos, pero también que lo había hecho para no sentirse incómoda, o para que no me sintiera incómodo yo.

No podíamos movernos de allí, pues nuestro horario era de once de la mañana a siete de la tarde, ininterrumpidamente.

Noté la decepción en sus ojos y, aunque no me gustaba trasnochar cuando tenía que trabajar, no pude evitar hacerle una contraoferta, que ella aceptó de inmediato.

Me despedí de ella con una sonrisa y un guiño de ojos, lo que hizo que se volviera a sonrojar, y a mí ese gesto me encantaba.

Cuando subí de nuevo a la torre, tenía a las viejas del visillo esperando para que les contara el motivo de su visita.

—Esta noche tenemos cena con las chicas —les dije.

—¿Te has atrevido a invitarlas a cenar? A ver, porque te ha tenido que dar una insolación —dijo Javier, poniéndome la mano en la frente.

—No me seas más cabrón, que van a pensar que soy un rasca.

—No es eso. Más que un rasca, pareces un anciano encerrado en un cuerpo de veinticinco años —me recriminó Adrián.

—Y no, no las he invitado yo. Ha sido Valeria la que lo ha hecho. A modo de agradecimiento. No empecéis a montaros películas.

—¡Si no hemos dicho nada!

—Bueno, por si las moscas. Hemos quedado a las nueve en el chiringuito de Braulio.

—Ese tío me cae genial, se ve un tipo íntegro y su mujer, un encanto —dijo Javier.

—Ni que lo digas, es un currante de los pies a la cabeza —contesté.
—Entre vosotros os reconocéis —bromeó Adrián.

No es que ellos no trabajaran, que sí que lo hacían, y como el que más. Lo único es que sus padres todavía trabajaban. No es que tuvieran un relumbrón de sueldo, ni mucho menos, pero vivían más desahogados que yo.

En mi casa tan solo entraba una pensión de setecientos euros de mi padre y unos doscientos que sacaba mi madre limpiando escaleras.

Ella estaba muy machacada y prefería matarme a trabajar yo y darle ese dinero antes de que lo hiciera ella.

Me tuvieron siendo ya mayores, pues mi madre tenía ahora sesenta años y mi padre, sesenta y tres, pero llevaba enfermo desde la pandemia, pues el puto bicho le dejó infinidad de secuelas.

Sabía que ellos querían que viviera mi juventud, como cualquier otro joven de mi edad, pero yo no me lo podía permitir. Mi conciencia no me dejaba.

Me encantaba llegar a casa con una bandeja de los pastelitos que le gustaban a mi madre o con un buen queso, que le encantaba a mi padre y, para eso, me tenía que sacrificar un poco.

Me habían hablado del chiringuito de Braulio, al que fui a ver nada más llegar al pueblo. Me dijo que tenía a uno de sus camareros librando el miércoles, que era el día que yo descansaba, pero que no podría pagarme mucho.

Me daba exactamente igual; por muy poco que fuera, podría pagarle algún que otro capricho a mi madre, y eso era lo que importaba.

Antes de venir, había hablado con un antiguo compañero de la universidad, al que me encontré por casualidad en la calle, y cuyos padres tenían una empresa de publicidad, en la que él trabajaba.

Me aseguró que iba a hablar con su padre, para que contara conmigo si necesitaba ampliar la plantilla, y se quedó con mi número de teléfono. No es que fuéramos uña y carne, pero sí que nos llevábamos bien y, en más de una ocasión, habíamos compartido apuntes.

Esperaba que fuera cierto y me llamara, porque eso resolvería todos mis problemas.

Capítulo 7



Valeria

Salí de la ducha y me puse delante del armario. Quería arreglarme, pero tampoco demasiado, pues no quería parecer desesperada.

Al final, opté por un pantalón blanco de lino y un top azul marino, de escote en V, que me hacía un pecho precioso. Mis cuñas y mi bolso de esparto, el mismo que usé la noche anterior.

Hacía muchísima humedad, por lo que el calor hacía que el pelo se te quedara pegado. Así que me lo recogí en una coleta baja.

Esa noche me pinté los labios de rojo, pues me sentía poderosa, y me apliqué un poco de máscara de pestañas. No me gustaba maquillarme en exceso y, en verano, mucho menos.

Mi piel ya había cogido ese tono bronceado que tanto me gustaba, que no era ni rojo gamba ni blanco nuclear, sino doradito, que poco a poco iba subiendo de intensidad.

—¡Toma ya, cómo está la Cindy Crawford de Madrid! —me dijo Carla, que también estaba lista.

—¿Todavía no ha terminado Blanca?

—Estaba acabando de peinarse. Ella y sus rizos, ya sabes.

—Sí, lo sé. Una hora delante del espejo para terminar cogiéndose una coleta.

—Eso mismo he hecho, paso de llevar el pelo suelto con el calor que hace —me dijo, sonriendo.

—Pues, si ya estamos listas las tres, salgamos hacia el chiringuito.

Como ocurrió la noche anterior, nos fuimos dando un paseo por la parte de arriba de la playa, hasta llegar al chiringuito, donde ya nos estaban esperando los chicos.

Si David estaba guapo vestido de socorrista, no os podéis imaginar cómo estaba ahora.

Llevaba un pantalón color camel, tipo bermudas, con una camisa blanca con las mangas remangadas y unas zapatillas de esparto, de estas que se llevan ahora, tipo náuticos.

El bronceado de su cara y de sus piernas hacía inevitable fijarse en él, como les ocurría a todas las mujeres que pasaban a su lado.

—Madre mía, cómo están los tres, pero me quedo con el de la camisa azul marino —dijo Carla.

—No me habéis dejado elegir. Una con el de la camisa blanca, la otra con el que la lleva azul marino… Pues para mí, el que la lleva de cuadritos —soltó Blanca, elevando los hombros.

Soltamos una carcajada que hizo que ellos, que todavía no se habían dado cuenta de nuestra presencia, giraran la cabeza.

—Hola, preciosa, no se puede estar más guapa que tú, sin despreciar a tus amigas, por supuesto.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

—Mira, ellos son Adrián y Javier.

—Ellas, Blanca y Carla.

Hicimos las presentaciones oportunas y entramos dentro, donde Braulio ya nos tenía preparada una mesa para seis. Al vernos, en especial a Carla, se llevó las manos a la cabeza.

—No te lo perdono. Yo, toda la vida intentando llevarte a cenar, y me cambias por un socorrista —le dijo, fingiendo enfado.

—Chico, es que no me vas a comparar, no hay color —le contestó ella.

Braulio soltó una carcajada, mientras que los chicos, y en especial David y Adrián, lo miraban con mala cara, como si no toleraran esos comportamientos.

—No me miréis así, que no pretendo tener nada con ella. Estoy muy enamorado de mi mujer. Es un juego que nos traemos desde que era mi padre el que las atendía.

—¿Te acuerdas de las broncas que nos echaba por fumar en la terraza? —le preguntó Carla, con nostalgia.

—Tanto, que todos hemos dejado de fumar. Sentaos, que ahora vengo a tomaros nota.

Tomamos asiento en la mesa, las tres chicas en un lado y los tres chicos en el otro, pero de manera que cada una quedamos frente al que nos gustaba, y no fuimos nosotras las últimas en sentarnos.

—¿De verdad que lo conocéis desde hace tanto tiempo? —preguntó Adrián, que se había sentado frente a Carla.

—¿Qué edad podíamos tener, quince años? —dije yo.

—Incluso menos, haz cuentas… —dijo Blanca.

—Joder, me había asustado. Digo, el tío este aquí, intentando ligar, mientras que su mujer se parte los cuernos en el trabajo, y nunca mejor dicho —dijo David.

—Para nada, Macarena sabe que todo es un juego. Jamás nos atreveríamos a meternos con un hombre casado, ninguna de las tres —explicó Carla.

—Eso es de valorar, tal y como está la vida hoy en día —dijo Javier.

—No hagas lo que no quieras que te hagan a ti. El karma es muy jodido y yo soy de la opinión de que quien lo hace una vez, lo vuelve a hacer —respondí yo.

—Por supuesto que sí…

Estuvimos hablando hasta que Braulio nos trajo las bebidas, porque de la comida se encargaba Macarena, como siempre.

Le pregunté a David de dónde era, porque estaba claro que no era de aquí, y me comentó que vivía en Madrid, en Lavapiés, pero que estaba en el pueblo por trabajo.

No me especificó si estaría solo el verano, para volver a Madrid en septiembre, o si se quedaría allí para siempre, ni yo quise preguntar más.

La conversación se volvió de lo más amena, con dardos cruzados entre Carla y Adrián, que parecían hechos el uno para el otro.

Nos contaron que al día siguiente lo tenían libre, y se me ocurrió que podíamos hacer una barbacoa en mi casa y aprovechar la piscina, así que se lo propuse.

Si mi hermano o mi padre se hubieran enterado, me hubieran dicho que estaba loca por meter a desconocidos en mi casa, mucho más cuando ni siquiera eran del pueblo.

Pero me daba igual. Yo me sentía libre y quería hacer lo que me diera la gana, lo que me apeteciera en ese momento, y así lo hice.

—¿Por qué no hacemos una barbacoa mañana en mi casa y echamos el día en la piscina? —pregunté.

Todos dijeron que les parecía una idea estupenda, menos David, al que sus amigos no quitaban el ojo de encima, esperando a que se pronunciara.

—Está bien, le diré a Braulio que empezamos la semana que viene.

—¿Vas a trabajar aquí?

—Sí, pero solo el día de descanso del otro trabajo.

—¿No sabes lo que significa esa palabra? El día de descanso está para eso precisamente, para descansar.

—Ya, pero cuando tienes que contar hasta el último céntimo para llegar a fin de mes, esa palabra no se incluye en tu vocabulario.

Me dolió el tono que empleó cuando me contestó eso, como si yo tuviera la culpa de que perdiera el dinero de ese día por lo que había propuesto. Y no me callé, no podía.

—Si te viene mal, no te sientas obligado a venir. Cada uno es dueño de su vida y sabe lo que le conviene o lo que no.

—No es eso, pero lo has dicho de una manera… como si te sobrara el dinero.

—No te voy a engañar, no tengo problemas económicos, pero tampoco tengo la culpa de que tú los tengas. Era tan sencillo como decir que tú no ibas. No tenías que contestarme de la forma en la que lo has hecho.

—Tienes razón, y te pido disculpas, pero es que mi vida no es tan bonita como la tuya.

—No sabes cómo es mi vida, por lo cual no tienes derecho a juzgarme cuando no me conoces.

Estábamos terminando de cenar, pero lo tenía claro. Si seguía con esa actitud, cogía el camino en cuanto pagara la cuenta.

Es más, como ya estábamos con los postres y no se iba a pedir nada más, con la excusa de ir al baño, me levanté de la mesa.

—Ahora mismo vuelvo, voy al baño.

—Espera, que voy contigo —me dijo Blanca, que se había enterado de toda la conversación.

Mi amiga y yo nos levantamos, pero, antes de llegar al baño, le hice un gesto a Braulio para que me diera la cuenta a mí, dejándole allí mi tarjeta para que se cobrara.

—¿Qué te ha pasado?

—No sé, chica, al parecer, ahora es un delito no tener problemas económicos y, según David, yo soy la delincuente mayor del reino.

—Creo que se ha sentido inferior por lo que has dicho.

—¿Por proponer una barbacoa? Ni que le hubiera dicho que nos íbamos de paseo en yate, por favor.

—Ponte en su lugar, le gusta una chica que, por suerte o por desgracia, tiene más dinero que él. La gente puede pensar que se lía contigo por tu posición.

—Vamos a ver, Blanquita, hija, que me parece a mí que tú lees demasiadas novelas románticas. Es una barbacoa, no le estoy proponiendo matrimonio.

Salimos del baño y Braulio me devolvió la tarjeta, haciéndome un guiño. Volvimos a la mesa, pero, antes, le dije a mi amigo que no dijera que había sido yo la que pagó la cena. No quería echar más leña al fuego que se había encendido antes.

Capítulo 8



Valeria

Decidí que me iba a casa; no podía aguantar la tensión que se había formado en la mesa. Al parecer, David no entendía que una mujer podía pagar una cuenta, y su enfado era evidente.

Mientras que mis amigas querían seguir de fiesta y hablaron de ir a tomar una copa a un local cercano, yo me levanté para despedirme.

—Chicas, yo me marcho a casa.

—No seas aguafiestas, Valeria —me dijo Carla.

—Estoy cansada, mi aventura en el mar todavía me pasa factura.

—Es que, si no estás acostumbrada a las corrientes marinas, lo mejor es no hacerse la deportista —me contestó David.

Noté en su voz cierto tono de resentimiento, como si yo fuera la culpable de todo. Entendí que su pensamiento era que, si yo no me hubiera atrevido a adentrarme en el mar, él no habría tenido que actuar y no tendríamos que estar aquí en este momento.

—No te preocupes, que, si mañana me da por nadar, lo haré en horizontal, así no tendrás que volver a venir a rescatarme.

Me di la vuelta y salí del chiringuito, no sin antes dejarle un beso en la mejilla a Braulio y a Macarena, que me miraba con una ceja arqueada, pues no sabía lo que estaba pasando.

—Mañana te cuento, preciosa.

—Perfecto, paso por tu casa y desayunamos juntas, que entro más tarde.

—Tráete churros.

Macarena soltó una carcajada, porque, cuando venía a mi casa, siempre traía lo mismo, ya que era uno de mis desayunos preferidos.

Cuando estaba a punto de alcanzar la calle, decidí que volvería por la playa. Así que, antes de salir a la arena, me descalcé y me subí los bajos del pantalón, pues me apetecía mucho ir andando por la orilla, mojándome los pies.

Hacía mucho calor y la noche lo pedía. Así que no me lo pensé. Me levanté, notando la arena recalentada de todo el día. Me encantaba esa sensación, no podía evitarlo, y me dispuse a echar a andar.

Había dado dos o tres pasos cuando escuché la voz de David detrás de mí, y mi corazón dio un vuelco.

—Valeria, ¿te importa que te acompañe?

—Siempre que estés dispuesto a cambiar tu actitud, no tengo ningún problema.

—Por eso, precisamente, es por lo que vengo. Quisiera pedirte disculpas por cómo he actuado contigo.

—No sé qué es lo que he hecho para que me hablaras en ese tono, la verdad.

—No has hecho nada, es simplemente que no estoy acostumbrado a esto.

—¿Te has metido al sacerdocio y no me he enterado? Lo mismo has colgado los hábitos hace poco tiempo.

David soltó una carcajada que me hizo sonreír. No lo había visto reír así en todo el día, y algo en mi interior se revolvió, no puedo decir el qué.

—No, nunca he sido cura…

—Joder, pues qué alivio. Ya te veía como la serie aquella antigua que veía mi madre, ¿cómo se llamaba…?

—El pájaro espino.

—Esa, que el protagonista era sacerdote y se enamoraba de una feligresa. Oye, que con eso no estoy diciendo que te hayas enamorado de mí, que quede claro.

—No me he enamorado, pero es que no me ha dado tiempo, porque podría hacerlo en cualquier momento.

—No digas cosas que, en realidad, no sientes.

—Ten por seguro que, cuando afirmo algo, es porque estoy completamente convencido de ello.

Empezamos a pasear por la orilla. Él también se había descalzado y los llevaba en la mano.

Los primeros metros los hicimos en silencio, pero no era uno de esos incómodos, sino que estábamos disfrutando del paisaje y de la compañía.

De repente, y sin que yo preguntara nada, David empezó a confesarme el motivo de su forma de ser.

—Mis padres son mayores y necesitan el dinero.

—Me encanta que seas tan empático con ellos y decidas ayudarlos, pero no por ello tienes que olvidarte de ti.

—No tengo tiempo de pensar en mí, te lo prometo. Termino tan agotado que el día que no tengo que trabajar, lo único que quiero es estar en casa, charlando con ellos.

—David, tienes ¿cuánto? ¿Veinticuatro años, veinticinco?

—Veinticinco años; cumplo los veintiséis en octubre.

—Ellos eligieron cómo vivir sus vidas, no puedes dejar la tuya de lado. Con eso no te digo que no los ayudes en todo lo que puedas, ojo.

—Ya, pero es que, para ayudarlos, tengo que sacrificar mi tiempo y, por ende, mi vida.

—¿Tienes un trabajo fijo en Madrid?

—No, trabajo de todo lo que me sale. Ojalá encontrara algo fijo, aunque no tuviera nada que ver con lo que he estudiado.

—Ten fe, verás cómo algo te sale.

—Eso espero, o no llegaré con vida a los cuarenta.

Esta vez fui yo la que soltó una carcajada, no por lo que dijo, sino por cómo lo dijo y por la cara que puso.

Entre risas, llegamos a la zona de la playa que estaba frente a mi casa y que era justo en la que nos habíamos conocido esa misma mañana.

Empecé a subir por la pasarela de madera que nos llevaba hasta el paseo marítimo, desde el que accedería a casa.

—Es aquí, muchas gracias por acompañarme.

—No hay de qué, preciosa. Me ha encantado el paseo y, mucho más, la compañía.

—Para mí también ha sido muy agradable.

—Nos vemos mañana en la barbacoa.

—De verdad, si no quieres venir, no te sientas obligado.

—¿No quieres que venga?

—No he dicho eso, a mí me encantaría que vinieras…

—Entonces, no digas nada más.

Se acercó a mí, sujetó mi mentón y levantó mi cara. Por un segundo pensé que me iba a besar en los labios y que sería el final perfecto para ese paseo.

Me equivoqué. Sí que me dejó un beso, pero en la mejilla, muy cerquita de la comisura de los labios, y se marchó.

Abrí la puerta de la casa y, al entrar, ya estaban mis amigas allí, esperando a que yo llegara.

—Menos mal que estabas cansada, guapa —me dijo Carla.

—Has tardado más de una hora en llegar —me recriminó Blanca.

—¿En serio he tardado tanto?

Miré mi reloj y, efectivamente, habíamos hecho un trayecto de quince minutos en mucho más de una hora.

No tuve la percepción de ir más lento que de costumbre, y me asombré por eso.

—Ya nos estás contando qué ha pasado durante todo este tiempo —me dijo Carla, con las manos en la cintura.

—Pues, básicamente, no ha pasado nada. Hemos venido dando un paseo y charlando.

—¿Ni siquiera un morreo? No me puedo creer que haya desperdiciado un polvo para que me digas esto —dijo Carla, indignada.

—Si quieres, me lo invento, si eso te va a hacer sentir mejor, pero sería mentira.

—Anda, vamos a cambiarnos y nos sentamos un ratito en el jardín con una copa —dijo Blanca.

—Sí, que tenemos que planear la barbacoa de mañana —puntualizó Carla.

Eso hicimos, nos pusimos cómodas, nos lavamos la cara para quitarnos el maquillaje y nos sentamos en la mesa del porche trasero.

Carla fue hasta el bar del jardín y preparó una copa para cada una, y nos dispusimos a hacer una lista de todo lo que nos hacía falta para la barbacoa.

Lo que nos pudimos reír haciendo esa lista con Carla fue poco. Por cojones decía que teníamos que comprar preservativos y geles de placer, que no todo iba a ser comida.

—Es una barbacoa, no una fiesta romana, Carla —le dijo Blanca, sin parar de reír.

—¿Qué pasa, que no tenéis pensado echar un buen polvo? Porque yo, hoy lo he dejado pasar, pero mañana, lo siento por ustedes, pero no pienso hacerlo —respondió ella, indignada.

—Nadie te dice que no lo hagas. Cerrando bien la puerta… —le respondí.

—No, si te parece, me pongo ahí, en medio del jardín y dejo que me grabéis.

Otra carcajada brotó de nuestros cuerpos, por la manera que tenía nuestra amiga de decir las cosas. Era única y no entendía por qué mi hermano la había rechazado por la pavisosa que se había echado como novia.

—Ganarías dinero, eso sin duda —le dije, entre risas.

—Y me lo tendría que gastar en medicina para mi madre, porque le daría un infarto —respondió ella.

—Anda ya, tampoco sería para tanto.

—Que no, dice. Por favor, si todavía piensa que llegaré virgen al matrimonio. No todas las madres son como la tuya, Valeria.

—Ni que lo digas. ¿Sabéis lo que me dijo mi madre el otro día? —dijo Blanca.

—Pues no tengo ni idea, pero seguro que una de las suyas —contesté.

—Que tuviera cuidadito con a quién metía entre mis piernas, porque no todo hombre valía. Ella, que se acuesta con el jardinero.

—¿No me jodas? ¿Está liada con el jardinero? ¿Tu padre lo sabe?

—Por supuesto, lo sabe todo. Según mi madre, ellos tienen un acuerdo: se pueden acostar con quien quieran, siempre y cuando no signifique más que sexo y se lo cuenten al otro.

Nos quedamos ojipláticas con esa afirmación que había hecho nuestra amiga.

Capítulo 9



Valeria

Nos levantamos y, mientras ellas iban al supermercado a comprar todo antes de que llegaran los chicos, yo preparé el café, pues Macarena tenía que estar al llegar.

Hoy lo haría con el pequeño Jacobo, pues los días que tenía libre se los dedicaba íntegramente a él.

Era un niño encantador, de lo más risueño y, como cada vez que venía al pueblo, le había traído un montón de cosas, tanto de ropa como de juguetes.

Solía ir comprando las cosas poco a poco, es decir, cada vez que veía algo que me gustaba, lo compraba.

Como no sabía qué talla tenía, siempre compraba una más. Si no le servía en ese momento, le serviría dentro de unos meses. Lo único que no le compraba eran zapatos, pues no tenía ni idea del número que calzaba el niño.

—¡Valeria! —exclamó el pequeño, en cuanto me vio.

—Hola, precioso mío. Oye, cada día estás más guapo —le dije.

Lo bajé del coche y lo cogí en brazos, comiéndomelo a besos. No había un niño más cariñoso y achuchable que él y, encima, se dejaba.

Entramos en la casa y nos fuimos para la cocina, que era el lugar preferido de Macarena, y no lo digo en broma.

Muchísimas veces le pedí que nos fuéramos al salón, pero ella siempre decía que allí se sentía fuera de lugar y que le encantaba desayunar conmigo en la cocina.

—Traigo churritos, recién comprados y calentitos —me dijo, levantando la bolsa.

—Pues ahora mismo sirvo el café.

Serví dos tazas de café y una de leche con cacao para el niño, que aplaudió en cuanto la vio.

Antes de sentarme junto a ellos, fui un momento a mi habitación y traje las dos bolsas y la caja que había llevado.

—¿Otra vez? Ya no sé cómo decirte que no tienes que comprarle nada, si mi hijo te va a querer igual.

—Ya lo sé, pero sabes que, tanto mi madre como yo, cuando vemos algo que nos gusta, lo vamos comprando.

—Es decir, que me lo habéis vuelto a vestir de verano, ¿no?

—Más o menos, aunque también hay más cosas.

Macarena sentó al niño en una de las sillas que había a su lado y empezó a sacar toda la ropa.

Había de todo, desde bañadores hasta ropa de vestir, pasando por camisetas y ropa cómoda para todos los días.

También, en la caja, había un montón de libros para colorear, que sabíamos que le encantaban, y un coche teledirigido, que hizo las delicias del niño.

—Que sepas que te acabas de convertir en su persona favorita con ese coche. Lo siento por el pobre perrito que tiene mi madre; se va a llevar todos los sustos del mundo.

—No, ya verás como no es para tanto.

Macarena soltó una carcajada y, mientras guardaba toda la ropa en las bolsas, le dio al niño un libro para colorear y una de las cajas de lápices de colores que también llevaba, para que se entretuviera.

Mientras desayunábamos, hablamos de todo un poco, incluido David y lo que había pasado el día anterior.

—Te gusta mucho ese hombre.

—Ni siquiera lo preguntas, lo estás afirmando.

—Nos conocemos desde hace mucho, Valeria, y jamás te había visto así con ningún hombre.

—Ya, pero no sé si pasará algo entre nosotros, y te prometo que este verano he venido con la intención de vivirlo a tope.

—Entonces, deja que todo siga su curso, que sea la vida la que os sorprenda a los dos.

Estábamos hablando cuando llegaron las chicas del supermercado, cargadas de bolsas.

—Mira la señorita, nosotras como mulas y ella ahí sentada, desayunando tranquilamente —dijo Carla.

—¿Por qué no me habéis llamado? Hubiera ido a ayudaros.

—Anda ya, le vas a hacer caso al mediodía habiendo día entero. Esta loca es una exagerada. Si tampoco venimos tan cargadas —dijo Blanca.

—Habla por ti, bonita, que mira cómo traigo las manos —dijo Carla, mostrando sus palmas, que traía rojas como un tomate.

Las chicas dejaron las bolsas en la encimera de la cocina y se marcharon a cambiarse de ropa, dejándome allí sola con mi amiga.

—¿Tenéis fiesta hoy? —preguntó Macarena al ver la cantidad de cosas que habían comprado las chicas.

—Tenemos barbacoa con los chicos. ¿Por qué no te quedas? —le pregunté.

—Uy, quita, yo tengo muchas cosas que hacer, además de que tengo planes para llevar a Jacobo a la playa y comer en el chiringuito para que lo vea su padre.

—Es normal, el pobre se pasa todo el verano sin verlo.

—Ni que lo digas, entre lo temprano que sale y lo tarde que vuelve, se lleva todo el verano tan solo viéndolo dormido.

—Tiene que ser muy duro eso, sobre todo cuando es tan pequeño.

—No lo sabes tú bien. Es doloroso perderte tantas cosas de tu hijo que, a veces, pienso que estoy siendo una mala madre.

—Eres la mejor madre que conozco, al igual que Braulio es un gran padre. Os estáis sacrificando para que el niño no tenga ninguna carencia.

—Sí, pero tiene la más importante, que es el cariño de unos padres.

—Eso lo tiene, no digas tonterías. Además, en invierno el trabajo baja y estáis con él.

—En eso te doy la razón, pero el sentimiento de culpa siempre queda ahí.

Me levanté y le di un abrazo. Era una mujer increíble, capaz de sacrificar todo por su familia, y eso en pocas personas se puede encontrar.

Después de eso, Macarena sentó al niño en su cochecito y guardó las bolsas en la cesta que tenía abajo, dispuesta a ir a buscar a su madre para ir a la playa.

—Que lo paséis bien, y a ver si te veo de nuevo por el chiringuito.

—No lo dudes; además, como este año pasaré aquí todo el verano, podemos planear algo para el día que te venga bien.

—Me encantaría, vamos hablando.

Nos despedimos en la puerta, con un beso en la mejilla. Jacobo se había hartado de jugar y se había quedado dormidito casi sin darnos cuenta.

También contaba que le estaban saliendo las muelas y había pasado la noche regular, por lo que estaba más cansado que de costumbre.

Salí al jardín, donde mis amigas empezaban a guardar las bebidas en el bar y a poner la carne en la nevera que teníamos, lista para, cuando vinieran los chicos, empezar a encender la barbacoa.

—¿Vendrá David? —me preguntó Carla.

—Ayer me dijo que sí, pero no estoy tan segura de que venga.

—¿Y eso? ¿Por qué tienes esa sensación? —preguntó Blanca.

—Porque su actitud es muy contradictoria, la verdad. Ayer pensaba que me iba a besar en los labios, pues todo indicaba que lo haría…

—Y no lo hizo —puntualizó Carla.

—Exacto, me besó en la mejilla y salió huyendo.

—Debe tener algo detrás que le hace actuar de esa manera —afirmó Blanca.

—Según él, sus padres atraviesan problemas económicos y necesitan su ayuda; por eso, todo trabajo que le sale, lo acepta sin condiciones.

—Pero eso no es vida para él —volvió a decir mi amiga.

—Ya, pero yo no puedo hacer nada. Ni siquiera tenemos una amistad fuerte en la que le pueda ofrecer mi ayuda.

—Ni lo intentes, ya viste cómo se puso ayer porque pagaste la cuenta —dijo Blanca.

—Por eso lo digo. Pero ¿sabéis qué? No quiero pensar en eso, necesito desconectar de todo, que para eso he venido.

—Y haces bien, amiga. Vivamos el momento, que el mañana aún no ha llegado —dijo Carla, pasando su brazo por encima de mi hombro.

Después de esto, me fui hasta mi habitación, pues todavía tenía puesto el pijama cortito que había usado la noche anterior para dormir.

Delante del armario, sentada a los pies de la cama, me puse a buscar el bikini que me iba a poner y, al final, me decanté por uno en color blanco que me había comprado meses antes y que tenía sin estrenar.

La parte de la braguita del bikini era tipo brasileña, alta y con unas tiritas finitas que unían la parte delantera con la trasera.

La superior, o sea, el sujetador, era tipo palabra de honor, cruzado en el centro del pecho y sin tirantes.

Me miré en el espejo y me sentí poderosa, como si esas simples prendas me dieran la fuerza suficiente como para enfrentarme a la actitud de David, que no sabía cómo sería en el día de hoy.

Encima, me puse un blusón de gasa transparente, a medio muslo y con dos aperturas en los laterales, de escote en V y de media manga.

No me puse zapatos, sino que iba descalza, que era como me gustaba estar fuera, para sentir la hierba del césped en la planta de mis pies.

Salí al jardín, donde estaban mis amigas, que me miraron con una sonrisa.

Capítulo 10



Valeria

En ese momento, llamaron a la puerta y os prometo que me puse de lo más nerviosa.

Ni cuando tenía quince años, que venía el chico que me gustaba a la piscina con nuestro grupo, me puse así de atacada.

Carla, que se estaba fijando en mí, me hizo un gesto con la mano para que no me moviera, ya que ella se iba a encargar de abrir la puerta.

Me puse detrás de la barra y saqué varias cervezas, para que, cuando entraran los chicos, porque no podían ser otros, ya estuvieran listas.

—¡Toma ya, pedazo de casa! —dijo Adrián.

—Gracias. Considérala como tuya, y ten la confianza de moverte por donde quieras —le contesté.

Salí de donde me encontraba y les di dos besos a cada uno, ofreciéndoles una cerveza. Cuando llegué a donde estaba David, noté cómo me recorría de arriba abajo con la mirada y volví a sonrojarme.

—¿Cuándo vas a dejar de hacer eso? —me preguntó, cerca del oído.

—¿Hacer el qué?

—Sonrojarte cuando te miro.

—No lo sé, es algo que no puedo controlar.

—Eres preciosa, Valeria, y tienes que acostumbrarte a que la gente te mire.

—Ya, si tú lo dices, tendré que creerte.

Casi sin darme cuenta, me había puesto sus manos en mi cintura. Sentir el calor de su piel, aunque fuera a través de la fina tela de la camisola, me hizo estremecer.

Me dio dos besos muy cerquita de la comisura de los labios para, a continuación, quitarme el botellín de las manos y tomar un sorbo, sin apartar la mirada de mí.

Un calor me atravesó el cuerpo de arriba abajo, y no me lo pensé. Aprovechando que me había soltado, me quité la camisola y me lancé al agua.

—Ten cuidado, no te vayas a ir al fondo y tenga que volver a rescatarte —me dijo, cuando me vio en el agua.

—Bueno, aquí, ahora mismo, tengo a tres socorristas, no puedo estar más segura.

—Lo llevas claro si piensas que voy a dejar que alguno de estos te ponga las manos encima.

Vi cómo se quitaba la camiseta, pues las chanclas se las quitó en el mismo momento en el que entró, y se lanzó al agua, saliendo justo delante de mí.

Empezamos a juguetear en el agua, ignorando a nuestros amigos, que ya se habían puesto con el carbón de la barbacoa.

No sé cómo ni por qué, pero, de repente, algo nos atrajo hacia el otro, y terminamos más pegados de lo que era políticamente correcto.

Con sus manos en mis nalgas y nuestras bocas casi rozándose, ninguno de los dos pudo resistirse a la atracción que sentíamos, y nos fundimos en un beso.

Nuestras lenguas empezaron un baile que no sabría cómo describir, pero que me resultó de lo más tentador y sensual.

Estuvimos un buen rato, hasta que casi nos faltó el aire y tuvimos que separarnos. No me había dado cuenta de que mis piernas estaban enroscadas en su cintura, hasta que noté cómo su miembro se encontraba duro y erecto, rozando mi centro del placer.

—Debería separarme de ti si no quiero ser el cachondeo de todos durante lo que queda de verano.

—¿Realmente te importa lo que piensen los demás?

—Estoy tan a gusto así, que, en realidad, me importa un carajo lo que puedan decir los demás.

—Entonces, vuelve a besarme y pasa de todos ellos.

Eso hizo, pero esta vez nos apartamos a una de las esquinas de la piscina, donde me aprisionó contra la pared.

—Te prometo que, si estuviéramos solos, te lo hacía ahora mismo.

—Joder, estoy a punto de decirles a todos que se marchen a tomar por culo.

David soltó una carcajada que se me quedó grabada. Mi cara tenía que ser un poema, pues me encontraba en un punto de no retorno del que no sabía cómo iba a salir de ahí.

Desde el otro lado del jardín, escuché a Blanca cómo me hablaba, pero os prometo que no llegué a escuchar ni siquiera lo que me decía, hasta que se acercó un poco más a nosotros.

—Valeria, se nos ha olvidado comprar una cosa, ahora volvemos.

—¿Vais todos?

—No, Carla ha entrado con Adrián en la casa, a buscar no sé qué cosa.

—Perfecto, no tardéis mucho.

—No te preocupes, la barbacoa todavía no está encendida, no tenemos cerillas para hacerlo.

Parecía que todo se había tornado a nuestro favor. Carla no había ido a buscar nada, simplemente estaría aprovechando el momento con Adrián, pues dijo que no lo iba a dejar pasar.

David me miró y pensó lo mismo que yo, pues se volvió a lanzar a mi boca de una manera que evidenciaba lo mucho que me deseaba.

—No pienso hacerlo aquí, deprisa y corriendo. Cuando lo hagamos, quiero tomarme mi tiempo, recorrer tu cuerpo, centímetro a centímetro, pero no te voy a dejar así.

—No aguanto más, te necesito dentro.

—Pues, para eso, tendrás que esperar un poco.

Dicho eso, llevó sus manos a la parte inferior de mi bikini, la apartó a un lado e introdujo sus dedos entre mis labios vaginales.

¡Madre mía de mi alma! Si esto estaba sintiendo con sus dedos, ¿qué no sentiría con otras partes de su cuerpo?

En un momento dado y sin dejar de besarme, me penetró con dos de sus dedos, a la vez que su pulgar seguía haciendo círculos en mi clítoris.

Llegué al orgasmo casi de inmediato, mientras me sostenía en sus hombros y seguía besándome con él, cada vez de manera más intensa.

—Ahora sí que me toca separarme.

Me dejó un beso en los labios, breve, pero igual de importante para mí que todos los anteriores, y se separó de mí.

Empezó a nadar de una esquina a la otra, justo cuando los demás llegaban al jardín.

Carla traía una cara de satisfacción que no dejaba lugar a dudas de lo que había estado haciendo en el interior de la casa.

Por su lado, Blanca también venía muy sonriente y con una caja de cerillas en una mano, mientras que la otra la llevaba entrelazada con la de Javier.

Nos miramos las tres, sonrientes, y decidí salir de la piscina. Me enrollé en una toalla, a la vez que le tendía otra a David, que se la puso en la cintura.

—Bueno, o encendemos la barbacoa o vamos a tener que comer bocadillos —dijo Carla.

—De eso nada, cariño, que yo hago unas paellas de muerte —respondió Adrián, que le dio un cachete en la nalga.

—Pues nada, el día libre de la semana que viene, hacemos una —les dije.

Me fijé en la cara de David, que era una mezcla entre tristeza e ilusión. Como si quisiera compartir con nosotros su día libre, pero no pudiera porque su conciencia no se lo permitía.

Me acerqué a él y lo rodeé por la cintura, mientras que él me echaba el brazo por los hombros.

—No estás obligado a nada, de verdad.

—Ya lo sé, pero es que me encantaría estar aquí con vosotros, pero la culpa no me dejaría disfrutar.

—¿Cuánto te pagan al día?

—Ni se te ocurra decir eso que estás pensando, porque entonces sería cuando me marcharía y no me verías más.

—Lo siento, tan solo pretendía echarte una mano.

—Es mi responsabilidad, y preferiría que se quedara fuera de esta parcela, por favor.

—Vale, está bien, ya no insisto más. Pero no te marches, por favor.

David se giró hacia mí, cogió mi cara con su mano y nos fundimos en un beso que me dejó con las piernas temblando.

Sus amigos lo miraban sonriendo, pero no era una sonrisa de esas que te adelantan el cachondeo que va a venir, sino de las de tranquilidad, como si David hubiera encontrado en mí todo lo que necesitaba.

No voy a decir que no me gustara ese gesto, porque lo hizo, y mucho, pero sí que me hubiera gustado que me dejara ayudarlo. Encontraría la manera de hacerlo, aunque fuera a través de sus amigos.

Nos pusimos a preparar la carne en la barbacoa y nos dimos cuenta de que nos habíamos pasado comprando, por lo que quedamos en que haríamos la mitad para comer y la otra mitad para cenar.

Ojalá, David, accediera a quedarse a pasar la noche conmigo, pero lo dudaba, ya que al día siguiente tenían trabajo y debían estar al tope de fuerzas.

Eso no significaba que no pudiéramos compartir un ratito en la siesta porque, después de lo que me había hecho sentir con sus manos, no estaba dispuesta a renunciar a lo que me haría sentir con el resto de su cuerpo.

La mesa ya estaba puesta y las bebidas servidas. Ellos se habían encargado del postre y habían traído una tarta de chocolate que había hecho Javier y que tenía una pinta estupenda.

—Javier, como esa tarta esté tan buena como aparenta, me parece que te vamos a pedir más de una —le dijo Blanca.

—Como si tengo que hornear una cada noche —le contestó, dejándole un beso en los labios.

Capítulo 11



Valeria

Entre bromas y risas, llegó la hora de lo que tanto había esperado. Nuestros amigos se acomodaron cada uno en un lugar diferente.

Ni corta ni perezosa, lo cogí de la mano y lo llevé hasta mi habitación. Por suerte, tenía salida directa al jardín, así que no tuvimos que dar toda la vuelta.

No era cuestión de flojera, ni mucho menos, tan solo que teníamos los pies mojados, ya que habíamos salido de la piscina hacía unos minutos.

Entré en ella, cerré la puerta y eché las cortinas, quedándonos en la más estricta intimidad.

No nos hicieron falta palabras. Una mirada nos bastó para empezar a besarnos y deshacernos de la poca ropa que nos quedaba en el cuerpo.

Cuando apartó de mi cuerpo la parte superior de mi bikini, dejando mis pechos al aire, su mirada se volvió más oscura, más profunda, y era producto del deseo que sentía.

De manera muy cuidadosa, me tumbó en la cama, situándose entre mis piernas.

—Eres una puñetera maravilla, Valeria.

—Y tú, un dios griego.

Una sonrisa se formó en sus labios, pero no supe si era por lo que yo había dicho o por lo que él tenía pensado hacer.

Me besó en la boca. Pasó luego su lengua por mi cuello, mi clavícula, hasta llegar a mis pechos.

Una vez que los tuvo delante, los amasó, los lamió y los succionó, volviéndome loca de deseo.

—Por favor, David, no puedo más.

—Ten paciencia, preciosa, que todo llegará a su tiempo.

Siguió bajando con sus besos hasta llegar a mi sexo. Se deshizo de la braguita de mi bikini de un solo movimiento, dejándome expuesta ante su cara.

Abrió mis piernas todo lo que pudo y se lanzó a lamer mi clítoris, de una manera bestial. Cuando empezó a succionarlo, a mordisquearlo, me tuve que agarrar a las sábanas para no gritar.

Un orgasmo devastador se apoderó de mi cuerpo y, os prometo de corazón, que no sé si grité, gemí o qué coño fue lo que salió de mi boca, pero en mi vida me había sentido de esa manera.

No se lo pensó y ni siquiera sé de dónde sacó el preservativo, pero, cuando pude recuperarme, ya lo tenía puesto.

Volvió a mi boca, donde me besó de manera pasional, y pude saborearme en sus propios labios.

Me penetró de un fuerte empellón, mientras acallaba mis gritos de placer con su boca.

Con mis pies clavados en sus muslos y mis manos amasando sus nalgas, me atravesó otro orgasmo. Fue el momento en el que él aprovechó para cambiar de postura.

Salió de mí y me puso apoyada en la cama por las rodillas y los codos, elevó mis caderas y me volvió a penetrar desde atrás.

—No creo que pueda aguantar mucho más.

—Yo tampoco, estoy a punto de correrme de nuevo.

—Hazlo, y llévame contigo.

A la vez que me penetraba, llevó sus dedos hasta mi clítoris, haciendo círculos para acelerar mi orgasmo, que no tardó en llegar, arrastrándolo conmigo, tal y como él me había pedido segundos antes.

Caímos desplomados en la cama, yo apoyada en su pecho y él con su brazo alrededor de mi cintura. No nos quedamos dormidos, pero casi, por lo que nos levantamos enseguida.

David se deshizo del preservativo, anudándolo y tirándolo a la papelera del baño.

Antes de salir, nos dimos una ducha, que resultó ser de lo más caliente, pues, aunque no volvimos a hacerlo, sí que me apeteció saborearlo, y así lo hice.

Me arrodillé ante él y le hice una felación, mientras David aguantaba mi cabello y me marcaba el ritmo que le gustaba, hasta que conseguí que tuviera otro orgasmo en el interior de mi boca.

—Será mejor que salgamos y nos demos un baño, o estos pensarán que nos hemos perdido.

—¿Quién dice que no lo hayamos hecho? Porque yo me he perdido en tu cuerpo.

—Y yo en el tuyo, y me perdería mucho más tiempo, pero mañana tengo trabajo y no puedo andar dormido.

—¿Volveremos a vernos?

—Por supuesto, mañana mismo, cuando bajes a la playa.

—No me refiero a eso…

—Lo sé, y era una broma.

—¿Entonces?

—Si te soy sincero, me encantaría que así fuera, pero no sé si tendré tiempo.

—Siempre se puede sacar un ratito, aunque sean cinco minutos.

—No me conformaría con ese tiempo, pero bueno, vamos viendo.

Salimos al jardín y, a pesar de haber pasado uno de los mejores momentos de mi vida, no terminaba de sentirme feliz.

Para una vez que me fijaba en un hombre de esta manera, tenía que hacerlo en el que tenía la vida más complicada del mundo.

No me quise amargar más de la cuenta y, por eso, decidí que viviría la relación tal como se fuera dando, minuto a minuto, sin adelantarme a nada.

Pusimos el resto de la carne en la barbacoa para cenar, y yo me encargué de hacer también una ensalada.

David se mostró de lo más cariñoso conmigo, pues no dejaba de abrazarme por detrás, de dejarme besos en el cuello y de hacerme carantoñas, por lo que entendí que seguiríamos adelante con lo que habíamos empezado.

Los chicos se marcharon poco después de las diez de la noche, y entonces llegó nuestro momento de confesiones, pues no podíamos callarnos nada de lo que nos pasaba.

—Os prometo que he pasado el mejor momento de mi vida —nos dijo Blanca.

—¿Qué ha pasado con Javier? ¿Ha habido tema? —preguntó Carla.

—Bueno, no ha habido del todo, pero sí que nos hemos besado y nos hemos dicho que nos gustábamos mucho.

—Habéis quedado en que volveréis a veros, me imagino —afirmé.

—Sí, nos veremos después de que termine su horario laboral, mañana mismo. ¿Y vosotras?

—Pues yo sí que he tenido tema con Adrián. No voy a decir que esté enamorada, porque no es así, pero sí que me gusta y nos compenetramos a la perfección. También hemos quedado en vernos mañana —dijo Carla.

—Me alegro un montón por vosotras, de verdad. Yo no he tenido tanta suerte, al menos en lo de seguir viéndonos.

Les conté todo lo que me había sucedido a lo largo del día, y cómo no habíamos podido resistirnos el uno al otro, pero las complicaciones que nos alejaban.

—Eso no tiene nada que ver, si no quedáis es porque no le da la gana, y siento ser tan dura contigo —me dijo Carla.

—Exactamente, yo pienso igual —dijo Blanca.

—No soy tan tonta como para pensar lo contrario; lo que ocurre es que, cuando estamos juntos, saltan chispas y entonces, me intento convencer de que podemos tener algo más.

—Claro que sí, cariño, tan solo había que veros esta mañana en la piscina, pero algo le frena, y eso es lo malo —dijo Carla.

—Lo que le frena es su sentimiento de culpa. Según él, sabiendo la situación en la que están sus padres, no se puede permitir perder el tiempo con nada que no sea trabajar.

—De verdad, hija mía, con la cantidad de hombres que hay en el mundo y te vienes a fijar en el más complicado —dijo Blanca, negando con la cabeza.

—Eso mismo digo yo, que no se puede tener más puntería a la hora de elegir hombre.

—Y menos mal que lo quieres para el verano, no para siempre, sino, te veía metida a monja —dijo Carla, doblada de la risa.

—No, si al final voy a tener que hablar con mis padres y que me concierten un matrimonio, como en el siglo XVIII.

—Mira el lado bueno, a lo mejor no te gusta, pero tendrías el futuro asegurado, porque tu padre no te iba a elegir un muerto de hambre, con lo clasista que es —me dijo Blanca.

—Y recauchutado, como la novia de mi hermano.

Todas empezamos a reírnos. Al final, como nosotras no teníamos que levantarnos temprano, decidimos tomarnos una copa en la piscina, ya que la noche invitaba a ello.

Dentro del agua, no pude evitar recordar el primer momento en el que nos besamos, y debí ponerme roja, porque mis amigas empezaron a reírse y a mofarse de mí.

—¿Quieres que te baje algún aparatito para que te quites el calor? —preguntó Blanca.

—Yo tengo uno que es acuático y está sin estrenar, por si quieres que te lo regale —me dijo Carla.

—Muy graciosas las dos, pero lo siento, hoy me han dejado bien saciada. Mañana no lo sé, pero en este momento, ya os digo que no me hace falta.

Estuvimos allí hasta bien entrada la madrugada. Entonces entramos en casa, nos dimos una ducha y nos fuimos a dormir.

Al acostarme, el olor de David seguía impregnado en las sábanas, y eso fue lo mejor para conciliar el sueño, pues parecía que lo tenía a mi lado.

Capítulo 12



Valeria

Al día siguiente, después de desayunar, nos preparamos para volver a la playa.

Teníamos claro que nos pondríamos en el mismo lugar que ayer. Lo único que cambiamos fue que no iríamos al chiringuito a comer.

Compramos bocadillos y latas de refresco, que llevamos en una nevera portátil que trajo Carla y que era de lo más cuqui.

Hoy también habíamos rescatado la sombrilla del año anterior, pues el sol apretaba demasiado como para estar tan solo con una sombrillita pequeña.

—Ya están los chicos en la torre —me dijo Blanca.

—No, David está ahí abajo, hablando con una chica —respondí.

—Le habrá preguntado algo —dijo Carla.

—Me da igual, tampoco es que le vaya a prohibir que hable con nadie. Primero, porque no soy así y, segundo, porque no hay nada serio entre nosotros —contesté.

Yo fui la encargada de poner la sombrilla y dejé la nevera bajo su sombra. Abrí mi silla y me quité la camisola que llevaba, para sentarme a tomar el sol.

Mis amigas subieron hasta la torre para saludar a sus chicos, mientras David seguía hablando con esa otra mujer.

Su cercanía me decía que se conocían de antes, pues la confianza que mostraban el uno con el otro así me lo demostraba.

En un momento determinado, ella se puso de puntillas y le dejó un beso en la mejilla. No fue ese gesto lo que me molestó, sino que él la abrazó de una manera muy íntima.

Decidí mirar para otro lado, pues me estaba haciendo daño. No lo pensé, dejé mis gafas de sol en el bolso, mi sombrero de paja, que iba conmigo a la playa a diario, encima de la silla, y me dirigí al agua.

Al pasar por su lado, cuando fui a decirle hola, miró para otro lado, como si no quisiera que esa otra mujer supiera de mi existencia, y eso, además de dolerme, me cabreó sobremanera.

Hoy, más que nunca, tuve toda la precaución al bañarme para que no tuviera ni que acercarse a mí.

Y yo, que soy gilipollas, le había comprado un bocadillo para que comiera con nosotras en la playa, aunque fuera desde la torre, cuando él me estaba ignorando deliberadamente.

No sé el tiempo que me mantuve a remojo, pero, cuando quise darme cuenta, tenía los dedos de las manos arrugados, así que decidí que ya había tenido suficiente.

Cuando llegué a donde nos habíamos instalado con todos nuestros bártulos, ya estaban mis amigas allí, y volví a pasar junto a David, que seguía en el mismo lugar, pero esta vez solo.

—Buenas tardes, Valeria.

—Hombre, pero si me has reconocido.

—Por supuesto, ¿a qué viene eso?

—A que he pasado por tu lado hace un buen rato, mientras estabas con esa chica tan guapa, y, cuando he ido a saludarte, me has vuelto la cara.

—Te prometo que no te he visto. Era una compañera de la universidad que está aquí de vacaciones unos días…

—David, no me tienes que dar explicaciones, de verdad, me ha quedado todo muy claro.

—No es que tenga que darlas, es que quiero darlas, que es muy diferente. Y te aseguro que no te he visto.

—Claro, como tampoco te has dado cuenta de que mis amigas habían subido a la torre a ver a los chicos.

—Pues no, no me he percatado de eso.

—Entonces, será que la visión de esta mujer te tenía demasiado distraído, y eso no es bueno. Como tú dices, en tu trabajo tienes que poner los cinco sentidos.

Me giré para marcharme, pues esa conversación lo único que estaba haciendo era ponerme de los nervios e iba a terminar cabreada.

David no me frenó, como tampoco me siguió, sino que me dejó que me fuera a mi aire, y no sé qué me dolió más, si marcharme o que me dejara marchar.

—Chica, pensábamos que tendríamos que ir a buscarte con una caña de pescar —dijo Blanca.

—A ver… te tienen que haber salido branquias —respondió Carla.

—Dejaos de tonterías, que no está el horno para bollos. Traigo un cabreo de mil demonios, de verdad.

Les conté lo que me había sucedido y las chicas se miraron entre ellas, como si supieran algo que no tenían claro si contarme o no.

—Desembuchad ahora mismo —les dije a las dos.

—Esa mujer con la que has visto a David… según nos han dicho los chicos, tuvo una relación con él, que terminó cuando se graduaron —me dijo Blanca.

—¿Por qué terminaron?

—Porque ella vivía en Sevilla y él no quería dejar a sus padres. Pero me ha contado Adrián que ha vuelto a Madrid, que está trabajando en una empresa de allí —me contó Carla.

—Entonces, no me voy a esforzar por tratar de sacar nada adelante. No tengo fuerzas para eso ni pienso gastar mis energías.

—Valeria, eso no significa que se sigan gustando, ha pasado mucho tiempo de eso.

—Y yo me chupo el dedo, se ha venido de vacaciones, justamente, al lugar donde él está trabajando.

—Eso ha sido una casualidad, amiga.

—No creo en las casualidades.

Os prometo que me entraron ganas de volverme a la casa, pero no iba a permitir que nada ni nadie me amargara el día.

Me apliqué protector solar, pues, después de tanto tiempo sumergida en el agua del mar, no había duda de que el que me había puesto antes de salir de casa se había diluido hacía mucho.

No tenía ganas de hablar con nadie, por lo que me puse mis auriculares, que tenía conectados al móvil, y me dispuse a escuchar música.

Mis amigas sabían que, cuando yo hacía eso, era porque necesitaba aislarme de todo y de todos, así que ni siquiera osaron preguntarme nada.

No sé si me quedé dormida, pero me sentía de lo más relajada. Cuando me encontré mejor, desconecté los auriculares y volví a ser la misma de antes.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó Carla.

—Sí, gracias. Lo que tengo es un hambre de mucho cuidado.

—Me preguntaba si te vendrías con nosotras y los chicos a comer a la torre, ya que ellos no se pueden mover de ahí —me dijo Blanca.

—Siendo sincera, no me importaría, pero no sé cómo le va a sentar a David después de la conversación de antes.

Justo cuando estaba diciendo eso, lo vi bajar de la torre. La chica lo esperaba abajo, y ambos se fueron hacia el chiringuito que había justo detrás de su lugar de trabajo.

—Creo que se acaba de despejar mi incógnita —les dije, señalando con la cabeza.

—No me lo puedo creer… —dijo Carla.

—Yo, todavía menos, cuando hace dos días me dijo que no podía venir a comer con nosotras porque no se podían mover de aquí.

—Venga, vente y que le den por culo —me dijo mi amiga.

—No, de verdad que no me apetece estar ahí de candelabro. Disfrutad y comed tranquilamente, yo creo que me vuelvo a casa.

—Si te vuelves tú, nos volvemos todas. Eso no se discute —dijo Blanca.

—De verdad, necesito estar sola.

—Pues te dejamos sola aquí, pero tan solo el rato de la comida, que luego bajamos.

—Está bien, aquí os espero.

Mis amigas, antes de irse, me dieron un abrazo. Me puse las gafas de sol y los auriculares, de nuevo. No quería que nadie me viera llorar, pero tenía un nudo en la garganta que no me dejaba ni respirar.

Intenté comerme el bocadillo, pero todo el hambre que sentía hacía solo unos minutos se había diluido. No pude pegarle más de tres o cuatro bocados antes de que me entraran unas náuseas increíbles.

Lo único que me terminé fue la bebida, porque me aportaba azúcar y no quería que me diera una bajada entre el calor y la falta de alimentos.

Como media hora después, lo vi llegar con ella. Entre risas, se dieron un abrazo y un beso en la mejilla a los pies de la torre, y él se volvió a su puesto de trabajo.

Ni siquiera giró la cabeza hacia donde yo estaba. Era como si no existiera nada más que esa mujer en su mundo, y no pensaba dejar que jugara conmigo.

En cuanto vi que llegó arriba, y no me preguntéis el motivo, porque no lo sé, me quité todo y me dirigí al mar.

Era lo único que me sanaba: el salitre del mar, el bamboleo de sus olas, a pesar de que estuviera repleto de gente.

Sumergí la cabeza y eso me ayudó bastante, pues me puse a bucear durante un buen rato.

No lo hice mar adentro. No quería que se viera obligado a entrar de nuevo a por mí, sino que lo hice de forma horizontal.

Cuando me calmé lo suficiente, salí de nuevo, y ya estaban mis amigas abajo, esperando a mi llegada, y me recibieron con una sonrisa.

Capítulo 13



David

Estaba en mi puesto de trabajo cuando la vi, y no me lo podía creer. Era Martina, mi novia de la universidad.

Todo el mundo, incluidos mis amigos, pensaba que nos habíamos separado por la distancia, porque ella vivía en Sevilla y yo en Madrid, y no quise dejar a mi familia, pero no era cierto.

Si Martina y yo terminamos, fue porque ella, en uno de sus viajes a casa, conoció a Mauro, y se quedó prendada de él.

Fue de lo más sincera, y jamás me engañó, pues no tuvo nada con él hasta que no terminó conmigo, y así se lo hizo saber a él también.

Le dijo que se había enamorado, pero que, antes, tenía que contármelo, que no quería perder mi amistad.

Después de separarnos, hablamos todas las semanas; incluso me invitó a su boda, que había sido el año anterior, pero no pude asistir porque el trabajo no me lo permitió.

—¿En serio estás aquí?

—No me lo podía creer. He venido unos días de vacaciones con unas amigas, y, al girar la cara, te he visto ahí, y he pensado: *el destino me quiere mucho*.

—Estás preciosa, tu marido te cuida muy bien.

—Será que estoy tan feliz que no puedo disimularlo.

—Se te nota, y me tienes que contar todo.

—¿Comemos juntos?

—No puedo ausentarme más de media hora, pero hablo con mis amigos para que me cubran.

—Tengo tanto que contarte…

—Ven aquí, dame un abrazo.

Martina se puso de puntillas y me dejó un beso en la mejilla, y yo no pude hacer otra cosa que abrazarla, como siempre hacía cada vez que nos veíamos.

Estuvimos un buen rato hablando, y quedamos en comer juntos, en que yo le haría una llamada perdida cuando fuera mi turno, y ella me esperaría bajo la torre.

Justo cuando iba a subir de nuevo a la torre, vi cómo Valeria venía del agua. Estaba tan bonita como siempre, pero tenía algo que me indicaba que estaba enfadada.

La frené a su paso y supe el motivo de su enfado. Al parecer, había pasado por mi lado y yo le giré la cara, pero os prometo que no la vi.

Tras el cruce de varias palabras, y viendo que no me iba a entender, decidí dejarla; ya hablaría con ella más tarde.

Al subir, las chicas ya se marchaban, por lo que me mantuve en la puerta, hasta que lo hicieron.

—Te estás luciendo, chavalote —me dijo Carla, pero no entendí a qué se refería.

Bajó y me dejó allí, con una cara de tonto que no podía con ella. Cuando me quedé a solas con los chicos, no dudé en preguntarles qué había sucedido.

—¿Alguien me puede explicar qué ha pasado aquí? —pregunté.

—Nada, nos han preguntado quién era la mujer que estaba hablando contigo y les hemos contado la historia que os une —dijo Adrián.

—¿Es que sois gilipollas? —reclamé.

—En todo caso, el gilipollas eres tú, que vas a dejar a una mujer real por un sueño —me contestó Javier.

—No tenéis ni puta idea y espero que no me hayáis jodido mi historia con Valeria.

—Nosotros no te hemos jodido nada, habrás sido tú, en todo caso, el que joda lo que tengas —me dijo Adrián.

Me senté en mi silla, pendiente del mar, intentando tranquilizarme. A nadie le importaba lo que ocurrió entre Martina y yo, y no iba a contarlo ahora.

Si alguien se merecía saber la verdad, era Valeria. Sería la única a quien se la contaría, a ser posible con Martina delante.

Cuando llegó la hora de comer, le dejé la llamada perdida a Martina y bajé de la torre sin decirles ni adiós a mis amigos.

Me jodía mucho que la gente hablara sin saber, que fueran unos metiches entrometidos, y justo eso mismo me había pasado con estos dos.

La vi llegar de lejos, con esa sonrisa que pintaba su boca siempre desde que conoció a Mauro, y me dispuse a bajar.

—¿No comes con las chicas y con nosotros? —preguntó Adrián.

—No, he quedado para comer con Martina, pero no saquéis conclusiones precipitadas. No tiene nada que ver con lo que va a pasar.

—Tú mismo, chaval —me contestó Javier.

En cuanto la tuve delante, le di un abrazo enorme, porque era lo único que me salía cuando la tenía cerca.

—Venga, que hoy te invito yo.

—De eso nada, jamás permitiría que una mujer me invitara a comer. No veas lo mal que me sentó que me lo hiciera la chica que estoy conociendo el otro día en la cena.

—¿Estás conociendo a alguien? Eso no me lo habías contado.

—Bueno, en realidad la conocí hace unos días, pero es una mujer increíble.

—Yo también tengo que contarte algo, pero mejor que estemos sentados, porque te puedes caer de culo cuando lo escuches.

Nos sentamos en una de las mesas de la terracita, pero de las que estaban cubiertas y con aire acondicionado, porque el calor apretaba fuerte.

Nos pedimos unos refrescos, pues yo no podía tomar alcohol mientras estaba trabajando, ya que me podría jugar el puesto, aunque sin duda me moría de ganas de darle un trago a una buena cerveza fría.

—Ya estamos sentados, así que puedes contarme lo que te tiene tan nerviosa.

—Son dos cosas: la primera, Mauro y yo volvemos a Madrid.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí, a ambos nos ha salido una oferta laboral que no podemos rechazar, y la hemos aceptado. Por eso es este viaje de amigas, a modo de despedida.

—No sabes lo que me alegra volver a teneros cerca, de verdad.

Conocí a Mauro desde el primer momento, y lo consideraba un buen amigo. No hubo dramas ni celos, y me hizo darme cuenta de que no quería a Martina de la manera en la que ella se merecía.

—Y a nosotros, que ya teníamos ganas de poder vivir bien, porque los sueldos son astronómicos, te lo aseguro.

—Eso es lo mejor, ojalá encontrara algo, no igual ni parecido, pero sí que me diera la opción de vivir estable y en paz.

—Pronto lo tendrás, no olvides que todo llega cuando tiene que llegar.

—Eso espero, que ya me toca algo bueno.

—Y ahora viene la segunda noticia. ¡Vamos a ser papás!

Eso sí que no me lo esperaba, pues ellos siempre decían que querían esperar un par de años más, pero, tal y como decía ella, todo llegaba cuando tenía que llegar.

Me explicó que no había sido buscado, pero que a ambos les hizo mucha ilusión cuando recibieron la noticia.

—No es para menos, es la culminación de vuestro amor.

—Pues sí, y estamos deseando saber si es niño o niña. Lo que sí tenemos claro son los padrinos, si están de acuerdo, claro.

—¿Has hablado con ellos?

—Con la madrina sí, pero al padrino todavía no le hemos dicho nada. Íbamos a esperar a llegar a Madrid, pero, como lo tengo delante, le he preguntado a Mauro y me ha dicho que adelante.

—¿Me estás proponiendo que sea el padrino de tu hijo o estoy escuchando mal?

—Eso mismo, y espero que me digas que sí.

—Me honra que hayas pensado en mí, pero yo no podré darle al niño nada económico, y, quizás, sea mejor que busques a otro…

—Mi hijo no necesita nada económico, eso no me importa. Lo que sí me importa son los valores que le podrás inculcar y, por supuesto, el cariño que le vas a dar.

—Entonces, intentaré ser el mejor padrino del mundo.

Me hizo una ilusión tremenda que hubiera pensado en mí para ser el padrino del niño, y me puse como meta ir juntando algo de dinero para que, cuando naciera, poder comprarle algo que mereciera la pena.

Mi vida era un constante ahorro, y lo sabía, porque la vida del pobre era así, qué le íbamos a hacer.

—Ahora te toca a ti, cuéntame lo de esa chica, y quiero saberlo todo.

—Se llama Valeria, y es preciosa…

Le conté todo lo que había pasado entre nosotros, y las diferencias que había entre ambos.

Me abrí en canal con ella, porque, a pesar de lo que vivimos juntos, la consideraba mi mejor amiga, y era la única con la que me confesaba sin ocultar nada.

Martina me escuchaba atentamente, sin juzgarme, sin interrumpirme, pero, por su rostro, supe que me iba a decir lo mismo que todos los demás.

—No puedes seguir así, David.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

Casi sin darme cuenta, había pasado la media hora que tenía para comer, por lo que tenía que marcharme.

—Te propongo algo, cenemos juntos esta noche, en mi casa, y seguimos hablando tranquilamente.

—Está bien, pásame la ubicación y estaré allí a las nueve. Espero que a Mauro no le importe.

—Sabes de sobra que no, que te tiene como a un hermano.

—No sería el primero que se acuesta con la mujer de su hermano…

Martina me dio una colleja y soltó una carcajada.

Capítulo 14



Valeria

Esa noche las chicas habían quedado con ellos, que pasarían a recogerlas a las nueve para ir a cenar y a tomar algo.

Por mucho que insistieron, no accedí a salir con ellos, no quería sentirme una sujetavelas, así que les dije que me dolía la cabeza y que me quedaría en casa.

Las vi arreglarse, y de verdad que me alegré por ellas. Tuve la esperanza de que, al menos, David me hubiera enviado un mensaje para decirme que no venía, que estaba cansado, pero no tuve noticias suyas.

En cuanto mis amigas salieron de la casa, no me lo pensé. Me planté un bañador de natación que me había llevado y que era mucho más cómodo para nadar que cualquier otra prenda de baño, cogí una toalla y salí de allí rumbo a la playa.

En la arena había varios grupos de jóvenes bebiendo y riendo, que me sacaron una sonrisa.

Me acerqué a un grupo de chicas que estaban allí, y les pregunté si podía dejarles mi bolsa, pues me apetecía nadar un poco.

—Por supuesto, vamos a estar aquí, al menos, hasta medianoche.

—Espero no pasar tanto tiempo en el agua, pero gracias.

Me desnudé y me sumergí en el mar. La luz de la luna me daba la suficiente claridad para poder ver lo que tenía delante. Empecé a nadar con la intención de cansarme lo suficiente como para relajarme.

No sé si estuve media hora o cinco minutos, pero el caso es que, cuando salí de allí, me encontraba superbién.

Me acerqué al grupo de chicas y, al coger mi bolsa, me miraron sonrientes, pues serían algo más pequeñas que yo.

—¿Te apetece tomarte una copa con nosotras?

—Os lo agradezco, de verdad, pero me vuelvo a casa a darme una ducha y a comer algo.

—Pues casi, casi, en vez de cenar, desayunas.

—¿Tan tarde es?

—Las dos menos cuarto de la madrugada.

—Dios mío, y os pensabais marchar a las doce. Lo siento, chicas, he perdido la noción del tiempo.

—Uy, no te preocupes, porque, al final, estamos aquí tan a gustito, que no nos pensamos mover hasta que no tengamos que volver a casa.

—De igual modo, mil gracias. Ahora me marcho ya.

Me puse el vestido por encima y cogí mi bolso. Incluso me fui descalza, pues quería llegar antes que las chicas, o se asustarían si no me veían.

Pero no me esperaba encontrarme con quien me encontré, mucho menos en la puerta de al lado de mi casa.

Sí, tal y como estáis pensando, era David, que salía de esa casa, de la que se despedía de esa mujer, que llevaba un vestidito cómodo, señal de que no se habían movido de allí.

Me quedé petrificada, sin poder moverme, hasta que la mujer giró la cara y me vio.

—Buenas noches, vecina, espero no haberte despertado.

—No te preocupes, vengo de la playa, ni me he enterado de la fiesta.

Vi cómo David se quedaba ojiplático al verme. Parecía mentira que no se hubiera dado cuenta de que mi casa era la que estaba justo al lado, cuando había estado hacía dos días.

No le di la oportunidad de decirme nada, abrí la puerta y entré corriendo a mi habitación.

Escuché cómo el timbre sonaba, pero no le hice caso, me metí en la ducha y allí lloré lo más grande, por lo gilipollas que había sido.

¿Cómo pude creerme que un hombre así me iba a tomar en serio? Estaba claro que para él no existía nada más que su familia, y todo lo demás éramos mero entretenimiento.

No sé el tiempo que tardé en salir de la ducha, pero, al hacerlo, lo vi sentado a los pies de mi cama.

—¿Se puede saber qué haces ahí?

—Valeria, no es lo que piensas, te lo prometo.

Quiso acercarse a darme un beso, pero le giré la cara. ¿No había tenido suficiente con esa mujer que ahora venía a buscarme?

—Lo siento, no suelo comerme las babas de nadie.

—¿Me dejas que te lo cuente todo? Si quieres, vamos a casa de Martina y que sea ella la que lo haga.

—¿Quién te ha dejado entrar?

—Tú. Salté la valla y entré por la puerta del jardín.

—Tendré que decirle a mi padre que refuerce la seguridad.

—Sí, sobre todo porque, igual que he sido yo, podría ser cualquier otro y darte un susto.

Joder, no había pensado en eso. Si hubiera sido cualquier otra persona que me hubiera seguido desde la playa, podría haber hecho conmigo lo que quisiera, puesto que estaba sola y no se iba a enterar nadie.

Un escalofrío me recorrió la espalda, tan solo de pensarlo me entró un miedo atroz.

David aprovechó que yo había bajado la guardia para acercarse a mí, me abrazó y me besó como tan solo él sabía besarme.

—Es mi exnovia, sí, pero no nos separamos por lo que te han contado.

—¿Entonces?

Me contó todo lo que había sucedido entre ellos, y que su marido, al igual que ella, se había convertido en su mejor amigo.

Lo había citado para cenar para poder hablar tranquilamente de su traslado a Madrid, y de lo feliz que estaba con su marido.

Lo miré a los ojos y me lo creí. Quizás era lo que quería pensar, que no me mentía, pero no pude evitarlo.

Volvimos a besarnos y me quitó la toalla que llevaba anudada a mi cuerpo, dejándome completamente desnuda.

Poco a poco, y entre besos, yo también me deshice de toda su ropa, hasta quedar los dos en igualdad de condiciones.

En ese momento, y mientras nos enredábamos entre besos y caricias, caímos en la cama.

Lo sentí por primera vez en mi interior, sin nada que nos supusiera una barrera entre nosotros. Cuando se dio cuenta, salió rápidamente de mi interior.

—Joder, te necesitaba tanto que no me he dado cuenta de que no tenía preservativos encima.

—¿No sueles llevar?

—Llevaba uno, que gasté el otro día contigo. No lo he vuelto a reponer.

—No te preocupes, si me aseguras que estás limpio, yo tomo la píldora.

—Hacía mil años que no estaba con una mujer. Tan solo estoy contigo.

—Entonces, no pares.

Volvimos a besarnos y continuamos donde lo habíamos dejado. Si la tarde que estuvimos juntos fue de lo más especial, no os podéis imaginar cómo fue esa noche.

Porque sí, pasó toda la noche conmigo, y nos dormimos después de hacer el amor. Eso fue lo que hicimos, no tuvimos sexo, porque fue mucho más que eso.

Nos despertamos y ya entraba la luz por la ventana. Escuché ruido en la cocina, por lo que supuse que serían las chicas preparando el desayuno.

—Joder, son las nueve, me he quedado dormido.

—¿A qué hora tienes que entrar a trabajar?

—A las once, pero tengo que ir hasta mi casa, que está en la otra punta del pueblo, a por el uniforme.

—Llegas bien. Llévate mi coche, si quieres.

—Tardaría más en encontrar aparcamiento que en irme andando.

Me dejó un beso en los labios y salió corriendo, poniéndose la ropa como pudo, y quedando en que nos veríamos en la playa.

Me puse algo por encima y bajé a la cocina, donde estaban los cuatro desayunando.

—Buenos días.

—Para unas mejor que para otras —dijo Carla.

—Amor, que tú tampoco te puedes quejar —le dijo Adrián, guiñándole un ojo.

—Hemos visto a David salir corriendo, y suponemos que ha pasado la noche aquí, contigo —afirmó Javier.

—Sí, pero lo que no entiendo es por qué vosotros estáis aquí y él ha tenido que salir corriendo.

—Porque nosotros nos hemos traído el uniforme, y él no. No ha sido un chico precavido.

Algo se me pasó por la cabeza, pero quería consultarlo antes con las chicas. No tendría por qué, ya que la casa era de mi familia, pero no quería que se sintieran incómodas con mi decisión.

En cuanto se marcharon para el trabajo, las chicas y yo nos dimos una ducha y nos preparamos para irnos a la playa.

No sé de dónde había salido eso, pero en el salón, encima del sofá, había un flotador con la forma de una estrella de mar, que me encantó.

—Eso no va a la playa, pero para la piscina nos vendrá de lujo —dijo Carla.

—¿Quién lo ha traído?

—Anoche, que lo ganamos en una de esas máquinas que coges los regalos con una pinza…

—Y de la que tú eres una experta, por cierto.

—Pero no fui yo la que lo consiguió, sino Adrián, aunque yo se lo dejé a huevo para que lo hiciera.

Me estuvieron contando lo que hicieron la noche anterior, al igual que yo también lo hice, y les conté el tema de la seguridad.

Antes de irnos, revisé que estuvieran todas las puertas y ventanas cerradas, y anoté decirle a mi padre que teníamos que poner una alarma.

Capítulo 15



Valeria

Llegamos a la playa y ya estaban allí los tres, en la torre. En cuanto David me vio, no dudó en regalarme una sonrisa y en decirles a sus compañeros que bajaba un segundo.

Lo primero que hizo fue darme un beso en los labios, que me supo a gloria, no lo voy a negar. Después de eso, me ayudó a clavar la sombrilla, porque el viento soplaba hoy con fuerza.

—Hoy no se está muy bien aquí, la verdad —le dije.

—Pues no, pero siempre podéis iros a la piscina.

—Ya, aunque las vistas no son las mismas.

—Bueno, siempre me puedes hacer una videollamada y dejarme de fondo.

—Idiota, no lo decía por ti, sino porque me encanta mirar el mar.

—Joder, qué manera de quitarme las ilusiones.

Estábamos riendo, abrazados, cuando llegó la mujer con la que había estado el día anterior, mi vecina.

—Hola, corazón. ¡Qué bien te veo! —le dijo, y se acercó a darle un beso en la mejilla.

—Hola, preciosa. Mira, ella es Valeria, la chica de la que te hablé.

—Encantada, Valeria, yo soy Martina —me dijo, dándome dos besos.

Llamadme loca, pero su sonrisa no me pareció sincera. No eran celos, era una sensación completamente diferente a eso, pero no quise ser agorera y lo dejé pasar.

—Venía a invitarte a comer, pero si estás ocupado, lo dejamos para otro día.

—Tengo que trabajar, así que no puedo comer con nadie. Ayer hice una excepción porque hacía mucho que no te veía, pero no puedo hacerlo todos los días.

—No te preocupes, otra vez será. Te lo he preguntado porque, como mis amigas se han ido hoy en yate y a mí no me apetecía, para no comer sola.

No me preguntéis el motivo, pero, ante la mirada de David, me vi obligada a decir lo que dije.

—Si quieres, para no estar sola, puedes venirte aquí, con nosotras.

—¿De verdad no te importa?

—Para nada, eso sí, no creo que comamos en el chiringuito, a nosotras nos gusta mucho más comprarnos algo y comerlo aquí.

—¡Me encanta la idea! Yo tampoco soy de bares; prefiero la comida más sencilla.

Ese comentario no me gustó, pero no por lo que dijo, sino por cómo lo dijo, que me resultó demasiado forzado.

Se veía a la legua que tenía otras intenciones, pero, como decía mi padre, ten al amigo cerca, pero al enemigo, aún más cerca.

David me dejó un beso en los labios y a ella uno en la mejilla, y se marchó a la torre.

—Espero que no te moleste la relación que me une a David, pero es que lo quiero muchísimo.

—Para nada, no te preocupes por eso, entiendo perfectamente vuestra amistad.

—Bueno, en realidad es algo más que eso. No sé si estás al tanto de que tuvimos una relación, y que lo dejamos por la distancia, pero…

—Claro que sí, David me lo ha contado todo, no tienes que darme más detalles.

Me chocó muchísimo que David me hubiera contado una versión, mientras que ella estaba dando la misma que me habían dicho las chicas, pero no le di importancia.

Según me había contado mi chico, esa era la versión oficial, pues ella no quería quedar como una cabrona que se había liado con otro y a él le daba lo mismo decir una cosa que otra.

Pensé que lo habría dicho para no desmentir a David, aunque su tono me hizo intuir que tenía otras intenciones.

Efectivamente, en la playa no se podía estar y, cuando pusieron la bandera roja para el baño, debido a las corrientes marinas y al oleaje, decidimos que nos volvíamos a casa.

—Si te apetece, vamos a comer en casa, compraremos un pollo en el asador o algo parecido, y nos quedaremos en la piscina —le dijo Carla.

—Si no os molesta, me encantaría, porque no sé a qué hora llegarán mis amigas.

—Para nada, venga, recoge tus cosas.

Mientras las chicas recogían, yo me acerqué a la torre. Esta vez fui yo la que subí, encontrándome a David en la puerta.

—Pensé que querías que bajara.

—Hombre, algún día tenía que ser yo la que subiera, ¿no te parece?

—Y yo estoy encantado de tenerte aquí, aunque, tal y como está el mar hoy, no podré dedicarte mucho tiempo.

—No te preocupes, venía para decirte que nos marchamos a casa, no se puede estar con el viento. Martina se viene con nosotras.

—Gracias, Valeria, por entender mi amistad con ella. Es muy importante en mi vida.

—¿Por qué no debería entenderlo? Siempre que no me hagas de menos a mí, o que me apartes de tus planes…

—Eso jamás lo haría, y eres consciente de ello.

—¿Vienes a casa cuando salgas?

—Pensaba ir a mi casa a cambiarme e invitarte a cenar en el chiringuito de Braulio.

—Me parece una idea fantástica. ¿Nos vemos a las nueve en el chiringuito?

—No, mejor te recojo a las ocho y media en tu casa. Creo que, tal y como se ha puesto esto, cerrarán la playa para evitar desgracias.

—Perfecto, estaré arreglada y esperándote.

Nos dimos un beso, pero no un simple roce de labios, no, fue uno profundo, que nos dejó con ganas de mucho más.

Como no habíamos estado solas, no les había comentado nada a mis amigas de lo que tenía pensado proponerles a los chicos, ya lo haría más tarde.

Esa mujer decía que había venido con las amigas, pero lo cierto era que, ni en la casa ni en la playa, la había visto acompañada de nadie, y eso me escamaba un poco.

—Estoy como loca por meterme en la piscina —dijo Blanca.

—Uy, y yo también, porque el calor con el viento es de un pegajoso —dijo Martina.

Blanca me miró, al igual que yo a ella, porque nos habíamos dado cuenta de que algo no nos cuadraba con ella.

Si mi madre estuviera aquí, no dudaría en decirnos lo que ella pensaba, y no solía equivocarse, pero, como no estaba, tendríamos que ir con pies de plomo.

Mientras llegábamos a la casa, llamé al asador para encargar un pollo asado con patatas, croquetas y empanadillas, así como unos pimientos fritos.

Si mi padre me viera comer eso, que además me encantaba hacerlo con las manos, sin cubiertos, se llevaría las manos a la cabeza, y eso me provocó una sonrisa.

—Yo lo recojo en un momento, Valeria —me dijo Carla.

—No te preocupes, que lo he pedido a domicilio.

—Uf, mejor, porque tener que ir hasta allí con el calor que hace y el viento dando por saco… —dijo Martina, como si fuera de nuestro grupo de toda la vida.

De verdad que, por minutos que pasaban, menos me cuadraba la actitud de Martina. No sé por qué, pero no le dije nada a nadie de mi cita con David para esa noche.

Algo me decía que, si lo hablaba, esa mujer era capaz de hacer cualquier cosa para unirse a nosotros, y no lo iba a permitir.

Un rato después, como media hora, llamaron a la puerta y, aunque pensé que era el repartidor, resultaron ser los chicos.

Como todavía no había llegado, volví a llamar al asador y pedí que me duplicaran la comanda, aunque tardara un poco más.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Martina a David, sin dejar que ni siquiera me saludara.

—Pues que han cerrado la playa y nos han enviado a todos a casa —respondió él.

—Ah, pues mejor, así descansas, que tienes una cara de agotamiento que no puedes con ella. Te dije que esperaras a hoy para venir a buscar a Valeria.

—Ya, pero no podía aguantar más. Ahora, si me disculpas…

David se dio cuenta de que intentaba acapararlo y apartarlo, en cierto modo, de mí, y no lo permitió.

Se acercó a mí, me dio un beso de tornillo y me pidió que lo acompañara a la ducha, cosa que no dudé en hacer.

El día anterior, uno de sus amigos se había dejado allí un bañador, que él no dudó en coger, ya que estaba limpio y doblado.

—Me gustaría preguntaros algo, pero antes quiero consultarlo con las chicas.

—Cuando quieras, preciosa. Ahora ven, que quiero ducharme contigo.

Ni que decir tiene que nos dejamos llevar en la ducha, y que la pasión se apoderó de nosotros, haciendo que nos perdiéramos el uno en el cuerpo del otro.

Cuando salimos de nuevo al jardín, ya estaba allí la comida, que habían pagado los chicos, y supe que esa había sido una maravillosa maniobra de distracción para que no pagara yo el pedido.

La cara de Martina al vernos salir, a pesar de que intentó disimular, era un poema. En ese momento supe que esa mujer seguía enamorada de David, pero no iba a permitir que se metiera entre nosotros.

Capítulo 16



Valeria

Ese día lo pasamos entre amigos, risas y algún que otro intento por parte de Martina de que David le hiciera más caso a ella que a mí.

Eran casi las diez de la noche y las supuestas amigas de Martina no aparecían por ninguna parte. Es que no le habían enviado ni siquiera un mensaje.

No me pude aguantar más la pregunta que me rondaba la cabeza y aproveché para hacerla en el momento en el que mi chico me acompañó a la cocina para traer algo de picar.

—¿Has visto a alguna de las amigas de Martina?

—Pues, la verdad es que no, no llegó a presentármelas.

—¿Ni siquiera cuando cenaste con ella el otro día en su casa?

—No, Martina me contó que ellas habían salido por ahí, y que a ella no le apetecía.

—David… ¿No te parece extraño?

—¿El qué?

—Que la cara oculta de la luna no se vea desde la tierra. Hijo mío, ¿qué va a ser? Pues que dice que ha viajado con amigas y no aparecen por ninguna parte.

—Ella siempre ha ido por libre, incluso cuando estábamos en la universidad, así que no, no me extraña.

—Pues a mí sí. Y mucho, además.

—No vayas por ahí, Valeria. De verdad que Martina no tiene cabida en mi vida más que como la amiga que es, nada más.

—Si te estás pensando que es una escena de celos o algo parecido, te equivocas. Además, no solo he sido yo la que me he dado cuenta de ese detalle, pero bueno, no insisto más.

—Y te lo agradezco, sabes que ella es muy importante en mi vida, y no me gustaría tener que elegir.

Salimos de la cocina con varias bandejas de picoteo, porque la cena iba a consistir esa noche en eso, me negaba a meterme en la cocina.

Llevábamos una ensalada y canapés de todo tipo, además de un recipiente con berberechos y un plato de mejillones al vapor. Las patatas chips y las olivas no faltaron.

Ella no tenía intención de marcharse, eso estaba claro, y aprovechó que yo dejé las cosas en la mesa y fui hasta el bar del jardín a buscar hielo, para sentarse junto a mi chico, relegándome a mí al lugar que quedaba vacío.

—Eres imbécil, yo le hubiera dado un empujón y la hubiera enviado a su casa —me dijo Carla, que estaba sentada a mi lado.

—Déjala, total, David no le va a hacer ni caso.

—Que te lo crees tú…

Efectivamente, mi amiga tenía toda la razón del mundo, y esa mujer acaparó toda la atención de mi chico, que ni siquiera se dio cuenta de que, después de cenar, me levanté y me fui a la cocina.

Cuando salí de allí, me los encontré riendo de alguna anécdota de cuando ellos dos estaban en la universidad.

—Voy a acompañar a Martina a su casa, enseguida vuelvo —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto.

—¿Se va a perder?

Lo siento, pero esa pregunta me salió sola. No sé si lo hice a propósito o fue que pensé en alto, el caso es que lo solté y me quedé de lo más a gusto.

—No se encuentra muy bien y no quiero dejarla sola —me contestó David, visiblemente enfadado por el tono que empleé.

—Perfecto, no tardes, que tenemos que hablar de algo serio.

—Valeria, no sé si volveré pronto, no quiero dejarla sola hasta que no vengan sus amigas.

—Entonces, ve empadronándote con ella, porque no van a aparecer.

Me di media vuelta y entré de nuevo en la casa. De pronto, la idea de que dejaran el apartamento en el que estaban viviendo para venirse a mi casa me pareció una mala idea.

Por suerte, no les dije nada a las chicas, así no me vería en el compromiso de seguir adelante con eso, porque, entonces, la que estaría incómoda sería yo.

—Me voy a la cama, nos vemos mañana —les dije a los cuatro, que seguían sentados en el jardín.

—¿No esperas a David? —me preguntó Adrián.

—No, si yo no soy tan importante para él como para que se quede conmigo, tampoco lo es él para mí como para que tenga que esperarlo.

Mi respuesta hizo que sus amigos se miraran entre ellos, como si no entendieran a qué estaba jugando David, y eso me hizo preocuparme todavía más.

Me metí en la ducha y me puse un pijama finito. Cerré la puerta de mi habitación, la que daba al jardín, pues, después de que David entrara sin que me diera cuenta, le cogí un poquito de miedo a que se pudiera colar alguien, y me metí en la cama.

Como no podía dormir, y leer siempre había sido algo que me relajaba mucho, saqué mi libro electrónico y abrí la novela que estaba leyendo y había dejado a medias.

En el momento en el que mis ojos empezaron a dar señales de que el sueño se apoderaría de mí, apagué el libro y lo metí en el cajón de la mesilla de noche, dejando que el cansancio me venciera.

Había echado también la persiana, dejando todo oscuro, y puse el aire acondicionado para no asarme de calor.

Dormí de manera profunda y descansada hasta bien entrada la mañana. Cuando me levanté, ya no quedaba nadie en la casa. Sin embargo, mis amigas me habían dejado una nota en la cocina.

«Cariño, no hemos querido despertarte, pues te veías de lo más a gusto. Nos hemos ido a dar una vuelta por el pueblo, ya que el viento está de lo más desagradable para estar en la playa. Te esperamos en el chiringuito de Braulio para comer. Te queremos.»

Miré el reloj y eran pasadas las doce y media del mediodía. Me tomé un café, tranquilamente y sola, que era lo que más me apetecía.

Después de eso, entré en mi habitación, la ventilé e hice la cama. Antes de vestirme, pensé en llamar a mi padre para decirle lo del tema de la seguridad, y cogí mi teléfono.

—Hija mía, qué sorpresa. ¿Qué tal todo por ahí?

—Hola, papá, te llamaba porque quería comentarte algo.

—Pues tú dirás.

—Verás, me he dado cuenta de una cosa de la casa que me tiene algo preocupada, la verdad.

—¿De qué se trata?

—El otro día me dejé las llaves dentro, por lo que salté la valla y entré a la casa por la puerta de mi habitación, la que da al jardín. Pensé que…

—Que si tú lo habías hecho, lo podría hacer cualquiera y darte un susto. ¿Me equivoco?

—Exacto, papá.

—No te preocupes, que ahora mismo aviso a la empresa de la alarma y que fortalezca la seguridad de la valla.

—Tampoco te vayas a pasar y pongas una alambrada eléctrica, que nos conocemos.

—No, hija, pero sí que ponga algún sensor de movimiento o algo similar, que haga que te salte la alarma en el móvil.

—Vale, pero con moderación, por favor, que no es la valla de Melilla, sino la de casa.

Me despedí de mi padre, que me aseguró que esa misma tarde me llamarían desde la empresa de la alarma para citarse conmigo.

Había mentido a mi padre con el tema de la puerta de mi habitación, pero tampoco le iba a decir que el chico con el que me había liado había saltado la valla, no era plan de que terminara detenido.

Después de colgar la llamada, abrí el armario y me vestí con un vestido largo, fresquito y unas sandalias planas. Me recogí el pelo en un moño despeinado, eso último estaba garantizado, porque no os podéis imaginar el viento que hacía, y salí de camino al chiringuito.

Pensé en ir con el coche, porque el día estaba de lo más desagradable, pero me di cuenta de que, en aquella zona, el aparcamiento estaba imposible, así que decidí llamar a un taxi.

Cogí el bolso y me fui hasta la puerta, a esperarlo, cuando vi que la puerta de mi vecina se había abierto, saliendo de su interior David.

Se notaba que iba bastante apurado, lo que significaba que había permanecido ahí toda la noche, y eso me dolió más que nada en el mundo.

No porque se pudiera haber acostado con ella, que también, sino porque la había puesto a ella por encima de mí, sin darse cuenta de todas las mentiras que le estaba soltando.

Ni siquiera se dio cuenta de que yo estaba allí, pues no paraba de mirar el reloj. Eso significaba que tendría que estar en la playa o en algún lugar en poco tiempo y todavía tenía que pasar por su casa.

Cuando vio llegar mi taxi, intentó pararlo.

Os prometo que, en otra situación, no me hubiera importado que lo cogiera él y yo esperar otro, incluso coger el mismo y que lo llevaran a él donde fuera, pero no me dio la gana.

Capítulo 17



Valeria

Llegué al chiringuito donde me esperaban mis amigas y donde también se encontraba Macarena, con una cara que despedía a la gente.

—¿Qué te pasa, amiga? Tienes una cara…

—La que debo tener, no puedo tener otra.

—¿Cuál es el motivo?

—Que el propietario del chiringuito, un alemán al que le salen los billetes por las orejas, ha decidido que nos sube el alquiler y no podemos pagarlo.

—¿Me estás diciendo que tendréis que pagar más?

—Mucho más que eso. Tendremos que cerrar.

—Ah, no, de eso nada.

—Valeria, hemos hecho números y no nos llega. Podríamos pagar la cantidad que nos pone en verano, pero ¿qué hacemos en invierno?

—Espera, pásame el teléfono del propietario del local, que quiero hablar con él a ver si podemos llegar a un acuerdo.

Macarena me miró con cara de no entender nada, pero me lo pasó. A continuación, y sin ni siquiera saludar a mis amigas, llamé a mi padre. Solo él me podía ayudar a llevar a cabo lo que quería hacer.

—¿Segunda vez que me llamas en el mismo día? Hija, estoy empezando a preocuparme.

—Papá, necesito tu ayuda.

—¿Qué es lo que te ocurre?

Le conté a mi padre lo que me traía entre manos. Tenía un dinero en un fideicomiso, una herencia de mis abuelos maternos que me fue dando una alta rentabilidad, hasta multiplicarse casi por diez la cantidad inicial.

Al principio, se mostró un tanto reticente, pues pensaba que yo lo que quería era quedarme allí, en el pueblo, y llevar el chiringuito.

Me encantaba ese lugar, pero entendía que mi sitio no estaba allí, sino en la empresa de mi padre. Al final, comprendió que lo quería a modo de inversión y me pidió el número de teléfono del alemán.

—Yo me encargo de todo, déjame que hable con él, y te llamo en una hora.

—Gracias, papá. Me hace mucha ilusión, además, poder ayudar a mis amigos.

—Eres igualita a tu madre en ese sentido, por eso nunca te puedo negar nada.

Sí, mi padre era serio y muy clasista, pero, cuando se trataba de ayudar a alguien, sobre todo si se lo pedíamos mi madre o yo, no se lo pensaba.

Volví a la mesa y, ahora sí, saludé a mis amigas, que me miraban con carita de corderos degollados.

—Macarena, quédate tranquila, que ya he puesto la maquinaria en marcha para que no tengáis que cerrar.

—¿Qué has hecho, loca?

—Empezar las negociaciones para comprar el chiringuito.

—¿Perdona?

—Yo te perdono lo que quieras, pero, como salga bien, yo seré la jefa, y las cosas cambiarán mucho aquí.

Mis amigas, incluida ella, soltaron una carcajada, porque había puesto mi tono de «aquí mando yo» y, contra eso, no había discusión posible.

Macarena me dio un abrazo, llorando, porque eso significaba mucho para ella y para su familia.

Estaba claro que eso de trabajar de sol a sol se había terminado. A partir de ahora, todo el mundo tendría un horario, y se abriría a una hora y se cerraría a otra, sin discusiones.

Eso de permanecer abiertos mientras hubiera clientes no iba a continuar, y lo tendrían que entender.

Esperaría la llamada de mi padre y, cuando las negociaciones estuvieran cerradas, me sentaría a hablar con los dos. Ahora tocaba comer con mis amigas y desconectar de todo.

—Pensé que los chicos estarían con vosotras —les dije a mis amigas.

—Y lo estaban, pero han recibido una llamada urgente del trabajo y se han tenido que marchar —me contestó Blanca.

—Esta mañana comprobamos que David no volvió. ¿Estás bien? —preguntó Carla.

—Todo lo bien que se puede estar cuando lo ves salir a esta hora de casa de Martina.

—¿Lo has visto? ¿Todavía estaba allí? —continuó mi amiga.

—Sí, y salía con prisas. Podría haberlo llevado en mi taxi, pero no me ha dado la gana, que lo lleve ella.

—Muy bien hecho, que le jodan —dijo Blanca.

Me sorprendió que mi amiga Blanca dijera eso, porque ella era de lo más prudente, y jamás la había escuchado decir algo en ese tono.

Braulio llegó con la bebida y la comida, aunque no habíamos pedido nada, pero sabía lo que nos gustaba a las tres.

En cuanto puso la bandeja encima de la mesa, lo primero que hizo fue abrazarme, con lágrimas en los ojos.

—Tienes un corazón que no te cabe en el pecho y jamás olvidaré lo que estás haciendo por mi familia.

—Es un negocio, que tampoco soy la madre Teresa de Calcuta, pero tendremos que sentarnos y llegar a un acuerdo.

—Tan solo con la intención, para mí es como si lo hubieras hecho.

—No hablo del alemán, de ese estoy completamente convencida de que va a aceptar, hablo de vosotros. Aquí van a cambiar muchas cosas, que no todo es trabajar, Braulio, también hay que vivir.

Cuando dije eso, mi amigo supo a qué me estaba refiriendo, a que se estaba perdiendo todo lo de su hijo, y yo no iba a permitir que eso fuera así.

Por supuesto que tendríamos que hacer muchos números para que no hubiera pérdidas, pero también teníamos que actualizar los precios a la vida actual, no podíamos seguir cobrando como si estuviéramos en los noventa.

Justo estaba hablando con él cuando recibí la llamada de mi padre, por lo que salí para atenderlo.

—Discúlpame, Braulio, es mi padre, que lleva las negociaciones.

—Espero aquí a que me cuentes.

Salí al porche trasero del chiringuito, que era donde combatía menos el viento, y contesté a la llamada.

—Dime, papá.

—Valeria, todo listo. En una hora acudirá al chiringuito junto a un notario que acabo de avisar para firmar la compraventa.

—Gracias, papá, me has hecho la mujer más feliz del mundo.

—No vamos a tocar tu dinero. El chiringuito será un regalo de tu madre y mío, que sabes que ella también está enamorada de ese pueblo.

—Eso no es justo, papá. Mi hermano se puede echar encima por esto.

—Tu hermano acaba de comprar un ático en la playa, y, como el importe es parecido, le ingresaremos el dinero a modo de regalo. Sabes que nunca habéis sido uno más que el otro para nosotros.

—Lo sé, y por eso te lo he dicho.

—Bueno, ve a darles la noticia a tus amigos, que seguro que se alegran.

—Adiós, papá, gracias.

Al entrar, Braulio me estaba esperando y, cuando vio la sonrisa en mi cara, cayó de rodillas al suelo, llorando de alivio.

—Venga, dramático, levanta, que tenemos que hablar.

—No sé cómo te voy a poder pagar esto, te lo prometo.

—A partir de ahora, no pago las comidas.

—Estaría bueno que la jefa pagara, vamos.

—Necesito un lugar donde reunirme con el alemán y el notario para firmar la compraventa.

—Tienes el despacho a tu disposición, eso sí, dame un minuto que lo recoja, porque está de papeles hasta arriba.

—Venga, te doy una hora, que es el tiempo que tardarán en llegar, así también termino yo de comer.

—Gracias, Valeria.

—Chiquillo, que no me des más las gracias, que no las merecen. Eso sí, necesito tu ayuda en algo.

—Dime, haré todo lo que me digas.

—Quiero que me avises cuando llegue el alemán, porque no tengo ni puñetera idea de quién es.

Braulio soltó una carcajada, por la manera en la que lo dije, pero es que era cierto, no había visto a ese hombre en mi vida, es que, ni siquiera había oído hablar de él.

—Eso está hecho, jefa.

—Uy, jefa y todo, qué bien suena. Me hace sentir poderosa e importante.

—Es que lo eres, no tengas ninguna duda.

Braulio me dejó un beso en la mejilla. Sabía que lo que estaba diciendo lo hacía en tono de broma, sin ninguna duda.

Mis amigas me miraban con orgullo, de saber que, gracias a mi intervención, ni Braulio ni Macarena se verían en la calle y con un niño pequeño.

Comimos tranquilamente, pues, al final, el alemán se retrasó un poquito más de la cuenta, el tiempo necesario para que el notario preparara el contrato y toda la documentación.

Resultaba que el destino había querido que yo llegara en el momento justo, pues el alemán volvía a su país esa misma noche, así que teníamos que dejar todo listo antes de que se marchara.

Me levanté en cuanto Braulio me hizo un gesto para decirme que se trataba de ese hombre, por lo que me acerqué a él.

—Buenas tardes, mi nombre es Valeria de la Cruz, le estaba esperando.

—Buenas tardes, señorita de la Cruz, disculpe por la demora, pero la redacción del contrato me ha llevado más tiempo del que esperaba —me dijo el notario.

El alemán se presentó y pasamos al despacho, que Braulio había despejado de papeles y limpiado un poco.

La cosa no nos llevó más de cuarenta y cinco minutos, que fue el tiempo que tardé en leer el contrato y en avisar a mi padre para que hiciera la transferencia.

Capítulo 18



David

Acompañé a Martina a su casa, pues decía sentirse mal debido a las náuseas del embarazo.

Me costó un poco creerla, puesto que, según tenía entendido, las náuseas de las embarazadas solían ser matutinas, pero, en un descuido, miré en internet y vi que eso no era cierto al cien por cien.

A Valeria no le sentó muy bien que la acompañara, pero lo que le sentó peor fue que le dijera que me quedaría a su lado hasta que volvieran sus amigas.

Seguía empeñada en que tales acompañantes no existían, y que ella había venido con otras intenciones, pero no la creía.

Martina podía tener muchas cosas, pero no malas intenciones. Ella era muy feliz con su marido y en mí tan solo veía a un amigo.

—Venga, anda, entra y recuéstate un rato.

—De verdad que siento las molestias que te pueda ocasionar con tu chica, no es mi intención…

—No digas tonterías. Es normal que se haya enfadado por mi marcha, pues teníamos que hablar de algo que quería proponernos, pero sabe lo importante que eres para mí y que no te dejaría sola por trazar un plan para mi día de descanso.

—¿Cuándo descansas?

—Mañana. Así que, cuando me levante, le daré las explicaciones necesarias.

—¿Vas a volver a su casa a dormir?

—Todo depende de la hora en la que aparezcan tus amigas.

—Pues, sinceramente, no lo sé. Ellas vienen a disfrutar, y yo no he ido con ellas por el tema del embarazo…

—¿Cómo han podido salir en yate con este tiempo? Según tengo entendido, se han anulado todos los transportes marítimos, así que no creo que hayan podido hacerlo.

Noté cómo Martina empezaba a ponerse nerviosa, pero pensé que era porque sus amigas tenían otros planes que ella no podía revelar.

—Es que… no quiero que pienses que soy una mentirosa, pero mis amigas no están en ningún yate, sino en un club de sexo liberal que hay en un pueblo cercano.

—¿Lo dices en serio?

—Claro, y, como comprenderás, no iba a ir teniendo a mi marido en casa. Ellas pueden hacer lo que quieran, pero yo no me veía allí.

—¿Están casadas o tienen pareja?

—Algunas sí, otras no. Pero eso va en la conciencia de cada una.

No me lo podía creer, me resultaba un tanto inverosímil, pero no iba a poner su palabra en duda.

Ni siquiera sabía que existían locales de esos en lugares como este, que eran pueblos familiares, pero no pondría la mano en el fuego por nada.

Estuvimos hablando durante un buen rato, viendo cómo el tiempo transcurría y sus amigas no llegaban.

A las dos y media de la madrugada, supe que no podía volver a la casa de Valeria, o le daría un susto de muerte, por lo que dormiría en mi casa.

—Creo que voy a tener que marcharme, Martina, es muy tarde y tengo que llegar hasta mi casa.

—Quédate a dormir aquí. Sabes que a Mauro no le importa; puedes hacerlo en alguna de las habitaciones disponibles.

—Si sois cinco, ¿cómo tenéis habitaciones disponibles?

—Porque dormimos en dos habitaciones. Una de mis amigas duerme conmigo, y las otras tres, en otro de los dormitorios.

—Está bien, dime en cuál puedo dormir.

Me señaló la que estaba a continuación de la suya, entré en ella, me descalcé y me eché encima de la colcha.

Como una hora después, escuché cómo llamaban a mi puerta, y le di paso. Noté en su cara como cierta desilusión, pero no encontraba el motivo.

—David, no me encuentro bien y me da miedo dormirme y que me pase algo estando sola.

—¿Qué te ocurre?

—No lo sé, es como si me fallaran las fuerzas.

—Está bien, pasa y recuéstate aquí, conmigo.

—Mejor en mi habitación, por favor, que tengo mi almohada para las cervicales.

Me levanté de la cama y la seguí hasta la suya, donde me acosté. Ella lo hizo a continuación, recostada en mi pecho.

Pensé en su marido, y no creía que le hiciera mucha gracia que otro hombre durmiera con su mujer, y mucho menos con ella en la postura en la que estaba.

Por otro lado, a mi cabeza también llegó la imagen de Valeria, y las últimas palabras que me dijo. Le había fallado, lo tenía claro, y se merecía una disculpa.

No sé a qué hora me volví a quedar dormido, pero me despertó el sonido de mi teléfono.

Martina ya no estaba a mi lado en la cama, y supuse que estaría con sus amigas, o en la cocina o en el jardín.

Estiré la mano, creyendo que sería alguno de mis amigos el que me llamaba, pero no, era mi jefe.

—David, espero que te encuentres en el pueblo, porque te necesito en media hora en el despacho.

—¿Ha pasado algo?

—Una desgracia, y tenemos que organizar una batida con toda la gente posible.

—Me visto y salgo para allá de manera inmediata.

Me cagaba en todo lo cagable, porque no podía acudir con esta ropa al despacho, y tendría que ir a mi casa a darme una ducha y cambiarme.

Salí de allí como las balas, encontrándome a Martina, sola, en la cocina, preparando el desayuno, como si fuéramos una pareja.

—Hola, cariño. ¿Todo bien?

—No, nada bien, y te agradecería que no usaras apelativos de ese tipo conmigo, te recuerdo que estás casada.

—Lo siento, ha sido la costumbre. ¿Te sirvo el desayuno?

—No, me marcho urgentemente…

Iba saliendo cuando algo se me vino a la cabeza, y no me pude quedar con la duda.

—Por cierto, ¿todavía no han llegado tus amigas?

—Sí, llegaron sobre las nueve, pero tú estabas dormido.

—¿Dónde están?

—Han salido a hacer la compra, no creo que tarden mucho.

No terminaba de creerme esas palabras, por el tono que empleó, pero no tenía tiempo para eso.

Me despedí de ella y salí al porche, donde intenté localizar un taxi, pero no veía a ninguno.

Cuando pensaba que me tendría que ir andando, tardando el triple de tiempo, vi cómo entraba uno por el final de la calle.

Paró justo en la casa de Valeria, donde la vi cómo se subía a él. Corrí para que me esperara, para que me dejara en mi casa antes de llevarla a donde fuera, pero no lo hizo.

No fue porque no me vio o porque no se diera cuenta, lo hizo a propósito, y en su mirada pude ver una mezcla de dolor y desilusión que me rompió en dos.

Al final, entré de nuevo en la casa de Martina, donde vi que había una bicicleta en el trastero, y le dije que me la llevaba, que la traería luego.

En mi vida había pedaleado tan rápido, pero es que la llamada que me hizo mi jefe me hizo reflexionar.

No tenía tiempo de ir hasta mi casa, por lo que me fui directamente al despacho, con la misma ropa con la que había dormido.

Al entrar, me encontré con que allí había unas treinta personas, pero localicé a mis amigos enseguida, y me situé a su lado.

—Vaya pintas traes, macho —me dijo Adrián.

—Vengo sin ducharme siquiera, ya lo haré cuando terminemos.

—Pues la cosa, según está contando el jefe, va para largo.

Al parecer, una patera había sido localizada cerca de la costa, y se necesitaba a todo el personal para su rescate.

El mar había amanecido mucho más bravo que el día anterior, por lo que nuestros conocimientos de socorrismo serían necesarios.

Intentarían hacerlo a través de las lanchas, pero no descartaban que alguno cayera al agua. Por eso, en cada una de esas lanchas de la policía, tendríamos que ir varios de nosotros.

El resto permanecería atento en las torres, por si necesitábamos más ayuda.

A mí me tocó ir, junto a mis amigos, en una de las lanchas, ya que éramos los que más horas de experiencia teníamos.

Ver a esos hombres y mujeres allí, pasando miedo, a esos niños llorando, con frío, me hizo ver la realidad de la vida.

Yo me quejaba todo el tiempo de lo que no tenía, cuando en realidad debería estar dando gracias por lo que era ciertamente importante y que a mí no me faltaba.

Afortunadamente, y aunque fue muy lento el rescate, logramos que todos llegaran a tierra sanos y salvos.

Ahora, el cometido de la policía era intentar encontrarles un refugio, un lugar donde estuvieran a salvo mientras esperaban a ver si eran deportados a sus países o se les daba una oportunidad.

Cuando entramos por la puerta de casa, eran más de las diez de la noche, y estábamos agotados, por lo que no dudamos en darnos una ducha y sentarnos en el sofá a ver algo en la televisión.

A nosotros nos dijeron que, al ser nuestro día libre, nos lo pagarían como si fueran horas extras, lo que me vendría de perlas.

Capítulo 19



Valeria

Había quedado con Macarena y con Braulio al día siguiente, sobre las once, en el chiringuito. Ese día se encargarían los demás empleados de los desayunos.

Con ellos me reuniría más tarde, pero primero tenía que sentar las bases con mis amigos.

—Hola, chicos, vamos a sentarnos en un lugar tranquilo, pero antes voy a pedir una tostada gigante, que me muero de hambre.

—Será porque has tenido una noche ajetreada… —me dijo Macarena.

—Uy, ya quisiera. Pero lo que he tenido ha sido una noche de comedura de coco que no te puedes imaginar, ya te lo contaré.

Nos fuimos al despacho, donde Braulio me había organizado todos los documentos ordenados por fechas y proveedores, así como los contratos de los chicos que trabajaban en el chiringuito.

—Iré al grano. Braulio, tú te encargarás de llevar todo, tal y como estás ahora, pero con un sueldo y un horario.

—No puedo irme así, sin más.

—Oh, claro que lo harás, si no quieres que te despida.

—¿De la cocina… me seguiré encargando yo?

—Por supuesto, pero en las mismas condiciones que tu marido.

Empecé a decirles que el horario del chiringuito iba a cambiar. A partir de mañana, se abriría de once de la mañana a once de la noche, en verano, y de diez de la mañana a cinco de la tarde, en invierno.

—Quiero que te quede claro que da igual si es un día festivo o no. Vosotros también tenéis una vida.

—Ya, pero los clientes…

—Los clientes se tendrán que acostumbrar al nuevo horario, que, por otro lado, es el mismo que tienen los demás, ni una hora más ni una hora menos.

Hicimos un cálculo aproximado de gastos, tanto en sueldos como en seguros sociales, además de en proveedores, así como de los distintos profesionales que se necesitaban para atender bien a todos los clientes.

También decidimos subir un poquito los precios; seguiríamos siendo los que pusieran los platos más baratos, pero de acuerdo con los precios actuales.

Con todo cuadrado, y como estábamos cerca del primer día del mes de julio, acordamos que sería ese día en el que entrarían en vigor los nuevos cambios.

Después de eso, y como la cosa estaba tranquila, ya que no se empezaría a llenar hasta la hora de la comida, me reuní con el resto de los empleados.

—Buenos días, chicos. Muchos ya me conocéis, pero, para quien no sea así, mi nombre es Valeria y soy la nueva propietaria de este local.

—¿Braulio no tendrá nada que ver con esto? —preguntó uno de los camareros.

—Por supuesto que sí, es más, él será el encargado. Dará las órdenes, seguirá siendo el responsable de compras, proveedores y demás. Yo solo vendré por aquí a comer y cuando Braulio o Macarena me requieran.

Les expliqué los nuevos horarios que tendría el local… En definitiva, todo lo mismo que les había contado a mis amigos.

Cuando ya estuvo todo arreglado, me marché de nuevo a casa. Me moría por quitarme esa ropa y ponerme el bañador.

Había decidido que hoy no iría a la playa, no me apetecía. Prefería pasar el día en casa, tranquilamente y quitándome el calor en la piscina.

Me crucé en la puerta con mis amigas, que estaban esperando a que llegara para decirme que el chico de la alarma había llamado, que vendría en un rato.

Al salir de mi casa, me dejé el móvil en la cocina, y como ellas estaban en casa, las avisé de que atendieran las llamadas que llegaran, algo que hicieron sin problemas.

—¿De verdad no te vas a animar a venir a la playa? —me preguntó Carla.

—No, mucho menos ahora que vendrán los de la alarma.

—Hija, pero no se va a quedar ahí todo el día.

—¿Qué va a tardar? ¿Una hora como máximo? —dijo Blanca.

—No lo sé, pero que me da igual, que prefiero quedarme en la piscina y no cruzarme con ese hombre.

—No puedes quedarte encerrada toda la vida —me reprochó Carla.

—De verdad, estaré bien, es lo que me apetece.

—Bueno, para cualquier cosa, ya sabes que llevamos el móvil —me informó Blanca.

—Una llamada y estaremos aquí en cinco minutos —afirmó Carla.

Me despedí de ellas y entré en la casa. Me puse el bikini y un vestido camisero de tirantes anchos, pues no me iba a meter en la piscina hasta que los técnicos de la alarma no terminaran su trabajo.

Para no estar mano sobre mano, me metí en la cocina y me puse a preparar una lasaña de atún, que era lo que se me había antojado hoy para comer.

La tenía ya montada, lista para meterla en el horno, cuando llamaron a la puerta. Eran los técnicos de la alarma.

Les expliqué lo que me había sucedido, y me aconsejaron que pusiera un sensor en la puerta de mi habitación, que era la única que daba al jardín directamente, y otro en la parte superior de la valla.

—¿Podré dejar la puerta de mi habitación abierta con ese sensor?

—Precisamente para eso está diseñada, para que la puedas tener abierta con la seguridad de que sonará la alarma si alguien la atraviesa, al igual que la valla.

—Entonces, adelante.

Pensé que era algo complicado y que tardarían muchísimo tiempo, pero no les llevó más de quince minutos dejar funcionando cada sensor.

Me descargué una aplicación desde la que podía activar o desactivar la alarma, aun estando fuera de mi casa, así como, también me serviría para que me saltara el aviso si había movimiento.

Eso, sumado a las cámaras que apuntaban a la calle, me hacía sentirme de lo más segura. Me despedí de los chicos, y les dejé una buena propina por el servicio que me habían dado.

De nuevo sola y en mi casa, mientras la lasaña se terminaba de cocinar en el horno, me di un chapuzón en la piscina.

Me apetecía muchísimo, y, cuando más a gusto y relajada estaba, llamaron a la puerta.

Mi primera intención fue no salir a abrir, pero pensé que podían ser las chicas, que hubieran olvidado en casa, o perdido, las llaves en la playa.

Salí de la piscina, me enrollé una toalla en el cuerpo y fui a abrir la puerta de entrada a la parcela.

—Desde luego, no sé para qué os doy las llaves ni para qué os digo que quiero estar sola, si no me dejáis tranquila…

Relaté, mientras abría la puerta, pero no eran mis amigas las que estaban allí, sino Martina, que me miraba de manera desafiante.

—¿Se puede saber qué haces en mi casa? Que tenga que soportarte por David no significa que te quiera aquí cada dos minutos.

—No perderé el tiempo, iré directa al grano. Tampoco a mí me apetece tenerte delante.

—Pues, al lío, que estaba yo muy tranquila y relajada en la piscina para que vengas a incordiarme.

—Como ya habrás comprobado, David me sigue prefiriendo a mí. Ha pasado la noche conmigo y hemos vuelto a ser lo que éramos en la universidad.

—¿Qué quieres que haga? ¿Saco un trofeo y te lo doy? ¿O prefieres una medalla?

—Lo que vengo a decirte es que no quiero que te acerques a él, que nos dejes vivir nuestro amor en paz.

—Anda, mira qué moderna. ¿Poliamor o es que tu marido no lo sabe?

—Deja a mi marido fuera de todo esto, aquí estamos hablando de David y de mí.

—No, yo lo decía porque a lo mejor me interesaba echar un polvo con tu marido, como eres tan liberal.

Vi cómo en su rostro se dibujaba la furia, y sonreí por dentro. Si pensaba sacarme de mis casillas y que me pusiera a su altura, lo tenía claro.

Si algo me caracterizaba era que, cuando la gente venía a buscarme con esa intención, yo le daba la vuelta y contestaba con toda la ironía del mundo, casi riéndome.

Otra cosa es que por dentro no me estuviera muriendo de dolor y de pena, pero a ella jamás se lo mostraría.

—Aléjate de David, si no quieres tener problemas más serios.

—¿Me estás amenazando? Yo creo que no, porque eso es un delito y, además, lo tengo todo documentado, pues esa cámara que ves ahí lo está grabando todo.

No era cierto. La cámara tan solo grababa cuando yo activaba la alarma o cuando, estando dentro de mi casa, alguien intentaba entrar en ella y saltaba el sensor, pero eso Martina no lo sabía.

Se dio media vuelta y se marchó, dejándome en la puerta y con la palabra en la boca. No me callé, sino que me asomé a la puerta y me despedí de ella.

—Adiós, Martina, que pases una buena tarde.

Ella giró la cabeza y me lanzó una mirada que, si hubiera sido verdad eso de que las miradas mataban, hubiera caído fulminada al instante.

Capítulo 20



Valeria

Cerré la puerta y, una vez que estuve sola, me quité la máscara de ironía que me había puesto y dejé salir mi verdadero yo.

La tristeza se apoderó de mí, porque, por mucho que David me hubiera dicho que no tenía otras intenciones, habían quedado demostradas, y él había caído en su trampa.

Lo mismo Martina y su marido eran como los padres de Blanca, una pareja abierta, pero eso era una relación paralela en toda regla, nada de un *affaire* o una canita al aire.

Casi se me olvida que había dejado la lasaña en el horno e invento una modalidad nueva de lasaña, la sahariana, porque me iba a salir morenita, morenita.

Afortunadamente, no fue así, y llegué a tiempo para sacarla dorada y en su punto.

Se me había quitado el hambre con la visita de esa mujer, pero el olor que desprendía la lasaña al sacarla del horno me lo trajo de vuelta.

Me saqué una buena porción y les envié un mensaje a las niñas por si querían venir a por el resto y comérselo en la playa.

Valeria: *Chicas, he cocinado una lasaña de atún que me ha salido de muerte. Si queréis, subid a por ella y os la bajáis a la playa.*

Carla: *Amiga, eso es trampa. Desde aquí la estoy oliendo. Ve metiéndola en un táper, que ahora mismo va alguien a por ella.*

Blanca: *Joder, tan solo de pensarlo se me hace la boca agua. Ve preparándola, que la bajamos a la velocidad del rayo. Aunque también hay otra opción, que la bajes tú y te quedes con nosotras.*

Lo pensé durante un minuto, y mis amigas tenían razón. Si él no se estaba escondiendo, ¿por qué lo tenía que hacer yo? Y contesté en el grupo que teníamos al mensaje de Blanca, que era donde habíamos estado hablando.

Valeria: *¿Sabes qué? Que tenéis razón, no mandéis a nadie, que me pongo el vestido, preparo todo en un táper y ya mismo estoy ahí con vosotras.*

Le siguieron mensajes con emoticonos de todo tipo, desde la gitana bailando hasta aquel que es un brazo mostrando un bíceps, como señal de fuerza.

Me salió una carcajada, y me levanté para buscar un táper en el que cupiera toda la lasaña. Además, cogí platos de plástico duro que compramos para la barbacoa y cubiertos desechables.

Lo preparé todo en una cesta y me puse el vestido, así como las chanclas. Cogí mi silla, pues el resto se lo habían llevado ellas, y salí rumbo a la playa.

Al salir, activé la alarma, porque no me fiaba mucho de lo que Martina pudiera hacer, y crucé la carretera que me llevaba a la playa.

Localicé a mis amigas a la primera y me dirigí hasta donde estaban ellas que, en cuanto me vieron, salieron a mi encuentro.

—Menos mal que has recapacitado, porque no te mereces tener que quedarte encerrada —me dijo Carla.

—Pues sí, mucho menos después de la visita que he tenido esta mañana.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Blanca.

Les conté a las dos quién había venido y lo que me había contado, y se quedaron con la boca abierta, pues no se podían creer que David hubiera aceptado eso.

—Venga, vamos a comer, que traigo la lasaña calentita, luego seguimos hablando.

—Si yo fuera tú, hablaba con David, porque no me creo lo que te ha contado —me dijo Blanca.

—Yo también lo haría. Creo que esa mujer es una mentirosa compulsiva, que lo único que quiere es que David no sea feliz con ninguna mujer —apostilló Carla.

—No lo sé, chicas. No me apetece tener que volver a decirle lo que pienso de esa mujer.

—Entonces, déjame a mí —dijo Carla.

Sacó el táper de lasaña, nos sirvió una porción a cada una y cogió el resto, con platos y cubiertos, y se dispuso a llevárselo a los chicos.

—¿Qué vas a hacer, loca?

—Voy a investigar si todo lo que te ha contado Martina es cierto, y para eso, nada mejor que ir con un manjar como este. Id comiendo sin mí.

Blanca y yo nos miramos las dos, sin entender qué era lo que pretendía Carla y, mucho menos, si iba a conseguir que David soltara prenda.

—Estoy cansada de luchar contra corriente, así que voy a comer.

—Sí, yo también. Que sea lo que Dios quiera.

Ambas soltamos una carcajada. Sacamos una lata de refresco para cada una, y nos dispusimos a comer.

Estuvimos charlando de lo que había sucedido esa mañana en el chiringuito. Le comenté los cambios que se llevarían a cabo, tanto en el horario como en los precios y demás, y Blanca me dio su opinión.

—Me parece una idea fantástica, verás cómo pronto recuperas el dinero invertido.

—No es que no me interese recuperarlo, porque, como comprenderás, no han sido un par de cientos de euros, pero eso es lo que menos me preocupa.

—Entonces, ¿qué lo hace?

—Que Braulio y Macarena sean capaces de adaptarse a los nuevos cambios.

—Tú no eres de las personas que imponen su voluntad. Eso sin contar que vuelves a Madrid y que vendrás en ocasiones puntuales.

—Lo sé, además de que ellos seguirán como siempre, yo tan solo apareceré cuando alguno de ellos me requiera y me encargaré de revisar facturas y pagos, poco más.

Después de más de media hora charlando, y viendo que Carla no bajaba, nos decidimos a darnos un baño, pues el mar no tenía nada que ver con el día anterior.

En esta ocasión, no había ni una sola ola, parecía una piscina, y no soplaba una pizca de viento, por lo que el calor era prácticamente insoportable en la arena.

No sé el tiempo que estuvimos en el agua, pero salimos de lo más relajadas. Cuando quise fijarme, me di cuenta de que mi móvil tenía una alerta de la alarma.

Entré en la aplicación y vi cómo alguien lanzaba algo al interior de mi casa. No se veía bien a la persona, y pensé que sería algún paquete que me había enviado mi madre.

—¿Qué ha sido?

—Parece que alguien ha tirado un paquete por la valla, pero no voy a ir ahora. Ya he quitado el aviso y ya lo veré cuando regresemos.

—Pues sí, porque ahora es cuando se empieza a estar bien aquí.

—Mi hora preferida de playa es cuando empieza a caer el sol, y no me pienso marchar hasta que no vea el atardecer.

—Y yo contigo, amiga.

—Sí, porque Carla parece que se ha quedado a vivir encima de la torre.

—Ni que lo digas, no he visto a nadie que tarde más en comer que ella.

—Yo creo que está sometiendo a David a la prueba del polígrafo y está esperando a que la experta le dé los resultados.

—Como en aquel programa de la tele, ¿te acuerdas?

—¡Sí! Éramos muy pequeñas, pero se me quedó grabada la imagen de esa mujer, diciendo: «miente».

Soltamos una carcajada, porque tendríamos unos cinco o seis años cuando lo descubrimos.

Fue durante unas vacaciones, una noche que nuestros padres habían salido y nos dejaron a cargo de una niñera.

Nos dejaba ver la televisión hasta que nos entraba el sueño, pero con una única condición: los sábados por la noche se veía ese programa, que era el que le gustaba a ella.

En esa ocasión, la persona que se sometía al polígrafo era un famoso al que acusaban de haberle puesto los cuernos a su pareja, y venía para demostrar que era mentira.

Ni que decir tiene que se fue con el rabo entre las piernas, con la cuenta llena y sin novia, que lo dejó allí mismo con un buen tortazo por hacerle pasar esa vergüenza delante de toda España.

Blanca se recostó en su silla y se quedó dormida, mientras yo me coloqué mis auriculares y me puse algo de música, pues sueño no tenía, la verdad.

Empezó a sonar una canción que me gustaba mucho, de un artista que nació muy cerquita de la tierra en la que estábamos y que se titulaba *Dejemos huellas bonitas*.

«Que hay cosas que duran un día
Pero en cien años no se olvidan
Hoy yo celebro y me recuerdo que por fin
Contigo yo volví a vivir.»

No pude evitar que un par de lágrimas corrieran por mis mejillas, pues era exactamente así como me sentía.

Lo mío con David no era algo que hubiera durado mucho en el tiempo, pero fue tan intenso que me había hecho sentir viva, querida y deseada como nadie antes me había hecho sentir.

Me las limpié con rabia, con impotencia, como si él no se las mereciera y, justo cuando me incorporé, me lo encontré allí plantado, delante de mí, y mirándome fijamente.

—¿Podemos hablar?

—Creo que, entre nosotros, ya está todo hablado.

—Para nada, todavía nos queda mucho que aclarar, si no te importa.

Capítulo 21



David

Estábamos en la torre, vigilando el mar, aunque hoy poco había que vigilar, la verdad, pues no hacía ni viento ni había resaca, cuando nos fijamos en que Carla venía hacia nosotros.

—Adrián, tu chica viene para arriba y cargada de cosas, más vale que bajes para echarle una mano —le dijo Javier.

—Ahora mismo, que no quiero que se caiga y tampoco verla esta noche.

Nuestro amigo se levantó de la silla en la que estaba, dejó los prismáticos encima de la mesa y abrió la puerta para bajar a buscarla.

No le dio tiempo, pues ella ya estaba al otro lado, con una sonrisa que pintaba de una manera que supe que venía con una intención, que no era otra que sonsacarme lo que pasó el día anterior.

—Hombre, Carlita, qué bien te veo —le dije.

—Davidito, tú también tienes muy buena cara. ¿Por qué será?

—¿Porque he dormido a pierna suelta y con la conciencia muy tranquila?

—Uy, eso de la conciencia no estoy yo muy segura, pero ya tendremos tiempo de hablarlo.

Puso encima de la mesa un táper que, al abrirlo, soltó el mejor olor del mundo, y al que nos lanzamos todos como buitres.

—Quietos todos, que traigo platos. Yo también tengo que comer y no quiero comerme las babas de nadie —nos dijo.

—A sus órdenes, jefa —le dijo Adrián.

Ella le lanzó una mirada de lo más lujuriosa, y todos soltamos una carcajada. En la intimidad, nos había quedado claro quién era la persona que llevaba el mando, y eso nos hizo mucha gracia.

Partió en cuatro porciones lo que había en el táper y lo puso en cuatro platos. Nos extendió cubiertos desechables.

—Espera, que saco los refrescos de la nevera —dijo Javier.

—Por favor, ¿de dónde has sacado esto? No puede estar más bueno —preguntó Adrián.

—De la cocina de nuestra casa, más concretamente del horno, donde lo cocinó Valeria.

—¿Valeria cocina así de bien? Pero si ella debe tener a alguien hasta para que le limpie el culo, con todo el dinero que tiene —dijo Javier.

—Sí que tiene, el dinero me refiero, pero no por ello deja de hacer las cosas por sí misma.

—Eso es de tener la cabeza bien amueblada, porque, si el día de mañana su situación cambia, podrá valerse por ella, sin que nadie tenga que ayudarla —le dije.

—Tú, más vale que te calles, que me tienes contenta.

—A ver, desde que has llegado he notado que venías con una intención. Dispara antes de que la lasaña te siente mal por todo lo que te estás tragando.

—Quiero que me contestes la verdad, porque lo sabré.

—¿Qué es lo que tengo que contestar?

—¿Qué hay entre Martina y tú?

—¿Qué va a haber? Una amistad. Ni yo pretendo nada con ella ni ella conmigo, a ver si os lo metéis en la cabeza de una puñetera vez.

Esa preguntita empezaba a cabrearme, pues todos me preguntaban lo mismo. Anoche, en casa, y mientras estábamos descansando, mis amigos también se interesaron por eso.

—Pues más vale que lo hables con ella, porque no es eso lo que va diciendo y contando por ahí.

—¿A qué te refieres?

—A que, esta misma mañana, ha ido a casa de Valeria, a increparla diciéndole que se aleje de ti, que esta noche en su casa habéis dormido juntos y habéis retomado vuestra relación.

—Esas palabras han sido malinterpretadas por Valeria, que seguro que ha sido la persona que te lo ha contado.

—¿Estás seguro de eso? Porque yo la creo, de todas, todas.

—Es cierto que dormimos juntos, pero no hicimos nada. Ella está felizmente casada con Mauro y, en lo referente a que hemos retomado la relación, estoy seguro de que se refería a nuestra amistad, a nuestra cercanía.

—Te voy a hacer una pregunta, Adrián, a ver si, viéndolo desde otra perspectiva, este hombre es capaz de abrir los ojos —le dijo a mi amigo, esperando que le diera la razón.

—Cuéntame —le dijo su chico.

—Ponte en la situación. Tú y yo estamos felices, casados o no, pero juntos. ¿Tendrías la necesidad de meter a tu ex en tu cama?

—Por supuesto que no. Primero, porque soy de los que piensan que lo que no terminó bien no se merece otra oportunidad; y la segunda, porque, si estoy enamorado, lo que pudiera pensar mi pareja me pesaría mucho.

—Exacto, has dado en el clavo.

—Además, está también lo de sus amigas, que no aparecen por ninguna parte —dijo Javier.

En eso le tenía que dar la razón, porque yo había empezado a pensar que no existían, pero no en que viniera con otra intención.

—Creo que lo mejor es que vaya a hablar con Valeria, que le aclare todo.

—Yo también lo creo, pero, siendo sincera, no sé cómo va a reaccionar —me dijo Carla.

Le di el último sorbo a la lata de refresco para hacer bajar el último bocado de lasaña que me quedaba, que estaba de miedo, eso era innegable.

Me levanté de la silla, y me dispuse a bajar. La localicé de inmediato, pues estaba bajo la sombrilla, y se limpiaba con rabia unas lágrimas que caían por sus mejillas.

—¿Podemos hablar?

—Creo que, entre nosotros, ya está todo hablado.

—Para nada, todavía nos queda mucho que aclarar, si no te importa.

—Está bien, pero si vienes a mentirme sobre lo que ocurrió la otra noche en casa de Martina, ahórratelo, puesto que ya tu «amiga» se ha encargado de contármelo todo, además de amenazarme.

—¿Perdona? Según tú, ¿qué es lo que pasó esa noche? Y, por supuesto, de qué manera piensas que te ha amenazado.

—Tú lo tendrás que saber mejor que yo, que estabas allí. Pero, resumiendo, me ha dicho que os habéis acostado y que volvéis a ser los mismos que en la universidad.

—Eso lo has malinterpretado, Valeria. Sí que dormimos juntos, pero entre nosotros no pasó nada, ni un solo beso, te lo prometo.

—También he malinterpretado el hecho de que me dijera que si me acercaba a ti, iba a tener problemas de verdad, ¿no es cierto?

—Me cuesta creer que de la boca de Martina salieran esas palabras.

—Mira, yo no voy a discutir contigo; si te lo quieres creer, bien, si no, es tu problema.

Vi cómo se levantaba con la intención de marcharse, pues mis palabras le habían dolido, y lo entendía.

—Lo siento, no es eso lo que quería decir. Hablaré con ella, pero te prometo que la única mujer que me interesa eres tú.

—Eso me lo tendrías que decir delante de ella.

—Y te aseguro que lo haré. Espera que termine mi horario laboral y, juntos, iremos a enfrentarla.

—Te lo advierto, si me demuestras que ella es mucho más que yo en tu vida, si la vuelves a elegir a ella, no te atrevas a acercarte más a mí.

—No lo haré.

—Eso también lo he escuchado antes, y me fallaste.

—Esta vez voy en serio.

Le dejé un beso en los labios, que no se esperaba, y volví a mi torre, con todo eso rondando en mi cabeza.

¿Y si lo que me contaban era en serio? ¿Y si todos tenían razón y yo estaba cegato?

Me iba a volver loco, pero estaba dispuesto a llegar al final del asunto, aunque me fuera la vida en ello.

Las horas que quedaban para salir se me hicieron eternas y, a las siete menos cinco, ya no aguantaba más, y empecé a recoger para poder irme a las siete en punto.

—Corre, a ver si te das cuenta de una puta vez de que esa mujer te está manipulando.

—A eso voy y te prometo que, como sea cierto todo eso que me han contado las chicas, le retiraré hasta el saludo.

Bajé las escaleras lo más rápido que pude, hasta llegar a su lado, que ya estaba lista para venir conmigo y hablar con Martina.

Antes de ir a su casa, decidimos que entraríamos en su casa a dejar las cosas, y así no ir cargados, ya que las chicas se quedaron un rato más en la playa con nuestros amigos.

—Alguien me ha dejado un paquete, aprovecharé para recogerlo.

—Venga, te ayudo a guardar todo.

En cuanto entramos, vimos una caja tirada en su jardín, y supimos que eso era lo que habían lanzado desde la verja.

Me resultó extraño que no llevara sello ni estuviera precintada, por lo que fui yo el que me dirigió hasta ella.

Un olor repugnante se apoderó de mí en cuanto estuve cerca y, al abrirla, me encontré con un gato muerto, abierto de arriba abajo.

Vomité sin poderlo evitar, y le pedí que llamara a la policía, pues, con las imágenes de las cámaras de seguridad, podían averiguar algo.

Martina podía esperar, ya que eso era una amenaza en toda regla, y no iba a permitir que le ocurriera nada a Valeria.

Capítulo 22



Valeria

En el momento en que vi a David vomitando y me llegó el olor tan repugnante que salía de esa caja, supe que lo que habían tirado por la valla era algún tipo de amenaza.

—Avisa a la policía, rápido.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hay ahí dentro?

—No te acerques, por tu propio bien. No estás preparada para ver esto, te lo aseguro.

No le hice caso y me acerqué. Os prometo que no había visto algo tan repugnante en todos los días de mi vida.

Si David vomitó, yo eché hasta la primera papilla que me dio mi madre. Cada vez que a mi mente acudía esa imagen, me entraba otra arcada.

Saqué el móvil del bolso y marqué el número de la policía, que no tardó en acudir a mi domicilio.

Mientras los esperábamos, David me hizo una infusión relajante, porque mis manos temblaban.

La puerta de la verja estaba abierta, y la policía entró en cuanto llegó, dirigiéndose a nosotros.

—Buenas tardes, nos han dado un aviso en este domicilio. ¿Es cierto? —nos preguntó uno de los policías.

—Buenas tardes, sí, hemos llamado nosotros —le contestó David.

—¿Pueden contarnos qué es lo que ha ocurrido?

David le contó lo que nos habíamos encontrado al llegar de la playa, y cómo, horas antes, me había llegado un aviso de la alarma con un vídeo en el que se veía a alguien lanzando algo por encima de la valla.

—¿Me podría mostrar ese vídeo, por favor? —me preguntó el policía.

—Sí, ahora mismo.

Saqué mi móvil y busqué dentro de la aplicación de la alarma, donde aparecían todos los avisos, con las imágenes correspondientes.

—¿Tiene usted algún enemigo, señorita de la Cruz?

—Que yo sepa… no.

—¿Ni en el plano personal ni en el plano profesional? Según tenemos entendido, acaba usted de adquirir un local en la playa.

—Sí, he comprado el chiringuito Braulio, pero todo ha sido de lo más cordial.

—¿El señor Braulio y su esposa estaban de acuerdo?

—¿De acuerdo? Están más que contentos, porque todo seguirá igual. Yo tan solo he evitado que tuvieran que echar el cierre por motivos económicos.

—Entonces, ese aspecto lo descartamos, ¿no es cierto?

—Por supuesto que sí. Ellos son amigos, casi familia, y pueden ir a preguntarle a cualquiera de los empleados. Efectivamente, ellos quedan descartados.

—¿El antiguo propietario del local, quizás?

—Muchísimo menos, ese hombre quería deshacerse del local que compró su padre en los setenta, y vio el cielo abierto cuando se le propuso la compra.

—Según me está contando, señorita de la Cruz, tiene que ser un tema personal, entonces.

—Espere un momento…

A mi cabeza acudieron las imágenes de esa mujer, Martina, amenazándome, y supe que tenía que contarlo.

David se dio cuenta de lo que pensaba hacer y, después de mirarme, incrédulo, intentó impedirlo.

—No vayas por ahí, Valeria, sabes que ella no sería capaz —me dijo David.

—Por supuesto que tengo que ir por ahí. No puedo obviarlo, como comprenderás.

—¿Me puede decir de qué están hablando? —preguntó el otro policía.

—Aquí, justo en la casa de al lado, está alojada una mujer que ha sido alguien importante en la vida de mi pareja…

—Tampoco somos pareja, Valeria —me dijo David.

Os prometo que el mundo se me cayó encima. ¿En serio me decía eso ahí, delante de esas personas? ¿Para qué me quería, entonces?

Como vio la cara que puse, intentó aclararlo, pero ya no me servía de nada, había hablado tal y como lo había sentido.

—Quiero decir que nos estamos conociendo. Para mí, pareja es la persona que lleva mucho tiempo a tu lado, y por eso lo he dicho —aclaró.

—Bueno, como sea, ¿qué tiene que ver esa persona en todo esto? —preguntó el policía.

—Esa persona me ha amenazado —dije, con rotundidad.

—Sigo pensando que has malinterpretado sus palabras, y ahora mismo voy a ir para hablar con ella —dijo David.

Se levantó de la silla en la que estaba sentado y salió de mi casa, encaminando sus pasos a la casa en la que vivía Martina.

En ese momento, llegaron mis amigas, que se mostraron preocupadas al ver a la policía allí.

Les conté todo lo que esa mujer me había dicho, y cómo, en cuanto le dije que las cámaras la estaban grabando, se había marchado.

—Nos llevamos la prueba, a ver si podemos sacar alguna huella, pero, desde ya, le digo que será prácticamente imposible —me dijo el otro policía.

—Entonces… ¿tengo que seguir aguantando esto?

—Lo único que puede hacer es extremar las precauciones y, si vuelve a sufrir algún tipo de asalto, llámenos —dijo el mismo agente.

—No se preocupe en demasía, señorita de la Cruz, puede tratarse de una gamberrada, no sería la primera vez —me comentó el agente que lo acompañaba.

La policía metió la caja con el animal muerto en una bolsa de pruebas y salió de mi casa.

Seguía nerviosa, sobre todo porque David seguía sin aparecer. Por supuestísimo que no iba a ser yo la que fuera a buscarlo, porque el que se había marchado había sido él.

Carla y Blanca me dieron un abrazo y entraron conmigo en la cocina. Los nervios se habían aplacado un poquito, y ellas lo notaron.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Blanca.

—Nerviosa, desconcertada, con miedo… y puedo seguir diciendo adjetivos durante toda la noche.

—¿Qué te ha dicho David? —se interesó Carla.

—Pues, básicamente, que he malinterpretado las palabras de Martina y se ha marchado a su casa para hablar con ella.

—¿Eso no lo ibais a hacer juntos?

—Sí, pero ha decidido ir él solo.

—No sé por qué, ignoro el motivo, pero hay algo que no nos estás contando —afirmó Carla.

Respiré hondo, cogí una buena bocanada de aire y me dispuse a contarles el comentario que había hecho delante de la policía.

—De verdad, cada vez tengo más claro que ni yo soy para él, ni él es para mí.

Justo cuando estaba hablando con ellas de ese tema, apareció David, con la cara desencajada, y pidiendo que nos dejaran a solas.

—Valeria, tenías razón sobre lo que me has contado de Martina.

—¿En qué, concretamente?

—En las palabras que te dijo, pero quiero que sepas que no fue con la intención de tener nada conmigo, sino que lo hizo por miedo a perder nuestra amistad.

—¿Y tú te lo crees?

—Pues sí que me la creo. La he visto llorar y pedirme perdón, como quiere hacer contigo.

—A mí no me tiene que dirigir ni la palabra.

—Déjala que lo haga, se marcha mañana mismo, por la mañana, y no quiere irse con ese sentimiento de culpa.

Llamadme gilipollas, pero, después de mantenerme cinco minutos en silencio, asentí.

—Gracias, Valeria, eso que estás haciendo dice mucho de ti.

—Lo único que quiero es que no venga a mi casa. Me doy una ducha y nos vemos en cualquier lugar.

—Está bien, iré a decírselo y te recogeré en cuanto me haya duchado, sobre las ocho y media. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

David me acercó a él y me dejó un beso en los labios. Uno que, en principio, fue casi un roce, pero que, a los pocos segundos, se tornó de lo más pasional.

Nos separamos porque nos quedamos casi sin aire, y porque, como siguiéramos así, no íbamos a poder salir de la casa.

En cuanto salí al jardín y vi la cara de mis amigas, supe que mi decisión no les había gustado ni un pelo.

—No entiendo que, después de todo, vayas a permitir que esa mujer se acerque de nuevo a ti —me dijo Carla.

—Quiero que David se dé cuenta de que tiene dos caras, y que no es la mujer que dice ser.

—Si se va mañana, ¿para qué tanto esfuerzo? —preguntó Blanca.

—Pues por eso mismo, porque no quiero que, aun estando ausente, siga poniéndose en medio de nosotros dos.

Estuvimos un buen rato hablando de mis razones para hacer eso, y, aunque seguían sin entenderme, respetaron mi decisión.

Esa noche iba a ir radiante, lo tenía claro. No es que quisiera compararme con esa otra mujer, ni mucho menos; me quería demasiado como para hacer algo así, pero sí que mi intención era deslumbrar a David.

Al final, entendí lo que mi chico había querido decir cuando pronunció las palabras que dijo delante de la policía.

No se podía considerar que éramos una pareja, pero sí que estábamos empezando algo muy bonito que, esperaba, durara mucho más allá de ese verano.

Los dos vivíamos en la misma ciudad, a menos de una hora el uno del otro, y sabía que, a pesar del trabajo y de sus obligaciones, si queríamos, podíamos seguir con esto. Tan solo teníamos que poner un poquito de nuestra parte para que fuera posible.

Me di una ducha y me arreglé con esmero. Opté por una falda larga de raso, en marrón chocolate, con un top blanco y unas cuñas del mismo color.

Carla fue la encargada de maquillarme, y Blanca, de arreglarme el pelo. Cuando me miré en el espejo, me vi más guapa que nunca.

Capítulo 23



David

Cuando noté cómo Valeria tenía la intención de contarle a la policía lo que, supuestamente, le había dicho Martina, intenté impedirlo.

Tuve la mala suerte de decir las desafortunadas palabras de que no éramos una pareja, pero no me refería a la manera en la que ella se lo tomó.

Se lo aclaré, pero no tenía yo muy claro que ella hubiera entendido mis palabras. Lo que sí hice fue ir, inmediatamente, a ver a Martina, pues tenía que aclarar todo.

Llamé a su puerta y me abrió de manera inmediata. La sorpresa en su cara me hizo darme cuenta de que no me esperaba, pero también noté su nerviosismo.

—¿Tienes algo que contarme?

—David, yo… será mejor que entres, tenemos mucho de lo que hablar.

—Dime una cosa, Martina. ¿Has ido esta mañana a hablar con Valeria a su casa?

Agachó la cabeza, y ese gesto era muy habitual en ella cuando se sentía avergonzada de lo que había hecho.

—Me has respondido sin pronunciar una sola palabra. No sé si recuerdas que te conozco mejor que tú misma.

—David, te prometo que no fue con mala intención…

—Explícamelo, porque no te entiendo.

—Fui para decirle que no se metiera entre nosotros, pero no me refería al plano sentimental, sino a nuestra amistad.

—No fue eso lo que entendió ella, así que quiero que me digas, palabra por palabra, lo que le dijiste.

No se lo pedí en un tono de enfado, pero sí que fui tajante con eso, y empleé uno muy firme y serio.

Al igual que yo la conocía a ella, también se daba la misma situación al contrario, por lo que sabía que, si no lo hacía, ahí se terminaba, no solo la conversación, sino también la amistad.

Respiró hondo y me contó todo, sin omitir nada, incluso la amenaza velada que Valeria me había contado.

—¿Has sido tú la que ha tirado esa caja por la verja?

—¿De qué caja me hablas?

—De la que han tirado por encima de la valla de entrada esta mañana, mientras que Valeria se encontraba en la playa, y que contenía un animal muerto.

—Te juro por mi vida que yo no tengo nada que ver con eso, y tienes que creerme.

—He visto tu cara de repugnancia y sé que es cierto.

—Te pido mil disculpas, David, pero tenía miedo de que esa mujer nos separara, de que no entendiera nuestra amistad.

Empezó a llorar a moco tendido, y no tuve más remedio que darle un abrazo. Entendía su postura, porque yo sentí lo mismo cuando ella empezó su historia con Mauro.

No podía juzgarla por sentir miedo, por eso no la solté, la mantuve pegada a mí hasta que dejó de llorar.

—Tengo que hablar con ella, pedirle disculpas, y tengo que hacerlo ya, porque me marcho mañana.

—¿Ya te vas?

—Sí, Mauro me ha dicho que tenemos que hablar de algo importante y que me quiere a su lado ya, tomando las decisiones importantes.

—¿Tus amigas se quedan?

—No, mis amigas ya se han marchado, lo hicieron esta mañana, pues empiezan a trabajar el lunes.

—¿Te irás sola, entonces?

—Sí, pero no te preocupes, que vendrá un coche a buscarme, el mismo en el que vine.

—Espera, ¿no viniste con tus amigas en su coche?

—No, yo lo hice un día antes, pues tenía que preparar toda la casa.

Ahí supe que me estaba mintiendo, que esas amigas no llegaron nunca, pero me lo guardé para mí.

Quizás le daba pena contarme que la habían dejado tirada en estas vacaciones y que pasó los días sola, y por eso no le dije nada.

—No te prometo nada, pero iré a hablar con ella.

—Gracias, David.

Martina se puso de puntillas y me dejó un beso en la mejilla, antes de que saliera de su casa.

Anduve los pocos pasos que me llevaban hasta la casa de Valeria, que estaba en la cocina, sentada junto a sus amigas.

Se había olvidado de cerrar la valla, por lo que, en cuanto entré, fui yo el que la cerró, no quería que tuviéramos más sorpresas ese día.

—¿Nos podéis dejar solos, por favor? —pregunté.

La cara de sus amigas era de pocos amigos, por lo que tuve claro que ya le había contado todo lo que había pasado desde que llegamos.

—Valeria, tenías razón sobre lo que me has contado de Martina.

—¿En qué, concretamente?

Le conté todo lo que había hablado con Martina, sin dejarme nada, y le pedí disculpas por todo lo que dije.

En cuanto le pedí que dejara que mi amiga se disculpara con ella, vi cómo la tensión se apoderaba de ella.

Durante unos minutos no dijo nada, se mantuvo en silencio, sopesando lo que yo le había pedido.

Aunque pensé que me diría que no, que estaba loco, aceptó la propuesta, pero con una condición, no la quería en su casa de nuevo, y tuve que respetarlo.

Quedamos en que volvería por ella a las ocho y media y que quedaríamos con Martina en el chiringuito de Braulio, que ahora era suyo, para sorpresa mía.

Le di un beso en los labios que me dejó con ganas de más, de mucho más, pero, si me dejaba llevar por mis ansias, no saldríamos de la casa en toda la noche.

Antes de ir a mi casa a ducharme y arreglarme, pasé de nuevo por la casa de Martina para darle las indicaciones.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, y ha aceptado…

—Voy ahora mismo a hablar con ella…

—Espera, que tiene unas condiciones.

Le expliqué las condiciones que Valeria había puesto para que se produjera ese encuentro.

Aunque la noté cómo se venía abajo, luego se recompuso y dijo que estaría allí a las nueve.

Podría haberlas recogido a las dos a la vez, pero no me pareció bien. Una era mi amiga, pero la otra era la mujer que estaba conociendo, la que me estaba robando el corazón, y tenía que darle su lugar.

Me fui en la bicicleta; ya se la devolvería al día siguiente cuando fuera a despedirme de ella, antes de que se marchara.

Al llegar a casa, me encontré con Javier y Adrián, que se estaban cambiando de ropa para ir a buscar a las chicas.

Ellos, según me contaron, no tenían intención de salir de fiesta, sino que, después de hablar con las chicas, iban a pedir *pizza* y aprovechar la noche en la piscina, en plan tranquilos.

Cuando les dije que yo iría a cenar con las dos, pusieron mala cara. Adrián, que era el que más claro decía las cosas, no dudó en recriminarme.

—Espero que te salga bien, porque, como no sea así, perderás a una mujer de diez.

—Adrián, no espero que esto dure más allá del final del verano. Sabes que mis circunstancias no me lo permiten.

—No digas más tonterías, David. Todo se puede si ambos ponéis de vuestra parte.

—Piensa lo que quieras, pero esto tiene fecha de caducidad, y lo tengo claro desde el primer beso que nos dimos.

—Está bien, ya vendrás lamentándote y te diré esas palabras tan odiosas para todos: te lo dije.

Javier se mantuvo en silencio, pero sabía que opinaba de la misma manera que Adrián, aunque no lo dijera.

Los dejé allí, pues iban a salir ya del apartamento, y me metí en la ducha. No sé el motivo, pero esta noche quería que Valeria me viera de otra manera.

Sí, sé que es completamente contradictorio lo que estaba diciendo con mi manera de actuar, pero yo era así, una contradicción con un flequillo.

Me puse unos pantalones cargo en verde militar, con una camisa vaquera con las mangas recogidas y unos náuticos de esparto.

Me peiné el flequillo, que hacía mil años que no lo hacía, y me eché mi perfume favorito, ese que tan solo usaba en las grandes ocasiones, por el precio que tenía.

No vayáis a pensar que no usaba colonia a diario, que sí lo hacía, pero una que vendían en la farmacia y que olía de lujo, y cuyo precio me lo podía permitir.

El otro fue un regalo de Navidad de mis padres, el único que pudieron hacerme, y por eso no quería gastarlo así, a la ligera.

Eran las ocho y cuarto cuando salí de la casa, por lo que paré un taxi para que me llevara hasta la casa de Valeria y que, más tarde, nos dejara en el chiringuito en el que íbamos a cenar.

Tenía claro que no pagaríamos nada en el local, por lo que pensé que, después, y a pesar de que al día siguiente trabajaba, Valeria y yo podríamos ir a tomarnos una copa.

Capítulo 24



Valeria

David me recogió en un taxi para ir hasta el chiringuito, y me alegré de que así fuera, porque me temblaban las piernas una barbaridad.

Esperaba que esa sensación que tenía se me quitara en cuanto estuviéramos allí.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy nerviosa, algo no me huele bien.

—Si vienes con esa predisposición, todo saldrá mal, Valeria. Dale la oportunidad de explicarse.

—Es que no confío en esa mujer, no después de lo que ha hecho y dicho.

—Estoy completamente seguro de que Martina no ha tenido nada que ver con lo que ha pasado con el animal muerto.

—Está bien, pero dime una cosa.

—Lo que quieras. ¿Qué está pasando por tu cabeza en estos momentos?

—Si en algún momento no cuadra nada de lo que esté diciendo, me levantaré y me marcharé. ¿Lo harás conmigo?

—Si veo que tiene contradicciones en su testimonio, antes de marcharme, le pediré explicaciones y, si no me convence lo que dice, nos iremos, te lo prometo.

Lo vi lógico, por lo que entré en el chiringuito fingiendo una seguridad que no sentía, pero que no podía demostrarle a ella, o me comería viva.

En cuanto Braulio nos vio, puso una sonrisa en su boca y se acercó a nosotros. En la barra, junto a él, estaba Martina tomándose un refresco, por lo que se enteró de todo.

—Aquí está la jefa más bonita de todo el pueblo —me dijo, cogiéndome por la cintura.

—Braulio, confianzas las justas, si eres tan amable —respondió David, fingiendo un enfado que no sentía.

Entre bromas, vimos cómo Martina se bajaba del taburete en el que estaba sentada, y se acercó a nosotros.

—Buenas noches, perdón por interrumpir —nos dijo, como la que no había roto un plato.

Recordé, en ese momento, las palabras que decía mi abuela, la madre de mi madre, cuando se encontraba con personas así, como Martina.

«Cuídate de las mosquitas muertas, que son las peores. Es preferible una persona que veas venir de frente, y ante la que poder reaccionar, que este tipo de personas, que no tienen escrúpulos, aunque te hagan creer que no son así».

Algo, un gesto, una mirada, no puedo determinar qué fue lo que me hizo clic en la cabeza, pero levanté una muralla alrededor de mi persona, de mi corazón, para protegerme de ella.

Pasamos a la mesa que Braulio nos había preparado y que había separado de las demás con un biombo, para que tuviéramos un poquito más de intimidad.

—Valeria, en primer lugar, quiero pedirte disculpas por mis formas, nunca debí decirte las cosas así —me dijo.

—¿Me pides perdón por las formas, pero no por el contenido? Porque no entiendo nada.

—Te pido perdón por todo, pero quiero que entiendas que fue el miedo el que me hizo actuar así.

—¿Miedo a qué? Porque creo que he demostrado con creces que no me iba a meter en vuestra amistad. Lo que no iba a permitir es que me humillaras e intentaras boicotear lo que estamos empezando.

—Valeria, creo que deberías rebajar un poquito el tono. ¿No te parece?

Entiendo que estaba hablando con dureza, pero quería que le quedara claro a Martina que, si estaba ahí sentada en ese momento, era porque David me lo había pedido, no por mi gusto.

—No te preocupes, David, entiendo que esté enfadada conmigo, tiene toda la razón para estarlo.

—Mira, no me gusta la hipocresía, y voy a ser clara contigo.

—Eso es lo que espero, de verdad, al igual que yo quiero serlo contigo —me respondió ella.

—Creo que tu visita a este pueblo no ha sido casual, que tus amigas no existen, o al menos no han acudido a este viaje y, lo principal, que tus intenciones con David son otras.

—Con respecto a mis amigas, sí que han venido, pero no han coincidido con vosotros, y mis intenciones con David son las que son, mantenerlo en mi vida.

—Ya, ¿pero en calidad de qué?

—Es mi amigo, Valeria, no busques donde no hay, de verdad.

Noté cómo Martina sonreía, sabedora de que, si seguía pinchando un poquito más, provocaría una discusión entre nosotros, que era lo que estaba buscando.

Pero no se lo iba a permitir, fui más lista que ella, y le di la vuelta a la situación.

—Tienes razón, mi amor, y lo siento. Son los nervios.

David me miró con amor, y se acercó a besarme. Profundicé el beso con toda la mala leche del mundo, porque ella seguía allí, presente, y tosió para que nos diéramos cuenta.

—Ahora soy yo el que tiene que disculparse contigo, Martina, pero cuando estoy con Valeria, todo a mi alrededor se desvanece.

—Ella tiene que conocer la sensación, cariño, pues sentirá lo mismo cuando está con su marido.

—Pues sí que lo sé, y, por eso, mejor me marcho, que mañana viene el coche a buscarme temprano. Nos hablamos y quedamos en Madrid para tomar algo —dijo ella, levantándose para abandonar el lugar.

—No tienes que hacerlo, Martina, podemos cenar tranquilamente los tres.

—No, de verdad, me apetece descansar, que mañana el viaje es largo.

—Está bien, pero avisa a un taxi, no te marches sola.

Como el gilipollas que tenía sentado a mi lado le dijera que la iba a acompañar, el que había pisado la cara oculta de la luna iba a ser un dibujito animado, porque él iba a visitar todos los planetas de la patada en el culo que le iba a dar.

Afortunadamente, no lo hizo, y ella dijo que prefería ir paseando por la playa, para coger fuerzas antes de sumergirse en tanto asfalto.

Nosotros nos quedamos allí, cenando tranquilamente y en un ambiente de lo más relajado.

—¿Te parece si volvemos a mi casa y nos tomamos la copa allí, con los chicos?

—Me parece genial, y así también nos ponemos cómodos.

Me fijé en que David no llevaba nada, ni una mochila con ropa, por lo que levanté una ceja a modo interrogativo, pues, como no se pusiera en calzoncillos…

—No me mires así, que la mochila con mi ropa se la han llevado los chicos. Paso de tener que levantarme horas antes para ir a mi casa a cambiarme.

—Y haces bien. Anda, vamos, que ya está todo pagado.

—Eso me lo tienes que contar. ¿Cómo te ha dado por comprar el chiringuito?

—Uy, eso es una larga historia, te la iré contando durante el trayecto a casa, mientras damos un paseo.

—Podíamos comprar una tarrina de helado en el local ese que te gusta tanto, y comerla allí, con nuestros amigos.

—Bien pensado, pero con una no tendremos bastante.

—Mujer, era una manera de hablar. Ya sé que una te la comes tú sola.

—Ni que lo digas, me encanta la de tarta selva negra con cereza ácida.

—Has puesto una cara, que te he visto imaginando el momento en el que te metías la primera cucharada en la boca.

—Sí, tienes razón, acabo de tener un orgasmo culinario.

—Culinario, no sé, pero de los otros, estoy dispuesto a darte unos cuantos esta noche.

Eso me lo susurró al oído, mientras esperábamos en la cola para comprar el helado, y la carne se me puso de gallina.

Ese hombre hacía que me pusiera caliente sin ni siquiera ponerme un dedo encima, y él lo sabía.

Rápidamente, empezó a entrarme un calor que no sabía de dónde venía. Sí, las temperaturas eran altas, pero eran las mismas que cuando salimos del restaurante, por lo que no sabía de dónde había salido esa sensación.

Bueno, en realidad sí que lo sabía, pero no quería admitirlo. David soltó una carcajada al verme abanicarme con lo primero que cogí, que era un folleto de la heladería.

—No te vayas a pensar que yo estoy mucho mejor que tú.

—Joder, David, deja de decirme cosas al oído, que, entre eso, tu perfume y lo que estoy notando en mi trasero, voy a mandar a la mierda el helado y te voy a meter en el primer portal que vea abierto.

Nos miramos a los ojos y empezamos a reírnos. ¿El motivo? Ambos nos vimos en esa situación, mientras cualquiera de los vecinos bajaba la basura y nos pillaba in fraganti.

No éramos dos niños de quince años a los que las hormonas los llevaban a hacer cosas impensables para un adulto, pero nos faltó muy poco para hacerlo.

Era nuestro turno, y pedimos tres tarrinas, una de tarta selva negra con cerezas ácidas, otra de chocolate blanco con pistachos y una tercera de ron con pasas, que era la que le gustaba a él.

—Lo siento, yo soy de los clásicos, y porque no hay de tutifruti, que, si no…

—Por favor, de tutifruti no, que ese es el típico que piden todos los abuelitos que viajan con el IMSERSO.

Capítulo 25



Valeria

Llegamos a casa corriendo, pues no queríamos que el helado se derritiese por el camino.

En el jardín, más concretamente en la piscina, estaban los chicos, entre bromas y risas, disfrutando de una noche en remojo, porque las temperaturas lo pedían.

—Traemos helado, ¿alguien quiere? —dije, levantando las bolsas.

—¡Yooo! —dijeron las chicas.

—Valeria, en la cocina hay obleas, ¿por qué no preparas una de esas copas que nos gustan tanto? —preguntó Blanca.

—Está bien, lo dejo en la nevera mientras nos cambiamos, y ahora las preparo.

—Si vais a cambiaros juntos, será mejor que lo metas en el congelador, o nos tomaremos batido helado cuando salgáis —dijo Adrián, que chocó las manos con su chica.

—¡Qué gracioso, el muchacho! —contestó David, sonriente.

—No, amigo, gracioso no, realista. Traéis una cara los dos, que, si no estuviéramos nosotros aquí, ese helado te lo ibas a comer en otra parte que no fuera una copa —contestó su amigo.

Los seis soltamos una carcajada, porque tenía más razón que un santo. Fuimos hasta la cocina, metimos las tarrinas en el congelador y nos fuimos a mi habitación.

Tal y como entramos en ella, y después de cerrar la puerta del jardín para que no nos escucharan, David me atrapó y me pegó a su cuerpo.

Metió sus manos por debajo de mi top, ese que llevaba sin sujetador, y empezó a amasar mis pechos de una manera que me encendió al instante.

Abrió el botón que lo sujetaba en mi espalda y se deshizo de él, tirándolo encima de un sillón que tenía frente a la cama.

Lo mismo hizo con la falda, dejándome tan solo con mi pequeño tanga, que mostraba más de lo que ocultaba.

Se sentó a los pies de mi cama y, con mimo, me situó a horcajadas entre sus piernas, donde desabotoné su camisa y la dejé en el mismo lugar en el que estaba mi ropa.

No hubo preliminares, no nos hacía falta a ninguno de los dos. La urgencia de nuestro deseo nos llevó a hacerlo ahí mismo, en esa postura y solo bajando su pantalón y su bóxer hasta las rodillas.

Mi ropa interior no corrió la misma suerte, ya que él se encargó de romperla de un solo tirón.

Me penetró de un solo empellón, arrastrando mis caderas hasta que estuvimos unidos por completo, que fue cuando se desató la locura entre los dos.

Mientras yo rotaba las caderas y subía y bajaba sobre su miembro, él se encargó de lamer y mordisquear mis pechos, haciendo que estuviera fuera de mí.

Un orgasmo devastador nos atravesó a los dos, que me hizo gritar, sin importarme que mis amigos estuvieran a pocos metros de nosotros y que nos pudieran oír.

Cuando recuperamos el aliento, nos dimos una ducha y nos pusimos la ropa de baño, que yo acompañé con un pareo.

Me desmaquillé antes de salir y fui a la cocina para preparar las copas, mientras David se reunía con nuestros amigos en la piscina.

Las puse todas en una bandeja y salí para darle una a cada uno, que nos comimos en el interior de la piscina.

Mi chico se puso detrás de mí, a mi espalda, y me habló al oído, con un susurro, que me puso mala, la verdad.

—Espero que haya quedado un poquito de helado de ese que tanto te gusta, porque la idea de comerlo fuera de esta copa me ha gustado mucho.

—¿Sí? ¿Dónde te lo comerías, en un plato?

—No, en tu entrepierna, y lamería hasta que no quedara ni rastro de ese chocolate.

—¡Joder, David! No me puedes decir estas cosas y pretender que no me afecten.

—Claro que afectan, como a mí. Fíjate.

Acto seguido, pegó su pelvis a mi trasero, y no me pude resistir. Me dio igual que mis amigos estuvieran cerca, pues me di la vuelta y cogí su miembro con mi mano, llevándolo hasta la entrada de mi vagina.

En un rincón y besándonos hasta casi devorarnos y con la intención de tapar nuestros gemidos, lo volvimos a hacer.

A la mierda el helado, que se derritió en la copa mientras nosotros nos comíamos otra cosa, la boca del uno al otro, hasta alcanzar un orgasmo.

Nos fijamos y estábamos solos en la piscina, no había ni rastro de nuestros amigos.

No os puedo decir si se habían marchado antes o después de que empezáramos a liarnos, pero agradecí que no estuvieran allí, por lo que vino después.

David me sacó de la piscina en brazos y me depositó en una de las hamacas. Me desnudó, al igual que hizo él mismo, y cogió el helado que quedaba en las copas.

Primero, lo deslizó sobre su pene, y lo acercó hasta mi boca. Sabía lo que pretendía, y no dudé en hacerlo, pues a mí me apetecía igual o más que a él.

Lo lamí de la base a la punta, recogiendo las gotas de chocolate que caían y, cuando llegué a su glande, lo introduje en mi boca por completo.

Verlo gemir con mis atenciones hacia él me puso de lo más caliente, y notaba cómo, entre mis piernas, mi humedad estaba chorreando por mis muslos.

Él también se dio cuenta, y puso una sonrisa en sus labios, pero no hizo nada. Supe que quería hacerlo de otra manera, y que pronto sabría cómo.

—Si no quieres que termine ahí, en el interior de tu boca, será mejor que pares.

¿Lo hice? Ni mijita, más bien actué de la manera contraria, e intensifiqué mis movimientos, hasta que derramó su semilla en mi boca.

Cuando la saqué, volví a lamer su glande, llevándome las últimas gotas de semen que quedaban.

Ahora era mi turno y, en la misma postura en la que estaba, cogió la otra copa de helado y derramó su contenido sobre mi sexo.

La sensación de frío con el calor de mi sexo me provocó un orgasmo de campeonato. Para acallarlo, tuve que morder uno de los cojines de la hamaca, y él soltó una carcajada.

Antes de que mi orgasmo llegara a su fin, se lanzó a lamer el chocolate que había vertido, haciendo que no tuviera final.

Nunca me había pasado eso, enlazar un orgasmo con otro en menos de dos minutos, que fue el tiempo suficiente para que él se recuperara.

Levantó mis piernas y las dejó sobre sus hombros, penetrándome fuerte y duro, como sabía que a mí me gustaba.

No sé el tiempo que estuvimos en la misma postura, lo que sí sé es que el placer se había apoderado de mí, de nosotros.

No fue el último de la noche, ni mucho menos, porque en la ducha, en la cama y hasta contra la pared, lo hicimos, de manera que, cuando nos fuimos a dormir, era bien entrada la madrugada.

Me desperté y no lo sentí a mi lado, así que pensé que se habría ido para el trabajo, pero me fijé en que su uniforme seguía ahí, en la silla.

Me levanté y me puse algo de ropa, para salir hasta la cocina, donde escuchaba a mis amigos charlar.

—Buenos días, ¿sabéis dónde está David? —les pregunté.

Los cuatro se miraron entre ellos, y no hizo falta que me dijeran nada más, ya sabía dónde se encontraba. Fui a darme media vuelta, pero Adrián me paró, cogiéndome del brazo.

—No te pongas así, ha ido a despedirse de ella antes de que se marche.

—No me pongo de ninguna manera, pero siento que esa mujer siempre estará en medio. No os podéis imaginar las ganas que tengo de que se largue.

No me había dado cuenta de que David entraba en ese momento en la cocina, pero no me eché atrás con lo que pensaba.

—Pues ya se ha ido, pero no entiendo eso que dices. De todos modos, no creo que lo nuestro vaya más allá de este verano.

Lo miré, y no pude evitar que las lágrimas cayeran por mi rostro; no era por lo que había dicho, sino por el motivo por el que lo había hecho.

Los dejé allí y me marché a mi habitación, donde me tiré en la cama a llorar. Ni un minuto después, entró David.

—Lo siento, pero me ha sentado muy mal escucharte decir eso.

—¿Cada vez que te diga algo sobre ella vas a hacer un comentario para hacerme daño?

—No lo he hecho con esa intención, simplemente es lo que pienso.

—Yo tampoco quiero más que una aventura de verano, no te preocupes.

—No es eso, pero ya conoces mi situación, no quiero repetirme más.

David se sentó a mi lado, en la cama, y levantó mi cara, hasta que quedó a la misma altura que la suya.

—Hagamos algo, dejemos a Martina fuera de todo esto y vivamos lo nuestro, lo que nos queda juntos. Luego, el destino decidirá por nosotros.

—Está bien, hagámoslo.

Me dio un beso y entró en la ducha, donde se cambiaría para ir al trabajo. Quedamos en que, cuando terminara su turno, vendría directamente a mi casa. Después, se marchó junto a los chicos.

Nosotras, ese día, íbamos a ir a la capital, y volveríamos bien entrada la tarde; por eso, por si llegaban antes que nosotras, les dejamos una de las llaves para que no tuvieran que esperarnos.

Habíamos quedado con mi hermano, que quería enseñarnos su casa nueva y, luego, iríamos al centro comercial, para hacer algunas compras.

Nos montamos en el coche, pues estábamos a casi cuarenta y cinco minutos de donde teníamos que ir.

—Tengo muchas ganas de ver a mi hermano, pero ninguna de encontrarme con la siliconada.

—Ni yo, me quita las ganas de ir, de verdad —me dijo Carla.

—¿Lo has olvidado? —preguntó Blanca.

—Sinceramente, no lo sé. Lo único que puedo decir es que me encanta estar con Adrián y espero que no termine cuando volvamos a casa.

La entendía, porque era lo mismo que yo sentía, aunque a mí ya me había quedado claro que no sería así, que lo mío con David terminaría en el momento en el que nos montáramos en el coche para volver.

Me quité esos pensamientos de la cabeza, porque no quería amargarme más de la cuenta y de modo innecesario. Ya cruzaría ese puente cuando me tocara.

Mi hermano me envió la ubicación por mensaje, y llevé mi coche hasta donde me había indicado, aparcándolo en la misma puerta.

—Enana, ¿qué tal te va todo?

—Pues de lujo, como siempre.

—Tienes cara de haber conocido a alguien, cuñada —me dijo Vanesa.

Lo siento, pero era superior a mis fuerzas, no podía con ella y me costaba disimularlo. Si lo intentaba, era por mi hermano, nada más.

—A lo mejor es que lo he conocido, pero bueno, no estoy aquí para contaros mi vida —le respondí.

—Hola, chicas, vamos, que os voy a enseñar mi casa —cambió mi hermano la conversación.

—Será nuestra casa, amor —lo corrigió ella, y no me pude callar.

—De eso nada, bonita. Esta casa es un regalo de mis padres a mi hermano, tú date con un canto en los dientes de que te deja disfrutarla con él.

Mis amigas aguantaron la risa, pero mi hermano me miró a modo de advertencia.

—Valeria, no empieces, por favor.

—Lo siento, pero me vi en la obligación de aclararle las cosas a la muchacha, para que no se llame a engaño.

Álvaro me miró, y no pudo evitar soltar una carcajada. Lo dije en un tono que para nada era el correcto, porque yo lo había hecho con toda la maldad del mundo, y él se dio cuenta.

—No sé qué tienes en mi contra, Valeria, pero intentaré que nos llevemos bien, por tu hermano, que no se merece una guerra entre nosotras.

La miré y negué con la cabeza, porque no se lo creía ni ella.

Capítulo 26



Valeria

El ático de mi hermano, a pie de playa, era una divinidad. Tenía unas vistas de cine, pues desde su amplia terraza se ofrecía una panorámica de parte del centro de la ciudad.

Contaba con una planta abierta en la que estaban el salón, la cocina y la terraza, además de un pequeño baño y el cuarto de la colada.

Subías una pequeña escalera y, en la planta superior, encontrábamos tres habitaciones completas, con baño en *suite*. La principal, con un vestidor enorme, además de otra habitación en la que había un despacho.

—Enana, me queda por amueblar la terraza, y espero tener tu ayuda para eso —me dijo mi hermano.

—Cariño, yo también puedo hacerlo, que no soy solo un trofeo para pasear —le contestó Vanesa, enfadada.

—Vane, por favor, no te pongas como una niña pequeña. Si le digo eso a mi hermana es porque necesitamos pasar tiempo juntos, que hace mucho que no lo hacemos —respondió mi hermano.

—Vanesa, aunque no seas santo de mi devoción, no dejas de ser la pareja de mi hermano y, por ello, no tengo ningún inconveniente en que te unas a este plan —respondí.

Tras ese comentario, recibí una mirada de asombro por parte de mis amigas, pues esas palabras salieron por mi boca sin pensarlas.

Tal y como le había dicho a ella, mi hermano era muy importante para mí, y no iba a permitir que nada ni nadie nos separara.

No éramos uña y carne, pero sí que nos queríamos muchísimo, y sabíamos que estábamos ahí el uno para el otro, para todo lo que pudiéramos necesitar.

A partir de septiembre, todavía nos uniría una cosa más, y es que íbamos a compartir centro de trabajo, y tendríamos que hacerlo codo con codo, pues era el legado familiar, de los cuatro, no solo de mi hermano y mío.

Después de ver toda la casa, salimos dando un paseo hasta el centro comercial, que estaba a menos de diez minutos andando.

Mi hermano iba delante conmigo, mientras que mis amigas iban detrás, con Vanesa, intentando conocerla un poco más, por si acaso nosotras estábamos equivocadas, pero me daba la impresión de que no era así.

—Valeria, te noto cambiada, como si este verano te estuviera haciendo madurar.

—Lo estoy, Álvaro. La vida me está haciendo madurar, pero no sé si de la mejor manera.

—¿A qué te refieres?

—He conocido a alguien, pero lleva una gran mochila a sus espaldas, que hace que piense que estoy perdiendo el tiempo.

Le conté a mi hermano mi historia con David, pero sin decir nombres, sin contar nada más que lo imprescindible.

Era la primera vez que mi hermano y yo teníamos una conversación de este tipo, y me estaba sentando demasiado bien, la verdad.

—Valeria, déjame que te dé un consejo, como hermano mayor y con más experiencia.

—Eso es lo que pretendo, saber tu punto de vista y que me ayudes a llevar esto de la mejor manera.

—Vive el momento, Valeria. No pienses en el mañana, porque nadie sabe lo que va a pasar dentro de cinco minutos.

—Tienes razón, hermanito, es lo que pienso hacer. Ya cruzaré ese puente cuando toque.

Mi hermano me pasó un brazo por encima de los hombros y me pegó a él, dejándome un beso en la cabeza, mientras que yo lo abrazaba por la cintura.

Llegamos al centro comercial y, antes de irnos de compras, mi hermano nos dijo de ir a comer, pues eran ya casi las dos de la tarde.

—Yo también tengo hambre, que llevo en el cuerpo un cafelito solo, y he tenido una noche un tanto ajetreada —dijo Carla.

Me fijé en que mi hermano se tensó en cuanto dijo eso, y supe que no le había hecho ni pizca de gracia, así que metí el dedito un poquito más en la llaga.

—¿Sabes que nuestra Carlita ha ligado este verano, Álvaro? —le pregunté.

—Y hace bien, que es joven y está en edad de disfrutar —respondió, en un tono que evidenciaba su molestia.

—Y no sabes cuánto estoy disfrutando, querido —continuó Carla.

—Lo único que tienes que hacer es no enamorarte, que el verano termina muy pronto —le dijo él.

—No hay problema, es madrileño, así que podremos seguir viéndonos cuando terminen las vacaciones.

Mi hermano frunció el ceño, y cambió de tema rápidamente, ante la sorpresa de Vanesa, a la que tampoco le gustó esta conversación.

Entramos en uno de los restaurantes que había en la última planta y la comida transcurrió entre risas y anécdotas de cuando éramos pequeños los cuatro.

No lo hicimos a propósito, pero sí que me di cuenta de que habíamos dejado a Vanesa a un lado, ya que ella no había compartido ninguno de esos momentos con nosotros.

—Vanesa, ¿no tienes ninguna anécdota que contarnos? —le pregunté, intentando meterla en la conversación.

—Pues no, mi infancia transcurrió en un internado femenino, de lo más recto, y casi no nos dejaban ni respirar.

—¿Lo dices en serio? —preguntó mi hermano.

Eso me sorprendió mucho, porque, lo primero que haces cuando empiezas con alguien, es saber todo lo de su pasado, su infancia, su familia, y mi hermano estaba claro que no le había preguntado nada.

—Por supuesto que lo digo en serio. Yo volvía a casa tan solo en Navidades, y no todas, puesto que algunas de ellas mis padres se iban a esquiar y me dejaban allí —contestó ella.

—No me puedo creer que tus padres se marcharan de viaje y te dejaran encerrada y sola en ese internado —dijo mi hermano.

—Eso ya es problema tuyo, que me creas o no, pero es cierto. La que lo vivía era yo.

—No me malinterpretes, claro que te creo en lo que estás diciendo, pero no lo concibo. Mis padres jamás hubieran hecho algo así; para ellos, la familia era, y es, lo más importante —le dijo mi hermano.

—No todos los padres son iguales, Álvaro. Y no me estoy quejando, porque no tenía ninguna carencia. Ellos me hacían llegar mis regalos, como si estuviera en casa.

—Pero sí que has tenido carencias, para mí, la más importante, que es el cariño y el apoyo familiar —le respondí.

—Esa es tu percepción, porque yo sí que me sentí amada y apoyada en todas mis decisiones, aun sin que ellos estuvieran presentes en mi día a día.

—Entonces, eso es lo importante, que tú te sientas bien —zanjé la conversación.

Terminamos de comer y nos fuimos de compras. Empezamos por los muebles de la terraza y algo de decoración.

Mi hermano tuvo en cuenta todas y cada una de mis sugerencias, por encima de las de su pareja, que estaba más enfadada por momentos.

Os prometo que intenté que la tuviera en cuenta, llegando, incluso, a preguntarle a ella cuál era el mueble que le gustaba más, y afirmando que a mí también me gustaba, pero mi hermano no era tonto.

Sabía que yo jamás elegiría algo así, y se decantaba por todo lo opuesto, que era, en realidad, lo que a mí más me gustaba.

Después de eso, fuimos a pasear y, al pasar por la perfumería, me llegó el olor al perfume de David, y no lo dudé.

—Perdona, ¿qué perfume es ese?

—Buenas tardes, es este de aquí, que un señor me ha pedido probarlo.

—¿Tienen cofres de regalo con ese perfume?

—Claro que sí, pase conmigo y le enseño.

La chica me llevó hasta donde estaban los productos de esa firma, y elegí uno que incluía el perfume grande, el gel de baño y la crema de afeitar, así como un desodorante.

Me lo envolvió para regalo y lo metió en una bolsa preciosa de la firma. Lo llevaba con una sonrisa, pues sabía que le iba a gustar.

Mi hermano, que me vio comprarlo, mientras mis amigas y su chica estaban mirando maquillaje y cremas, se acercó a mí.

—Buen gusto, Valeria.

—En realidad no he sido yo, él ya lo utilizaba de antes.

—Entonces, no creo que esté tan mal económicamente. Tú misma has comprobado que no es barato.

—Puede haber sido un regalo, Álvaro. He visto a ese hombre trabajar de sol a sol y, si tuviera posibles, no creo que estuviera ahí, pasando todo el calor del mundo.

—¿A qué se dedica?

—Es socorrista, pero ha terminado una carrera. No me preguntes cuál, porque no tengo ni idea.

—¿El ligue de Carla también trabaja ahí?

—Sí, y es un tipo muy agradable, y guapo, muy guapo.

—No quiero que le hagan daño…

—Déjame que te haga una pregunta, y quiero que me contestes con total sinceridad, hermanito.

—Dispara, intentaré hacerlo.

—¿Por qué le has pedido salir a Vanesa cuando la que te gusta realmente es Carla?

—A mí Carla no me gusta…

—Si eso es lo que quieres hacerte creer a ti mismo, no seré yo la que te lleve la contraria. Ya eres mayorcito. Eso sí, si quieres algo con ella, yo no me lo pensaría mucho más.

—No tengo nada que pensar, tan solo quiero que sea feliz con un hombre que se la merezca.

Mi hermano me dio un beso en la mejilla y se marchó a buscar a las demás, dejándome allí pensativa.

¿Qué habría pasado entre ellos para que mi hermano dijera eso? ¿Por qué Carla no me había contado nada? Tendría que preguntarle, pero lo haría en otro momento, no ahora, que no venía a cuento.

Álvaro vino con un bolso para cada una, que era una preciosidad. Eligió el mismo, pero en distintos colores, y nos encantó a todas.

Quería comprarle algo a David, pero que significara algo entre nosotros, una cosa que, cuando la mirara, se acordara siempre de mí y de lo que habíamos vivido.

Me fui a una de las firmas de joyería que había en el centro comercial, y lo vi. Era una pulsera de cuero, con un ancla de plata y el símbolo de infinito a modo de cierre, y supe que eso era lo que quería.

Yo me compré otra igual, pero de mujer, en tonos blancos, mientras que la de él era en azul marino.

No era nada caro, pero era lo que nos representaba. El ancla y el infinito del mar, el lugar donde había empezado todo y, por desgracia, donde también terminaría.

La melancolía se apoderó de mí, y mi hermano lo notó, por lo que se acercó a mí y me dio un abrazo, susurrándome al oído.

—Vive el momento, el destino pondrá todo en su lugar.

—Lo sé, pero es inevitable que haya veces que me venga abajo, pensando en lo que pudo haber sido y no será.

—Te entiendo mejor de lo que te puedas imaginar, Valeria. Pero, por desgracia, cada persona viene con su futuro marcado y, contra eso, no podemos hacer nada.

Me dejó un beso en la cabeza, mientras que con sus pulgares limpiaba mis lágrimas, que caían sin darme cuenta por mis mejillas.

Llegó el momento de despedirnos, y me costó muchísimo trabajo hacerlo. Si no estuviera David esperando en mi casa, os prometo que me hubiera quedado ahí a pasar la noche.

Era curioso, pues en mi vida me había sentido así de unida a mi hermano. Quizás era eso que decía, que había madurado y me acercaba mucho más a su forma de ser, o quizás era otra cosa, pero me había encantado pasar ese día con él.

—Chicas, tened mucho cuidado en la carretera, por favor —nos dijo mi hermano, asomado a la ventanilla del conductor.

—Lo tendremos, pierde cuidado —contesté.

—Valeria, en cuanto lleguéis, que alguna me envíe un mensaje.

—No te preocupes, Álvaro, que yo lo haré —le dijo Carla.

Una sola mirada me bastó para saber que, entre mi hermano y mi mejor amiga, había una historia que no fue fácil; el dolor en sus ojos me lo dijo.

Capítulo 27



David

Me levanté temprano para ir a despedir a Martina. Me había dicho que se marcharía sobre las nueve de la mañana, por lo que me dirigí a su casa a las ocho, quería desayunar con ella tranquilamente.

Antes de llamar al timbre, pasé por la churrería de la esquina y compré un cartucho, ya que aquí se vendían al peso, no por unidades, y una botella de chocolate caliente.

Quería que rememoráramos nuestras mañanas en Madrid, cuando estábamos juntos y veníamos de fiesta, o simplemente nos habíamos llevado toda la noche estudiando.

—¡David, qué sorpresa!

—¿Por qué dices eso? No sería la primera vez que desayunamos juntos.

—Ya, pero después de lo que pasó anoche…

—Anoche te fuiste porque quisiste, Martina.

—Eso no es cierto. Si me marché, fue porque notaba que sobraba. Ni tú ni tu chica me queríais allí.

—¿De dónde te sacaste eso?

—Solo tenías que mirar a Valeria para saber que eso era así. No me soporta, David, y está deseando que me marche para tenerte solo para ella.

—No seas así, Martina. Valeria jamás haría algo así.

—Mira, entiendo que la tengas que defender, porque es tu chica…

—¿Defenderla? Si he defendido a alguien en este tema, ha sido a ti.

—Y es lo lógico, ¿no crees?

—Tú misma has dicho que no hace menos de un minuto.

—Ya, pero a ella la conoces desde hace… ¿cuánto? ¿Tres semanas? ¿Un mes?

—Un mes, pero ¿qué tiene que ver?

—Que nosotros nos conocemos desde hace más de ocho años, David, y hemos compartido muchas cosas, muchos momentos. Si alguien me conoce bien y sabe cómo soy, ese eres tú.

Me dejó pensando en todo lo sucedido; esas palabras me hicieron reflexionar sobre qué era lo que, realmente, quería en mi vida, y no supe verlo con claridad.

De momento, quería seguir conociendo a Valeria, aunque, cuando llegara la hora de volver a Madrid, cada uno tuviera que seguir su camino.

La ayudé a meter su maleta en el coche y me despedí de ella, quedando en que nos veríamos cuando volviera a Madrid, para tomar algo con ella y con su marido.

Noté cómo, al nombrar a su marido, Martina se puso algo más triste, pero supuse que sería porque lo echaba de menos.

En cuanto el coche que la llevaría hasta su casa arrancó, volví sobre mis pasos hasta llegar a la casa de Valeria.

Abrí, pues la puerta de la verja no estaba cerrada del todo, ya que yo la había dejado así por si, cuando volviera, todavía estuvieran durmiendo y no tener que despertar a nadie.

Entré en la cocina y escuché a Valeria decir algo que me dolió, las mismas palabras que había oído salir de la boca de Martina.

No sé por qué, pero mi defensa consistió en un buen ataque, como si eso disipara algo del dolor que sentía en mi interior.

Cuando vi a Valeria llorando, algo se me rompió por dentro. No era justo por mi parte tratarla así, y fui detrás de ella para disculparme.

Si os digo que pasé la mejor noche de mi vida con ella, a su lado, me quedaría muy corto. Por eso, y a pesar de lo que pensaba, quería que viviéramos el momento, y así se lo hice saber.

Después de nuestra conversación, me di una ducha, pues tenía que acudir al trabajo. Mis amigos ya estaban listos y me estaban esperando.

Por suerte, tan solo teníamos que cruzar la carretera, o hubiéramos terminado llegando tarde.

Nos dejó un juego de llaves, ya que ellas se iban a la capital a pasar el día con su hermano y su cuñada, que se habían comprado una casa nueva y querían enseñársela.

Quedamos en que, cuando saliéramos del trabajo, iríamos directamente a su casa y allí esperaríamos a que ellas llegaran, si no lo habían hecho ya.

A veces sentía envidia de las personas que podían permitirse el lujo de vivir la vida con comodidades. Cuánto daría yo por traer a mi madre a que viera el mar, pero no podía permitírmelo.

Sé que muchos pensaréis que la envidia era mala, y estoy de acuerdo. No voy a decir que era una envidia sana, porque eso no existe. La envidia es tan solo eso, en toda la extensión de la palabra.

Pero era inevitable que lo pensara. También sabía que la mayoría de esas personas que lo conseguían era porque se dejaban los cuernos trabajando, pero eso no me valía.

Si había alguien que trabajaba como un mulo, ese era yo, pero la suerte no estaba de mi lado. Eran trabajos mediocres que, como mucho, me daban para pasar el mes, a lo justo y sin ningún capricho.

Eso hizo que llegara al trabajo de mal humor, y mis amigos lo notaron, no dudando en preguntarme qué era lo que me ocurría.

—Pues, siendo sincero, que la vida es una jodida mierda, eso me ocurre.

—Ya, pero ¿qué te ha hecho llegar a esta conclusión? —me preguntó Javier.

—¿Te parece poco lo que vivo a diario? El tener a mi padre enfermo, mi madre harta de limpiar escaleras y yo matado a trabajar, y no me puedo permitir comprarme ni una bicicleta.

—El cambiar eso lo tienes en tu mano, pues Valeria te podría ofrecer todo eso que dices, y más —dijo Adrián.

—Jamás estaría con ella para conseguir el estatus y el progreso económico que ando buscando. No sé qué clase de hombre crees que soy, pero estás muy equivocado.

—Lo sé, y era una broma. Pero, hablando ahora en serio, ¿por qué no lo intentas? Tengo entendido que ella y sus padres tienen muchos contactos; podría echarte una mano, aunque no quieras seguir con ella en una relación.

—Ni loco, y no es que no quiera estar con ella, es que no puedo, que todavía no te has enterado.

—Mira, hoy estás que no hay un dios que te hable, será mejor que dejemos el tema —me contestó Adrián, levantando los brazos.

Me senté de cara al mar, con los prismáticos, y pendiente de todo lo que sucedía allí, para evadirme de lo que pasaba por mi cabeza.

Decir que el día se me hizo eterno sería quedarme muy corto. Miraba el reloj cada dos minutos, y no sabía si era porque echaba de menos a Valeria, que no estaba en la playa, o por mis ganas de huir de aquí.

Por fin había llegado la hora de marcharnos del trabajo, y me faltó tiempo para salir corriendo.

Llegamos a la casa y las chicas todavía no habían llegado. Desactivé la alarma en cuanto entramos, y me fui directo a la ducha.

Quería quitarme todo el calor que tenía acumulado y meterme en la piscina, donde esperaría a que llegaran Valeria y sus amigas.

Mis amigos hicieron lo mismo, pero, además, prepararon unas copas que nos llevamos hasta el borde de la piscina, así como unas aceitunas y unas patatas chips.

—Me acaba de escribir Blanca, ya vienen de camino —dijo Javier.

—Han salido demasiado tarde, ¿no? —preguntó Adrián.

—Sí, al parecer han ido con el hermano de Valeria a comprar varias cosas que le faltaban para el ático, y se les ha ido el santo al cielo —contestó mi amigo.

—Pues espero que no tarden mucho, porque me muero por ver a Valeria —dije, casi sin darme cuenta.

Había expresado mis pensamientos en alto, y eso era algo que no solía ocurrir, pues me guardaba muy bien de que nadie supiera cómo me sentía.

Adrián me miró, sin atreverse a hablar. El que sí lo hizo fue Javier, a riesgo de que lo mandara a la mierda, que podía ser muy probable.

—David, de verdad que no te entiendo.

—No lo hago ni yo, lo vas a hacer tú…

—Está claro que te has enamorado de esta mujer, pero te empeñas en negarlo —me dijo Adrián, que se atrevió después de que lo hiciera Javier.

—Eso solo te va a hacer mucho daño, sobre todo cuando tengáis que separaros —afirmó Javier.

—Ahora mismo, tan solo quiero vivir el momento. Ya cruzaré ese puente cuando toque.

Me sumergí en el agua y empecé a nadar. Echaba en falta mis horas de entrenamiento y, en cuanto podía y tenía ocasión, me iba a correr o a nadar para paliar mi ansiedad.

Era cierto que, desde que apareció Valeria en mi vida, así de pleno, no había tenido la necesidad de hacerlo, pues lo suplía con otro tipo de ejercicio, mucho más placentero.

Casi sin darme cuenta, la verja se abrió por completo y entró el coche de mi chica. Era la primera vez que me dirigía a ella de esa manera, y no puedo decir que no me hiciera ilusión, porque sí que lo hizo, y de qué manera.

—Hola, chicos, ya estamos aquí —nos dijo Valeria.

—¿Por qué no te cambias y te vienes aquí, conmigo? —le pregunté.

—Dame un minuto, y enseguida estoy contigo.

La vi entrar en la casa cargada de paquetes que había sacado del maletero. No quise pensar en que yo nunca podría ofrecerle una vida así, porque me vendría abajo y no era eso lo que necesitaba en esos momentos.

Valeria salió enseguida, con un bikini que dejaba muy poco a la imaginación, y que no le había visto hasta entonces.

No sabía si se lo había comprado hoy, en su incursión al centro comercial, o si lo traía de Madrid. No lo había estrenado todavía, pero me daba igual.

Me puso como una moto, y no solo por la prenda que vestía, sino por la manera en la que caminaba hasta mí, una mezcla de seguridad y fiereza que no sabía de dónde había salido.

En el momento en el que entró en la piscina, me acerqué hasta ella, la cogí por la cintura y le di un beso de esos que te dejan las piernas temblando.

—Joder, sí que me has echado de menos.

—No sabes cuánto.

No la dejé seguir hablando, y la volví a besar de nuevo, pero esta vez acorralándola entre la pared de la piscina y mi cuerpo, para que notara cómo estaba.

Sabía que, en la posición en la que nos encontrábamos, ninguno de nuestros amigos vería lo que estábamos haciendo. Además, que ellos estaban sumergidos en su propia historia.

Levanté una de sus piernas, apoyándola en un pequeño saliente que había en la pared de la piscina, y la penetré.

Ahogué su grito con un beso, pues la tomó completamente por sorpresa, y seguí embistiéndola, como sabía que a ella le gustaba.

Llegó un momento en el que me dio exactamente igual que me vieran u oyeran los demás, estaba donde quería, donde necesitaba estar.

Llevé mis dedos hasta su clítoris, porque yo no aguantaba mucho más, y quería que fuera ella la que me llevara a ese punto de no retorno a través de su propio orgasmo.

Lo conseguí, y ambos llegamos al clímax a la vez, dejándome uno de los mejores orgasmos de mi vida.

Si no grité fue porque mi boca estaba ocupada besando a la de Valeria, que me clavaba las uñas en la espalda y en el trasero, y no me pudo gustar más ese gesto.

Recuperamos el aliento mirándonos a los ojos. Sabía que era el momento perfecto para decirle lo que sentía por ella, pero algo en mi interior me decía que no podía.

Crearle ilusiones cuando tenía pensado que todo terminara con el fin del verano no me parecía justo para ella, y lo dejé pasar.

—¿Qué tal lo has pasado con tu hermano?

—Genial, lo quiero mucho y jamás me había sentido tan unida a él como hoy.

—Eso es bueno, poder contar con alguien en los malos momentos.

—Pues sí, y espero poder seguir haciéndolo toda mi vida.

Lo había dicho con toda la intención del mundo, pues me gustaría tener a alguien así a mi lado cuando tuviera que separarme de ella.

Capítulo 28



Valeria

Después del momento erótico de la piscina, en el que no fuimos los únicos, según me contaron mis amigas más tarde, decidimos pedir *pizzas* para cenar.

Todavía no le había dado los regalitos, a pesar de que mis amigas sí que lo habían hecho. Yo prefería hacerlo en la intimidad, cuando estuviéramos a solas.

Cenamos entre risas cómplices, pero noté en Carla un cambio de actitud, estaba como melancólica, y decidí que no iba a tardar mucho en preguntarle por lo que le había sucedido con mi hermano.

Llegó la hora de despedirnos, y llevé a David de la mano hasta mi habitación, que era donde había dejado los regalos.

—Toma, esto es para ti.

—¿Para mí? ¿Con qué motivo? Quiero decir, te lo agradezco, pero no estoy acostumbrado a recibir ni dar regalos cuando no es una fecha especial.

Noté que se sintió incómodo, pero me daba igual, me había nacido así, y, si él no lo hacía, no era un motivo para que yo no lo hiciera.

—Pues no es mi caso. Yo, cuando veo algo que me recuerda a alguien a quien quiero, no dudo en comprarlo para regalárselo, y espero que no te lo tomes a mal.

—No, no, te pido perdón si es esa la impresión que te he dado. Gracias, de verdad.

Abrió primero el paquete de la perfumería, entre otras cosas porque el otro paquete continuaba en la cama, y pensó que era para mí.

Cuando comprobó de lo que se trataba, una mezcla de ilusión y vergüenza se apoderó de su rostro, y no pude hacer nada más que darle un beso.

—Joder, Valeria, esto te ha tenido que costar un pico…

—No mires el precio, de verdad, yo no lo he hecho, quiero que veas el detalle.

—Esto no es un detalle, preciosa, esto es un regalazo en toda regla.

—Bueno, todavía hay algo más.

Me giré y saqué las dos cajitas de la bolsa, una para él y otra para mí. Saqué primero la suya, que puse en su muñeca, y le di la mía para que me la pusiera también.

—Esto simboliza nuestra relación y quiero que, cuando nos tengamos que separar y la mires, recuerdes lo bonito que vivimos, como haré yo.

—Es preciosa, y no me la quitaré en la vida.

—Solo quiero que desaparezca de nuestras muñecas en el caso de que encontremos a una persona especial, nunca antes.

—Así lo haré, te lo prometo.

Nos fundimos en un beso, que nos llevó hasta la ducha, donde dejamos salir nuestro deseo y nos sumimos en una pasión arrolladora.

Los días fueron pasando, con esa complicidad entre nosotros que crecía día a día.

No dormía todas las noches en mi casa, ni mucho menos, pero sí que, cuando terminaba de trabajar, se venían todos a pasar la tarde.

Las vísperas de su día libre, solíamos salir por la noche a cenar, y durante el día, o bien disfrutábamos de la piscina o nos íbamos a alguna que otra playa de otros pueblos cercanos, más que nada para que no se sintieran en el trabajo.

Esa noche no durmió conmigo, porque a la mañana siguiente tenían algo que hacer temprano, y, si se quedaban, no llegarían a tiempo.

—Te veo mañana en la playa —le dije, antes de que se fueran.

—Allí estaré esperándote, preciosa —me contestó.

Nuestros amigos nos miraban, y negaban con la cabeza, pues parecía que nos íbamos a la guerra, en vez de cada uno a su casa.

Era el momento de hablar con Carla, ya que estábamos las dos solas, pues Blanca había ido a cenar con Javier, que quería comentarle algo.

—Carla, ¿qué pasó entre mi hermano y tú?

—No me puedo creer que te lo haya contado, cuando acordamos que no le diríamos nada a nadie.

—Álvaro no me ha contado nada, pero he comprobado que está enamorado de ti, y eso es lo que no entiendo, el motivo por el que no estáis juntos.

—Es demasiado complicado, Valeria, me hizo tanto daño, que no sé si podré perdonarlo en algún momento.

—Ayúdame a entenderlo. Te prometo que no te juzgaré, aunque no te niego que me haya dolido que no me lo contaras.

—No podía, Valeria, fue el episodio más doloroso de mi vida.

—Por eso mismo, no debiste pasarlo tú sola, para eso estaba yo allí.

Mi amiga empezó a contarme todo lo que había sucedido, y vi cómo las lágrimas le caían sin control.

Tuvieron una relación a escondidas durante casi un año, fruto de la cual mi amiga quedó embarazada. Ambos tenían veinte y veintiún años, respectivamente.

—Me dijo que yo había sido una distracción y que hiciera lo que quisiera, pero que él no iba a tirar su vida por la borda por un bebé que no quería.

—No me puedo creer que mi hermano actuara así, se me acaba de caer un mito.

—Era lógico, Valeria. Si tu padre se hubiera enterado, lo hubiera obligado a hacerse cargo, a casarse y a trabajar para mantener a su hijo, y eso no era lo que él quería.

—Joder, pero pudo apoyarte en tu decisión.

—No lo hizo, desde ese momento, nos distanciamos y tuve que ir a que me practicaran un aborto yo sola.

—En serio, no entiendo por qué no me lo contaste.

—Por esto mismo. Si han pasado ya cuatro años de ese momento, y fíjate cómo te has puesto, imagínate cómo hubieras actuado si te lo digo en el instante en que ocurrió todo.

—Pero yo hubiera estado allí, contigo, sosteniéndote la mano.

—¿Recuerdas el fin de semana que dije que me iba con un amigo a la sierra?

—Claro, y cuando volviste eras otra persona, más triste, y pensamos que ese tipo te había hecho algo.

—Era lo normal, había perdido al hijo de la persona que amaba, y había pasado mucho miedo, allí sola. Lloré lo más grande, y todavía lo hago, cuando recuerdo lo que hice.

—¿Estás arrepentida de haberlo hecho?

—No es eso, actué como mi edad y mis pensamientos de ese momento me pedían. Pero tengo claro que, si me volviera a pasar ahora, actuaría completamente diferente.

No pude hacer otra cosa que darle un abrazo, de esos que te hacen sentir protegida, y le hice prometerme que no volvería a ocultarme nada, nunca, jamás en la vida.

Decidimos que iríamos al chiringuito a cenar, las dos solas, como habíamos hecho infinidad de veces.

—No quiero que le guardes rencor a tu hermano, Valeria.

—No lo haré, creo que él lo está pasando tan mal como tú, aunque no quiera demostrarlo.

—Igual, en un futuro, podemos volver a ser amigos, pero, por el momento, prefiero que continuemos así.

—Ni tú ni él os vais a olvidar en la vida, por mucho que lo intentéis.

—Lo sé, pero merezco ser feliz con alguien que no me oculte, que me quiera tal y como soy, y no sé si tu hermano sería capaz de hacer eso.

—Tampoco podéis utilizar a otra persona para olvidaros del otro; no es justo para nadie.

—Si lo dices por Adrián, él lo sabe todo, es la única persona a la que se lo he contado, y lo hice desde el principio.

—Entonces, un diez por ese hombre que, sabiendo que tu corazón está ocupado, no ha dudado en ayudarte a olvidarlo.

—No es eso, después de hablarlo, decidimos que nos dejaríamos llevar y ya veríamos dónde terminaba todo esto.

Braulio, sin decirle nada, nos trajo nuestras bebidas y algo de picar, mientras terminaban de cocinar los platos principales.

El chiringuito seguía siendo un éxito, y toda la clientela se había acostumbrado, tanto al nuevo horario como a los nuevos precios.

Mis amigos estaban encantados, pues no tenían que romperse la cabeza para llegar a final de mes y, por supuesto, podían cuidar de su hijo y disfrutar de él mucho más tiempo que antes.

El asunto de la caja con el animal muerto seguía en manos de la policía, pero, como no había vuelto a sufrir nada parecido, pensé que había sido una gamberrada de algún chaval, y lo dejé pasar.

Volvimos a casa poco antes de las dos de la madrugada, pues del chiringuito nos fuimos a tomar una copa a uno de los locales de moda.

Quería que mi amiga disfrutara del momento y se olvidara de todo lo que había sufrido por mi hermano y su relación, y lo conseguí.

Nos reímos muchísimo, bailamos hasta que nos dolieron los pies, y, cuando decidimos volver a casa, íbamos borrachas como dos piojos.

No teníamos cojones de dar dos pasos sin tambalearnos, por lo que el chico que trabajaba de relaciones públicas en el local, que nos conocía de siempre, avisó a un taxi para que nos recogiera y nos llevara a casa.

No sé cómo llegamos a nuestras habitaciones, pero me desperté vestida igual que había salido la noche anterior.

Capítulo 29



David

Me despedí de Valeria y puse rumbo a mi casa, junto a mi amigo Adrián, puesto que Javier había salido con Blanca; quería pedirle que siguieran conociéndose una vez que terminara el verano.

Me alegraba por ellos, de verdad que sí, porque se notaba que entre los dos había una complicidad muy bonita, y apenas nos quedaban un par de semanas para que terminara nuestro contrato.

Fuimos durante todo el trayecto en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que entramos en casa, momento en el que Adrián rompió el silencio.

—¿En qué piensas?

—En todo y en nada, en realidad.

—Muy clara tu respuesta, sí, señor.

—No seas cabrón, Adrián.

—La respuesta ambigua la das tú y el cabrón soy yo, así me gusta, las cosas justas.

—Me refería a que estaba pensando en cómo me ha cambiado la vida desde que Valeria apareció en ella, y en cómo voy a tener que tomar una decisión en unos días.

—Estás enamorado, no te niegues la posibilidad de ser feliz, David.

—A veces, el amor solo no vale.

—Si estás pensando en dejarla por culpa del dinero, entonces sí que confirmo que eres gilipollas.

—Ella está acostumbrada a una vida que yo no podré darle, Adrián.

—Ni creo que ella pretenda eso, la verdad.

—¿No? ¿Crees que será capaz de dejar atrás su vida de lujo para venirse conmigo? Porque, si es así, lamento comunicarte que estás muy equivocado.

—Y tú, ¿estarías dispuesto a dejar atrás tu vida de penurias para vivir el amor con ella?

—Jamás viviría a costa de una mujer, no me educaron así.

—Nadie te está diciendo eso. Simplemente, piensa si serías capaz de adaptarte a su vida.

—Todo el mundo se adapta a lo bueno, amigo, lo complicado es hacerlo al contrario.

—Entonces, haz algo por remediarlo. Busca un empleo a su altura, habla con tu compañero, lo mismo él puede hacer algo. Pedir ayuda no es ningún delito.

—Sí, pero no me sentiría bien, pensaría que me han enchufado y quiero conseguir las cosas por mi trabajo y mi esfuerzo, sin que nadie me lo regale.

—Estás muy anticuado en ese aspecto, David. Lo importante es meter la cabeza; después de eso, podrás demostrar tu valía y todo lo que te salga del alma.

Me fui a la ducha, pensando en todo lo que me había dicho mi amigo, que, en cierto modo, tenía razón, pero no podía evitar hacer comparaciones y paralelismos entre la vida de Valeria y la mía, y no podían ser más diferentes.

Había dejado mi móvil encima de la mesa, cargando, mientras me duchaba. Al salir, Adrián se acercó a mí con él en la mano.

—No ha parado de sonar, pero como no conocía el número, no me he atrevido a contestar.

—Gracias, Adrián, ahora llamaré a quien sea.

Entré en la habitación y, mientras me vestía, volvió a sonar, pero esta vez era mi madre, y contesté a la primera.

—¿En qué puedo ayudar a la mujer más bonita de todo el planeta?

—David…

El que mi madre no me hubiera contestado como habitualmente lo hacía, que era con ironía, tipo «a esa no sé, a mí puedes llamarme más a menudo», por ejemplo, me hizo pensar que algo había sucedido.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Es tu padre… Han intentado localizarte y no han podido. Yo no tenía mi teléfono porque, con las prisas, me lo dejé en casa. Hasta ahora, que me lo ha traído Lourdes.

Lourdes era la nieta de una vecina, tenía quince años y era un amor de niña. Siempre estaba dispuesta a ayudar a todo aquel que lo necesitara, como había sido este caso.

—¿Qué le sucede a papá?

—Está muy mal, ahora mismo lo están atendiendo en el hospital. Sé que todavía te quedan dos semanas de trabajo, pero…

—Ahora mismo recojo todo y voy para allá, no te preocupes. Te llamaré en cuanto me suba al tren.

—Siento interrumpir tu vida, mi niño, pero no quiero estar sola cuando suceda.

Sabía a lo que se estaba refiriendo mi madre, pues llevábamos tiempo esperando a que llegara este momento, por mucho que no quisiéramos pensar en ello.

Bajé la maleta y metí toda mi ropa y enseres personales, incluido el cofre de perfume que me regaló Valeria.

Inevitablemente me puse a pensar en ella, y dos lágrimas recorrieron mis mejillas.

Quizás el destino me había puesto esto por delante para que tuviera clara cuál tenía que ser mi elección, para que no pensara más ni me hiciera más daño.

Me fijé en mi muñeca, en esa pulsera que ambos llevábamos iguales y que me regaló ella. Quise quitármela y devolvérsela, pero cambié de opinión en ese mismo instante.

—¿Qué haces con la maleta?

—Me vuelvo a Madrid, es mi padre.

No me hizo falta decir una sola palabra más, ya que mis amigos, en este caso Adrián, que era el único que estaba allí conmigo, eran conocedores de toda la historia.

—¿No te vas a despedir de Valeria?

—Quizás sea mejor así, cortar por lo sano.

—Ni siquiera vas a darle una explicación, por lo que veo.

—No puedo, si me pongo delante de ella, me derrumbaré y no me lo puedo permitir. Mi madre me necesita fuerte, a su lado, y eso es lo que más me importa en este momento.

—¿Y si me pregunta por ti?

—Dile la verdad, que me he marchado, pero no le des las explicaciones que yo no me atrevo a darle.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente. Si nos volvemos a cruzar en Madrid, en algún momento, haré como si no nos hubiéramos conocido nunca.

Supe que mi amigo no entendía mi postura, pero era lo mejor para los dos, hacer como si no hubiera sucedido nada entre nosotros y que cada uno siguiera con su vida de la mejor manera que supiéramos.

Avisé a un taxi para que me llevara hasta la capital, ya que el tren hacia Madrid salía a las doce de la noche. Eran las nueve y media, y me daba tiempo de sobra para llegar.

Había comprado mi billete a través de la aplicación de la compañía, por lo que sabía hasta la hora a la que llegaría. Si no había ningún contratiempo, estaría en Madrid antes del amanecer.

Me despedí de Adrián y le dije que nos veríamos de nuevo en Madrid, y que se despidiera de Javier de mi parte.

No dije nada para las chicas, aunque me doliera en el alma, pero tenía que pasar página, olvidarme de todo lo que había vivido en esos meses en los que había conocido a una mujer impresionante.

No podía decir que era la mujer de mi vida, porque no había permanecido en ella, pero, de lejos, sí que podía afirmar con rotundidad que con ella había conocido el amor verdadero.

Metí la maleta en el taxi y recosté la cabeza en el asiento. Un carrusel de imágenes se cruzó por mi mente, desde momentos vividos con mi padre, cuando era pequeño, hasta el último beso que me dio Valeria.

Mis lágrimas caían sin control, por todo a lo que me tendría que enfrentar, además de todo lo que tenía que dejar atrás y que me dolía horrores.

Fueron unos cuarenta y cinco minutos los que tardamos en llegar a la estación de trenes.

Había pagado la carrera por adelantado, ya que, al ser un trayecto de este tipo, no podía hacerse de otro modo, por lo que cogí mi maleta y me despedí del conductor.

Miré el reloj, y me faltaba mucho para que llegara el tren, así que decidí ir a comprar algo para cenar.

Me fijé en que había un local de comida rápida en la esquina, y no me lo pensé. Comería allí antes de volver a la estación; lo que no esperaba era encontrarme en ese lugar al compañero del que os había hablado.

—Hombre, David, qué extraño verte por aquí.

—Hola, venía a comprar algo para comer antes de subirme al tren.

—¿Has estado de vacaciones?

—Trabajando, pero mi padre ha empeorado y me toca volver.

—Por cierto, quiero que el día uno estés en las oficinas con tu currículo, se queda una vacante y quiero que optes a ese puesto.

—Gracias, de verdad, no sabes lo que significa eso para mí.

—No te estoy diciendo que te lo vayan a dar, porque ya sabes que no me gustan los enchufados, pero estoy seguro de que lo vas a conseguir. Tienes méritos de sobra.

—Allí estaré, y gracias de nuevo.

Mi amigo estaba con una chica que me miraba con cara de asco, como si no se pudiera creer que su novio tuviera amigos que vestían con ropa que no era de firma, pero a mí me daba exactamente igual.

Me subí a ese tren con otro ánimo diferente al que había traído cuando llegué, y esperaba que me acompañara durante todo el trayecto.

Capítulo 30



Valeria

Llegamos a la playa, y allí, en su torre, divisaba a Adrián y a Javier, pero ni rastro de David.

—Lo mismo se ha levantado indispuesto y por eso no ha venido a trabajar hoy —me dijo Blanca.

—O se le ha hecho tarde en eso que tenían que hacer, y viene luego —añadió Carla.

—No sé por qué, pero algo me dice que no va a ser ninguna de las dos cosas.

En cuanto dejamos las sillas y bolsas instaladas, no aguanté más y subí a la torre, a ver si sus amigos me daban una explicación.

Le había enviado un montón de mensajes, pero ni siquiera le entraban, era como si tuviera el teléfono apagado, y eso me estaba preocupando.

—Buenos días, ¿puedo pasar?

—Claro, adelante.

Los dos pusieron una sonrisa en sus labios, pero ninguna de ellas les llegaba a los ojos, y me di cuenta de que algo sucedía.

Un cruce de miradas entre ellos fue suficiente para entender que David no estaba, pero tampoco iba a estar más.

—Vale, ya lo entiendo todo, se ha marchado, ¿verdad?

—Valeria, no es lo que tú piensas…

—Yo no pienso nada, pero eso que teníais que hacer por la mañana temprano no era más que una burda mentira para ayudarlo a huir.

—No ha huido, ha ocurrido algo y se ha tenido que marchar.

—No preguntes el motivo, porque nos ha prohibido tajantemente darte explicaciones —me dijo Adrián, pues el resto de las veces el que había hablado era Javier.

—Si él lo ha querido así, no seré yo la que insista. ¿Sabéis lo que me decía mi abuela?

—¿Al enemigo que huye, puente de plata? —preguntó Javier, y negué con la cabeza.

—No, mucho mejor. Cuídate de los cobardes antes que de los valientes, porque los valientes, siempre te van a enfrentar, mientras que los cobardes harán las cosas a tus espaldas, que es como más daño te pueden hacer.

—David no es un cobarde, Valeria… —me intentó explicar, Adrián, pero no le di la opción.

—¿Cómo llamarías tú a la persona que no fue de frente, que no fue capaz ni de despedirse de ti, después de demostrarte a diario que te quería? Entonces, no hay más preguntas, señoría.

Me di la vuelta y bajé de la torre. No quería llorar, pero mis lágrimas eran incontrolables, salían solas.

Cuando mis amigas me vieron llegar, no me hicieron ni una sola pregunta, pues la respuesta era obvia; tan solo se abrazaron a mí, y me consolaron.

Tendría que permanecer allí dos semanas más, viendo cómo mis amigas vivían los últimos días rodeadas de amor, pues Blanca le dijo a Javier que seguirían conociéndose, mientras que Carla todavía no lo había decidido.

Llamé a mi hermano, era la persona que más necesitaba en el mundo en estos instantes, y que no dudó en responderme al segundo.

—¿Qué te ocurre, Valeria?

—Se ha marchado, Álvaro, sin decirme ni adiós.

—Entonces, no se merece una sola lágrima tuya.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Por lo pronto, venirte conmigo a mi casa, los dos solos.

—¿Y Vanesa? ¿Qué vas a hacer con ella?

—No está, se marchó anoche para Madrid después de una discusión.

—Joder, también tengo yo puntería para llamarte, debes estar igual o peor que yo.

—Para nada, porque yo por Vanesa no tenía sentimientos. Me gustaba físicamente, eso no voy a negarlo, pero hasta ahí.

—Entonces, ¿por qué la llevaste a mi graduación?

—Creo que la respuesta a esa pregunta la sabes mejor que yo.

—Gracias, hermanito, recojo mis cosas y voy para allá.

—No corras y ten cuidado con la carretera.

—Lo tendré. Un beso.

—Otro para ti, pero prefiero dártelo cuando te tenga delante.

Corté la llamada y me acerqué de nuevo a mis amigas; no iba a permitir que ellas cargaran conmigo en estos momentos, y así se lo dije, bien clarito a las dos.

—Me voy con mi hermano a su casa, la siliconada se ha largado y creo que nadie mejor que él para consentirme en estos días.

—¿Hablas en serio?

—Completamente, pero no tengáis preocupación, os dejo la casa y volveré a por vosotras dentro de dos semanas, el mismo día que pensábamos salir de vuelta.

—No puedes marcharte y dejarnos así, Valeria —me dijo Carla.

—Por supuesto que puedo, y lo voy a hacer. Ahora, seguid disfrutando del día y de lo que os resta de vacaciones, que yo voy a preparar mi maleta.

Me di la vuelta y salí rumbo a mi casa, pero noté que alguien venía corriendo detrás de mí, y eran ellas, mis amigas, que se fundieron en un abrazo conmigo.

Necesitaba salir de ahí, y también intentar olvidarme de los días que había pasado junto a David, y por eso, la oportunidad que me había dado mi hermano era la idónea.

Antes de salir para la casa de mi hermano, hice una parada en el chiringuito para comunicarle mi partida a Braulio.

—Ya sabes, si necesitas algo, lo que sea, me llamas, que tendré el teléfono operativo.

—Sabes que, si surge algo, intentaré resolverlo por todos los medios. Descansa y disfruta de estos días en la tranquilidad de tu familia.

No le conté los motivos, como tampoco tenía necesidad de hacerlo, pues mis amigos supieron de mi historia desde el primer momento.

Macarena no estaba, pues era su día libre, pero quedamos en que, cuando volviera, y antes de marcharme para Madrid, pasaría a despedirme de ella y del niño.

Ahora sí, ahora me tocaba llegar hasta donde estaba mi hermano, esperándome con los brazos abiertos.

Puse música, y la casualidad de la vida hizo que saltara una de mis canciones preferidas, que era de Álvaro de Luna, y que describía a la perfección mis sentimientos y nuestra historia de amor, y me puse a cantarla a todo pulmón.

Era mi manera de sacar fuera todo lo que sentía, y me importaba un comino si alguien me veía o me escuchaba.

«Tú me has devuelto las ganas
Yo quiero todo contigo
Perdidos en una playa
Hasta que el sol se vaya
Y la luna sea testigo».

Tan emocionada estaba cantando, que me pasé el desvío y tardé como media hora más de lo normal en llegar, con la correspondiente preocupación de mi hermano, que me llamó en un par de ocasiones.

—Valeria, me estás preocupando, ¿por dónde vienes?

—Ay, hermanito, que me he perdido, he entrado en la ciudad por el otro puente, y, hasta que he dado con el camino correcto, no veas.

—Desde luego, que eres un caso. Venga, te espero en la puerta de mi edificio.

Un par de minutos o tres después de hablar con él, vi la plazoleta que había bajo su casa, pero me cogía en el lado contrario.

Eché el coche a un lado, para no interrumpir el tráfico de esa avenida, y llamé a mi hermano para que viniera a mi rescate.

—¿Qué te pasa ahora, Valeria?

—Hijo, siento darte tanto por culo, pero estoy viendo tu casa y no tengo ni idea de por dónde tengo que coger.

—¿No estarás conduciendo mientras hablamos, verdad?

—Que no, pesado, que estoy aquí a un lado, en la parada del autobús.

—No te muevas de ahí, que voy a tu rescate.

—Vamos, como si pudiera hacerlo…

Mi hermano, a veces, parecía tonto. ¿Cómo me iba a mover si no tenía ni puñetera idea de por dónde hacerlo?

Ni dos minutos después, mi hermano abría la puerta del conductor, dándome un susto de muerte.

—Idiota, podrías haber llamado antes a la ventanilla.

—Pero si sabías que vendría… Qué dramática eres a veces, enana.

—¿Qué haces?

—Bajarte para subirme yo y quitar el coche de aquí antes de que te multen por estar estacionada en un sitio en el que no puedes hacerlo.

—¿Y yo qué hago?

—¿Has desayunado tortuga hoy, o algo? ¿Qué vas a hacer? O te subes ahora mismo al asiento del copiloto, o te vas a la puerta de mi edificio y me esperas allí.

Di la vuelta como las balas, porque no iba a dejar mi coche nuevo en sus manos, no fuera a darle un golpe, arañármelo y, encima, echarme a mí las culpas.

Mi hermano entró por una de las calles contiguas, pero su dirección marcaba lo contrario a la que queríamos coger, aunque lo hizo para dar la vuelta.

En menos de un minuto, mi coche estaba aparcado en su garaje, junto al suyo, y nosotros nos subíamos al ático en su ascensor.

—¿Tienes dos plazas de garaje?

—No, tengo una, pero la otra es de mi vecino, que no tiene coche y que me la ha alquilado hasta que nos vayamos.

—Joder, pues podría haber aparcado en la calle.

—Sí, como el otro día, que dejaste el coche en la zona azul y no echaste ni una mísera moneda.

—Pues no me multaron.

—Un día de suerte, pero, conociéndote, será mejor que no la tientes o vas a terminar pagando por todo un mes.

Capítulo 31



Valeria

Estos días con mi hermano me vinieron de lujo, pues nos compenetramos mucho más de lo que lo habíamos hecho con anterioridad.

—Valeria, me gustaría contarte lo que ocurrió con Carla.

—Ya lo sé, pero no te vayas a poner a la defensiva, que, si me lo contó, no fue porque quiso, sino porque necesitaba desahogarse.

—¿Lo sabe alguien más?

—Tan solo el chico con el que sale ahora.

—¿Van en serio?

—Sinceramente, no lo sé. Lo que sí tengo claro es que Carla está enamorada de ti, y no de él, pero también muy dolida.

—No sabes lo que me arrepiento de cómo actué con ella. Si hubiéramos seguido adelante, mi hijo estaría a punto de cumplir los cuatro años, Valeria.

—Mira, Álvaro, las cosas pasan por algo y, a lo mejor, no era el momento de que estuvierais juntos.

—Yo también me consuelo con eso, y he intentado olvidarla en los brazos de otras muchas mujeres, pero no lo he conseguido.

—¿Por eso fue la bronca con Vanesa?

—Entre otras cosas. Me recriminó por qué yo no la miraba como lo hacía con Carla, y no supe qué contestarle.

—Está claro, porque por mi amiga tienes sentimientos y por ella, no.

—Eso mismo me contestó Vanesa, además de un montón de insultos, como que la había utilizado, que ella no era una muñeca hinchable, y muchas cosas más.

—Tampoco es justo para ella, seamos sinceros. No me cae bien, es más, no la soporto, pero de ahí a que me guste verla sufrir…

—Pues eso fue lo que yo pensé, que su físico no me bastaba para vivir con ella algo más allá de lo que estábamos viviendo, y le dije que se marchara.

—También tú, es que tienes la sensibilidad de una ameba, hermanito.

—Sabes que me gustan las cosas claras y directas. El final era el mismo, por lo que vi completamente innecesario dar un rodeo.

Mi hermano me miró y yo a él, y ambos soltamos una carcajada. Desde luego, era para hacérnoslo mirar.

Por un lado, yo, que era una romántica empedernida y que había pensado que podía salvar al socorrista de una vida mediocre como la que tenía.

Y, por el otro, estaba Álvaro, mi hermano, que era como un témpano de hielo, y que veía las cosas desde el prisma de la practicidad, dejando los sentimientos encerrados en un cajón.

Para nosotros no había un término medio. Quizás, si mis padres hubieran tenido un tercer hijo, hubiera salido con la mitad de cada cosa, pero, como no había sido así, teníamos que jodernos con lo que había.

Nos creamos una rutina que consistía en levantarnos, bajarnos a desayunar a un bar cercano, en el que descubrimos que hacían las mejores tostadas del mundo, e irnos a dar un paseo por la playa.

Cuando nos cansábamos, nos dábamos un baño para destensarnos y volvíamos a casa, donde nos duchábamos, nos cambiábamos de ropa y nos marchábamos a comer.

Después, un rato de siesta y charla en el sofá, hasta que caía el sol, momento en el que volvíamos a salir para disfrutar de las buenas temperaturas.

Así fuimos pasando esas dos semanas. No voy a decir que me hubiera olvidado de David, porque me estaría mintiendo a mí misma, pero sí que me ayudó mucho a que no me doliera tanto pensar en él.

Muchas fueron las veces que miré mi pulsera y pensé si él estaría haciendo lo mismo o si, por el contrario, se la habría quitado y guardado en un cajón.

Yo tenía claro que no me la quitaría. No hasta que encontrara a otro hombre que me hiciera sentir lo mismo que había sentido con él, y eso sí que me iba a costar.

—Álvaro, yo voy mañana por la mañana al pueblo, a por las chicas.

—¿Te importa si voy contigo?

—Para nada, será lo mejor, así verás por tus propios ojos eso que tanto te niegas a ver.

Sabía que mi hermano necesitaba ver de frente la realidad con Carla. Hasta entonces, había sido ella la que tuvo que lidiar con el hecho de ver a mi hermano con unas y con otras.

Nos acostamos temprano, pues queríamos marcharnos lo antes posible para poder estar en Madrid antes de que anocheciera.

El tráfico en la capital era un caos, mucho más en la operación regreso. Por eso, decidimos irnos un día antes de que todo el mundo volviera a casa, para evitar atascos innecesarios.

Al llegar a la casa, me sorprendió ver a Carla sentada en el jardín, sola, como si estuviera meditando algo.

No me dio tiempo de acercarme a decirle nada, pues estaba tan sumida en sus pensamientos que no notó ni la apertura de la verja.

Quien sí que lo hizo fue mi hermano, que se sentó a su lado, sin decir ni una sola palabra, y supe que ellos dos tendrían para largo, por lo que entré en la cocina.

Allí estaban Blanca y Javier, muy acaramelados, y con una sonrisa que lo decía todo. Vamos, que eran la antítesis de Carla y mía, para que me entendáis.

—Hola, chicos, ya estoy aquí.

—Hola, Valeria, ¿qué tal todo? ¿Cómo te encuentras?

—La versión abreviada es como una puta mierda, pero, si quieres la extendida, también te la puedo ampliar y entrar en detalles.

Javier soltó una carcajada por mi manera de contestar, mientras Blanca negaba con la cabeza.

Mi amiga era así de diplomática, qué le vamos a hacer. Si hubiera sido yo la que hubiera hecho la pregunta, podéis tener claro que hubiera empleado otras palabras.

Le hubiera dicho algo así como: «¿Ya te has quitado al cabrón ese de la cabeza?» o «¿Te has tirado ya a otro tío que te haya dejado los ojos vueltos?».

—Valeria, yo creo que me voy a quedar un día más, y que volveré con los chicos en el tren —me dijo Blanca.

—Eres libre, si queréis quedaros aquí, no te olvides de poner la alarma.

—No hace falta, pasaremos nuestra última noche en un hotel de la ciudad, para ir directamente de allí a la estación.

—Como queráis, ya sabéis que por mí no hay problema.

Salí al jardín, pero vi a Carla y a mi hermano hablando entre ellos, muy acaloradamente y, justo cuando iba a intervenir, vi que, cerca de los dos y escuchando todo, estaba Adrián.

No lo dudé y me acerqué, y nuestro amigo me pasó el brazo por encima de los hombros, a modo de gesto de cariño.

—¿Qué está pasando aquí?

—Pues que, después de mucho tiempo, y gracias a mi intervención, se están diciendo a la cara todo lo que tenían guardado y que les ha hecho tanto daño.

—¿Tú cómo estás?

—Bien, de verdad. Cuando Carla me contó su historia, supe que no se enamoraría de mí en la vida; todavía tenía ese capítulo de su vida muy presente, pero me gustaba físicamente y decidí tirarme al ruedo.

—¿Hablas en serio?

—Todo lo serio que me puedo poner, te lo juro. Yo estoy en un punto de mi vida en el que no quiero tener pareja, Valeria. Me marcho del país.

—¿Cómo que te marchas del país?

—Sí, me ha salido un trabajo en Londres, en una empresa internacional, y no me lo he pensado dos veces. Empiezo la semana que viene, por eso yo también me marcho hoy.

—Pero… los chicos me han dicho que…

—Ellos no saben nada todavía, ahora se lo diré a los dos, y espero que no haya dramas.

Adrián me contó que, cuando llegó, estaban ambos sentados en la misma hamaca, mirando al horizonte y sin articular palabra.

Lo vio tan claro que no dudó en acercarse y animarlos a que hablaran entre ellos y, para conseguirlo, lo primero que hizo fue pegarle un morreo a Carla.

Mi hermano apretó los puños y la furia le salía como a los dibujitos animados, por las orejas en forma de humo.

Empezó a recriminarle cosas, y ella no se quedó atrás, sacando fuera todo lo que sentían.

Cuando nos dimos cuenta, allí estaban los dos, comiéndose la boca como dos posesos, como si estuvieran sedientos y encontraran en la saliva del otro lo suficiente para saciarse.

—Creo que me va a tocar volver sola a Madrid.

—Ah, no, de eso nada. Dame diez minutos, que recoja mis cosas y hable con los chicos, y me voy contigo.

Adrián entró en la casa como una exhalación y, tras escucharlo conversar con Javier y con Blanca, salió con su maleta ya lista.

—Álvaro, Carla, como está claro que vosotros iréis en el coche de mi hermano, yo voy saliendo ya con Adrián, que me hará compañía.

—Espera, hermanita, y nos vamos todos juntos; yo iré detrás de ti con mi coche.

—Está bien, pero daos prisa, que no quiero que me coja la noche en la carretera.

—Ya mismo salimos, no te preocupes.

—Como esos dos se metan en la habitación, vamos a salir de aquí pasado mañana.

—No, no, que ahora mismo voy con ellos.

Adrián soltó una carcajada, al verme correr detrás de los dos y ponerme en medio. Ya tendrían tiempo de recuperar todo el que habían perdido cuando llegaran a Madrid.

Capítulo 32



David

Habían pasado ya tres meses desde que llegué a Madrid, y mi vida había cambiado por completo, dando un giro de ciento ochenta grados.

Lo primero que hice, nada más llegar, fue ir al hospital, donde parecía que mi padre me estaba esperando, pues fue verme, decirme que cuidara de mi madre lo que él no podía hacer ya, y partir de esta vida.

No voy a decir que no me costó superarlo, porque para mí fue un golpe muy duro que me dio la vida.

No solo se me fue un padre, se me fue mi mejor amigo, el hombre que me inculcó los valores que tenía ahora, que ya era un adulto.

Mi madre se vino abajo, pero ni ella ni yo nos lo podíamos permitir. Por eso, justo después del funeral, la obligué, y me obligué a mí mismo, a quitar su ropa y sus cosas.

Tan solo nos quedamos con alguna que otra cosa que, pese a no tener valor económico, sí tenía un alto valor sentimental.

Llegó el día de la entrevista, y allí me planté, con mi currículo. Al salir, me encontré con mi amigo de la universidad, que me invitó a una cerveza.

No sé si fue él quien me echó un cable después de hablar sobre la situación en la que nos había dejado mi padre, o si realmente lo conseguí por méritos propios, pero el caso es que, pasadas unas horas, me avisaron de que el puesto era mío.

Me prometí a mí mismo que, durante mi primer periodo de vacaciones, llevaría a mi madre a ver el mar, eso que se le quedó pendiente a mi padre.

Unos días después, recibí una llamada de Martina, queriendo quedar conmigo para tomar un café.

—David, ¿qué tal todo?

—Bueno, teniendo en cuenta que acabo de perder a mi padre…

—Lo siento, no me había enterado.

—En fin, ya solo queda seguir adelante, ¿para qué me llamabas?

—Lo he hecho para saber si te apetece tomar un café conmigo.

—Pues mira, sí, porque me vendrá muy bien despejarme un poco.

Quedamos esa misma tarde, a las seis, en una cafetería cercana al centro, lugar donde trabajábamos los dos.

En cuanto la vi, no dudé en darle un fuerte abrazo, que fue suficiente para que empezara a llorar, como si no hubiera un mañana, pero no sabía a qué se debía ese estado.

—¿Qué te ha sucedido para ponerte así?

—Es Mauro, no te vas a creer lo que me ha hecho.

—Si no me lo cuentas, está claro que no.

—El hecho de venirnos a vivir a Madrid no fue porque quería mejorar, sino porque se había liado con una mujer, la misma que le propuso el trabajo.

—¿Me lo dices de verdad? Pero, si parecía encantado contigo y con el embarazo.

—¿Recuerdas que me dijo que tenía que volver y que teníamos que hablar de algo que no podía demorar más?

—Claro que sí, por eso te volviste tan rápido.

—Pues lo que quería contarme era que se había enamorado de otra, y que había decidido que quería el divorcio.

—¿No estáis juntos?

—No, me he visto aquí sola, sin conocer a nadie; menos mal que en mi trabajo me encuentro de lo más a gusto, porque, si no hubiera sido así, me hubiera vuelto loca.

Martina estaba embarazada de cuatro meses, y le prometí que estaría a su lado, que ese niño no sufriría la carencia de una figura masculina en su vida, aunque no fuera su padre.

Sabía que Mauro no iba a renunciar a su hijo, y Martina también lo tenía claro, que lo que había pasado entre ellos no tenía nada que ver con el niño, o al menos así lo esperaba.

Desde ese día, no había pasado ni uno sin que quedáramos, ya fuera para tomar un café o para hacer alguna que otra cosa.

Seguía teniendo en ella a mi mejor amiga, y me venían muy bien esos ratitos para despejarme.

A mi madre le dije que nada de encerrarse en casa, así que la apunté a una asociación en la que compartía sus momentos con otras mujeres de su misma edad.

Quedaban para comer juntas, para ir a bailar o hacer manualidades, y ese verano estaban hablando de organizar un viaje a Benidorm.

—No puedo cargarte con eso también, David, demasiado haces con encargarte de todos los gastos de la casa.

—Y no me vas a cargar, mamá. Para eso tienes tu propio dinero. Por si no te has dado cuenta todavía, no le toco un céntimo a la pensión de viudedad.

—¿Cómo? Eso no es en lo que quedamos, David. Me dijiste que cogerías ese dinero y, el resto, hasta poder pagar todo, lo pondrías tú.

—No me hace falta, mamá. Mi sueldo es demasiado bueno como para que lo hiciera, es tuyo y tienes todo el derecho a disfrutar de él.

Mi madre me abrazó, como solo ella sabía hacerlo, con amor y un cariño que nada ni nadie puede sustituir.

Ese día había quedado con Álvaro en su despacho, pues teníamos entre manos una campaña muy importante que nos reportaría muchísimos beneficios si salía bien.

Llamé a la puerta y, en cuanto me dio paso, abrí y entré, encontrándome allí a quien menos esperaba encontrar.

—¿David, eres tú? —me preguntó Carla.

—¿Os conocéis? —preguntó Álvaro.

—Pues claro que nos conocemos, digamos que hemos pasado muchas cosas juntos —dijo Carla, con una sonrisa.

—¿Habéis estado liados?

—No, por favor, no empieces con los celos, que ya sabes toda mi historia. Es amigo de Adrián.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté a Carla, pues no sabía cómo actuar.

—Ya ves, he venido a ver a mi chico; yo trabajo en otro departamento.

—¿También trabajas aquí?

—Claro que sí, esta empresa es muy grande.

Me dejó un beso en la mejilla y salió por la puerta, no sin que antes Álvaro le diera un beso en los labios.

—Lo siento, David, pero no podía dejar pasar un minuto más sin verla, y eso que vivimos juntos.

—Te entiendo, también pasé por eso.

—Sí, te he visto con Martina algunas veces, y se te veía muy enamorado.

No sabía si se estaba refiriendo al pasado, cuando éramos pareja en la universidad, o a ahora, en los días que habíamos quedado, pero me daba igual.

No era a ella a la persona a la que me estaba refiriendo, sino a Valeria, esa morena que me robó el corazón y a quien no había olvidado.

Quizás penséis que era un cobarde por no ir a buscarla, que ahora ya no tenía la presión que tuve antes de tener este trabajo, pero es que ni sabría por dónde empezar a buscarla.

Cuando me fui de aquel pueblo, lo primero que hice fue bloquear y eliminar su número de teléfono de la agenda de mi móvil, para no tener la tentación de ir a buscarla.

Cerramos todo lo que tenía pendiente y quedamos en que él se encargaría de avisar a la empresa para que enviara, al día siguiente, a un representante que revisara todo, por si quería hacer algún cambio.

—En cuanto tenga noticias y concretemos la cita, te lo haré saber, David, para que estés presente en la presentación.

—¿Yo? Pensé que solo estaría presente la cúpula de la empresa.

—Y lo estará, pero también tú, que eres el artífice de la campaña.

—Pues no lo dudes, ahí estaré.

Salí un tanto confuso de allí, pues no me esperaba, ni eso último que me había dicho ni, mucho menos, encontrarme a Carla en ese sillón y como pareja de mi jefe.

Mi jornada laboral había terminado, y esa tarde había quedado con mi madre en que la llevaría al cine y a comer una hamburguesa.

Ese era el mejor plan que podrías proponerle a ella, se hacía feliz con tan poco, que me sacaba una sonrisa.

Cuando llegué a casa, me la encontré en el sofá, con una mantita por encima, y con cara de no encontrarse demasiado bien.

Me contó que se notaba destemplada y tenía la voz tomada. No me lo pensé, y me la llevé al médico de guardia en el centro de salud, que le diagnosticó un enfriamiento.

Podéis pensar que era un alarmista, pero es que mi padre empezó igual y, por no acudir al médico a tiempo, nos encontramos con algo que ya no tenía solución.

Estuve toda la noche pendiente de ella y, por eso, a la mañana siguiente, fui al trabajo con una cara que no la sacaban ya ni en las películas de miedo.

Al llegar a la puerta de la empresa, y después de saludar al conserje y a la chica de recepción, escuché mi nombre.

—¿David? ¿Qué haces aquí?

—Eso te lo tendría que preguntar yo a ti, puesto que este es mi lugar de trabajo.

—¿En serio? Joder, todas las veces que nos hemos visto y nunca nos ha dado por preguntarnos el nombre de la empresa en la que trabajábamos.

Era Martina, que venía a revisar la campaña de publicidad que yo tenía que exponer. Por eso, en vez de pasar por mi despacho, nos fuimos directamente a la sala de reuniones.

Álvaro me había enviado un mensaje el día anterior citándome allí a primera hora, que era cuando llegaría el representante de la empresa que, curiosamente, resultó ser Martina.

Entramos allí con mi brazo por encima de su hombro, y riéndonos por la coincidencia, pero la risa se me borró en el mismo momento en el que me fijé en la mujer que estaba encabezando la reunión.

—Buenos días, David, te presento a Valeria, mi hermana —me dijo Álvaro.

Cuando ella levantó la cabeza y me vio, junto a Martina, que mostraba su avanzado estado de embarazo, os juro que pude notar la decepción en sus ojos.

—Encantado, Valeria —le dije.

—Igualmente. A Martina ya la conozco.

—Sí, compartimos más de un momento en la playa este verano.

—Álvaro, no me siento muy bien. Si no te importa, prefiero retirarme a mi despacho y que seas tú el que lleve la reunión.

—Sí, no te preocupes, y si te pones peor, no dudes en avisarme.

Cuando Valeria se levantó, me fijé en su barriguita y, o bien había cogido algo de peso, o estaba embarazada, de poco tiempo, sí, pero estaba esperando a un hijo.

Toda la reunión la llevó Álvaro, porque me quedé tan impresionado que no fui capaz de articular palabra, sobre todo cuando mi amigo reconoció a Martina y le hablaba como si fuera mi pareja.

¿Cuándo se había convertido mi vida en una puta telenovela? En cuanto se lo contara a mis amigos, me dirían lo mismo de siempre, que, por culpa de esa mujer, había perdido al amor de mi vida.

Ahora lo sabía, podía localizarla en cualquier momento, pues era mi jefa. No directamente, pero sí que era la hija de uno de los propietarios de la empresa.

Os prometo que estuve a punto de presentar mi renuncia, pero no podía hacerlo, no ahora que tenía una estabilidad económica que me permitía vivir mi vida y no matarme a trabajar.

¿Cómo me podía enterar de quién era el padre de esa criatura? ¿Cómo podía averiguar si Valeria tenía pareja o no?

Lo tuve claro, porque Carla no me iba a contar nada, pero Blanca sí, porque con ella tenía más contacto y nos habíamos visto muchas más veces, cuando quedaba con mi amigo Javier.

Salí de allí y me fui directamente a casa de mi amigo, donde vivía con su chica desde el momento en el que volvieron a Madrid.

Capítulo 33



Valeria

El momento en que descubrí que estaba embarazada fue como si me tiraran una jarra de agua helada por encima en pleno invierno.

Estaba acompañada de Carla y mi hermano, pues empecé a sentirme mal y llamé a su casa.

Sí, tal y como estáis pensando, en el momento en el que volví a Madrid, tomé la decisión de irme a vivir sola, era como si lo necesitara.

Mi padre mandó retirar todos los muebles que había en el ático, y que había disfrutado el inquilino, así como dio la orden de pintarlo y amueblarlo de nuevo.

Mi hermano lo había ayudado con todo el tema de la decoración, y me quedó de una elegancia que daba gusto verlo.

Era exactamente igual que el de mi hermano, en metros y en orientación, ya que el de mi hermano ocupaba toda la parte derecha de la planta y el mío, toda la parte izquierda.

Como os iba contando, que siempre me pasa lo mismo y me voy por los cerros de Úbeda, empecé a encontrarme mal.

Era como si me fallaran las fuerzas, como si el mundo fuera más rápido que mi propio cuerpo, y me asusté.

Ambos me llevaron a urgencias de inmediato y, cuando el doctor me hizo la temida pregunta, pensé que el suelo se abría bajo mis pies.

—¿Cuándo tuvo su última regla?

—Pues, ciertamente, no lo recuerdo, porque como tomo la píldora…

Recordé que ese verano, con todo el jaleo de la compra del chiringuito y demás, me olvidé de tomarla un par de días, pero no pensaba que me fuera a pasar nada.

—Entonces, será mejor que hagamos una prueba de embarazo y, según su resultado, ir buscando otras posibles causas.

—Perfecto, doctor, muchas gracias.

Me dio un tarrito de esos que se utilizan para recoger las muestras de orina, y me indicó que fuera al baño. Se realizaría allí mismo, con lo que los resultados los tendríamos de inmediato.

Todavía no había metido el palito, cuando dos rayas rosas aparecieron de inmediato, y me quise morir.

Mi hermano me miraba con amor, al igual que mi amiga, pero ella me entendía mejor que nadie, pues también se había enfrentado a un momento así de la misma forma en la que lo estaba haciendo yo, completamente sola.

—Valeria, no estás sola, nosotros estaremos a tu lado, en el caso de que el padre huya —me dijo mi hermano.

—El padre ya ha huido, Álvaro, sin siquiera saber que estaba embarazada.

—¿Es de ese hombre que conociste en verano? ¿Del socorrista?

—Sí, no he estado con nadie más.

—Entonces, será nuestro consentido.

—¿Qué dirán papá y mamá?

—No te voy a engañar, mamá estará encantada, y por eso, el enfado de papá se quedará en nada, aunque no dudo que, en un principio, pondrá el grito en el cielo.

Salimos de la consulta, donde mi amiga me cogió aparte, aprovechando que mi hermano había ido a coger cita con el ginecólogo, que tendría que ser el que llevara mi embarazo.

—¿Vas a decírselo a su padre?

—Me ha bloqueado, no tengo manera de hacerlo.

—Sabes que eso no es cierto, Blanca lo ve a menudo, y podría decirle que te llamara.

—No quiero saber nada de él, me está costando media vida olvidarlo, y ahora lo tendré que recordar para siempre. Tan solo espero que el bebé se parezca a mí, o cogeré una depresión.

—No me seas exagerada. Piensa que ese bebé es fruto del amor de tu vida, un bonito recuerdo de lo que tuvisteis.

—Tendré que verlo de ese modo, no me queda otra.

Mi hermano llegó con una cita para el día siguiente, así que decidí que, cuando el médico me dijera que todo iba bien, sería cuando hablaría con mis padres y les contaría todo.

Tal y como vaticinó mi hermano, mi padre puso el grito en el cielo, diciéndome que lo había decepcionado y muchas otras lindezas más.

Tanto mi madre como yo lo dejamos que se desahogara, hasta que fue ella la que se levantó y me abrazó, ofreciéndome su apoyo.

Ese fue el instante en el que mi padre se vino abajo, y se unió a nosotras en ese abrazo, mientras que las lágrimas corrían por mis mejillas.

Empecé a trabajar en la empresa de inmediato, encargándome del departamento de márquetin, junto a Carla, ya que Blanca prefirió entrar en el de producción, que le gustaba más.

Esa mañana me levanté con un presentimiento, algo me decía que el día no iba a terminar como había empezado.

Mi hermano no paraba de hablarme de un compañero de universidad que había entrado nuevo en la empresa, sustituyendo a un antiguo empleado de publicidad.

Según él, era un genio, y se había encargado de una de las campañas más importantes que llevábamos en la empresa.

—Valeria, tienes que venir y estar presente en la presentación de la campaña, que la va a llevar él.

—Está bien, pesado, mañana estaré en la sala de reuniones.

—No te vas a arrepentir, te lo prometo.

Pues sí que me arrepentí, porque cuando vi entrar a David en esa sala, agarrando a Martina, que mostraba un avanzado estado de gestación, casi se me cayó el mundo al suelo.

Me recompuse como pude, y el tiempo justo para actuar como si no nos conociéramos y avisar a mi hermano que no me encontraba bien, que, por otro lado, no era mentira.

Me encerré en mi despacho y, minutos después, apareció Carla, con una infusión relajante.

—Ya lo has visto.

No fue una pregunta, fue una afirmación que me hizo comprender que ella sabía de quién se trataba, esa persona de la que mi hermano me había hablado.

—¿Tú lo sabías?

—Me enteré ayer, pero no he querido decirte nada.

—Dime que mi hermano no sabe que es el padre de mi hijo.

—No, es más, en un primer momento pensó que era conmigo con quien había estado liado.

—Por favor, no le digas nada, no quiero que se meta en un problema.

—¿Tu hermano o David?

—Ninguno de los dos. Es muy bueno en su trabajo, y no me parece justo que lo despidan por algo que él no sabía.

—Tienes razón, pero te recuerdo que las mentiras tienen las patitas muy cortas y que, tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz.

—Déjame el tiempo suficiente como para que me invente algo.

—No habrá excusa que valga, Valeria.

—¿Me estás diciendo que salga ahí y le diga que estoy esperando un hijo suyo?

—Hombre, no tan directamente, pero la idea es esa.

—Está ahí con Martina, y ha entrado muy acaramelado. Eso sin contar con que la barriga de ella casi llega a la mesa.

—¿Ella también está embarazada?

—Sí, y no dudo de que, cuando fue a buscarlo, fue por eso, porque ya estaba embarazada y no sabría la manera de decírselo a su marido.

—Joder con el socorrista, que va dejando niños por el mundo como el que reparte comida de Glovo.

No pude evitar soltar una carcajada, porque Carla era así, tenía la capacidad de sacarte una sonrisa en los momentos más oscuros.

Minutos después, mi hermano llamó a la puerta para preguntarme cómo me encontraba.

Por suerte, él vivía en la inopia y no se daba cuenta de nada en absoluto, porque no dudo que lo hubiera cogido por el cuello en ese mismo momento.

Vi cómo Martina salía sola de la sala de reuniones. Al parecer, David se había marchado antes, tendría asuntos que atender en el trabajo.

En cuanto se fijó en mí, no dudó en encaminar sus pasos hacia mi despacho, y tuve claro que venía a refregarme su relación.

—¿Nos puedes dejar a solas, Álvaro?

—Ya mismo me marcho, pero ya sabes, si te encuentras peor, me avisas.

—Lo sé, hermanito.

Álvaro me dio un beso en la mejilla y salió de mi despacho. No la iba a dejar hablar, no permitiría que sus palabras me incomodaran, como había sucedido en mi casa del pueblo.

—Si vienes a decirme que estáis juntos y que vais a tener un hijo, no hace falta que lo hagas, ya lo tengo claro.

—Tan solo espero que no tengas la desfachatez de despedirlo, porque iré a por ti hasta las últimas consecuencias.

—Sal de mi oficina, si no quieres que llame a seguridad.

—Ahora mismo, no me apetece volver a verte nunca y, si no supiera que David ha encontrado el trabajo de sus sueños, no dudes de que lo convencería para que también saliera de aquí cagando leches.

Se dio media vuelta y se marchó, pero de lo que yo no me había dado cuenta era de que la puerta estaba abierta y de que mi hermano se había enterado de todo.

—Ahora mismo me estás contando qué es lo que ha pasado aquí.

—Déjalo, Álvaro, por favor.

—No te lo crees ni tú. Recoge tus cosas, que nos vamos a tomar algo y me contarás absolutamente todo.

No le pude decir que no, porque sabía que no me dejaría en paz hasta que no hablara. Quizás soltar todo eso aligeraría el peso que llevaba sobre mis hombros.

Estaba lloviendo a mares, por lo que no fuimos demasiado lejos, nos quedamos en una cafetería que había en la acera de enfrente de nuestra empresa.

El camarero se acercó a nosotros, pero mi hermano, con el afán de quedarse a solas conmigo, ni siquiera lo dejó preguntar, le dio la comanda directamente.

—Dos desayunos completos, uno con cacao en vez de café, por favor.

—Ahora mismo se lo traigo.

—Gracias.

Mi hermano me miró, esperando a que fuera yo la que empezara a hablar, pero no me salían las palabras, no sabía por dónde empezar.

—Estoy esperando.

—Tu amigo David es el hombre del que me enamoré este verano, el socorrista.

—Mentira, eso que me dices no es verdad.

—Te lo prometo.

—Pero… si él debe llevar con Martina mil años.

—No, ella lo dejó porque se enamoró de otro y se casó con él, pero, al parecer, han vuelto.

—Tengo que hablar con él, no pienso dejar que las cosas se queden así.

—No lo hagas, Álvaro, por favor, es mi vida y quiero vivir tranquila.

—Ya, y tu hijo tiene derecho a tener un padre. Yo sé lo que se sufre, te lo puedo asegurar y, si es cierto que es su hijo, tendrá que responder por él.

—Tan solo asegúrame una cosa.

—Lo que quieras.

—Que su puesto de trabajo no correrá peligro.

—Estamos hablando de un tema personal, que se queda al margen del profesional.

—Gracias, Álvaro.

—Eres mi hermana y ese bebé es mi vida, te lo aseguro. Tan solo quiero lo mejor para vosotros.

No pude evitar soltar un par de lágrimas. Mi hermano me aseguró que no sería él quien le dijera que el niño que estaba esperando era suyo, que primero iba a investigar qué era lo que le unía a Martina.

—Voy a invitarlo a cenar a mi casa, te lo digo para que no aparezcas, si no quieres.

—Estaría bueno que yo estuviera allí, y le pelo las gambas también, para que me vea más servil todavía.

—Hombre, tampoco es que llegues a ese extremo.

—Creo que mejor me encargo del postre, pero del suyo nada más, que lo voy a cargar de laxante. Tres días se va a llevar sin poder levantarse del váter.

—Joder, hermanita, me das miedo. Se le va a poner al pobre el culo como la bandera de Japón.

Terminamos de desayunar y volvimos a la empresa. Yo me encerré en mi despacho a revisar toda la documentación que tenía pendiente, mientras él entraba en otra reunión, pero esta vez con mi padre y sus socios, y en la que tendría para largo.

Salí del trabajo a las tres de la tarde. Carla me estaba esperando abajo, para venirse conmigo a casa, ya que mi hermano todavía no había terminado y luego le dijo que tenía que hacer una gestión.

Capítulo 34



David

Aproveché mi hora del desayuno para ir a hablar con Javier, pues Blanca estaba en una reunión en otra de las empresas que trabajaban con nosotros.

Mi amigo me recibió medio dormido, pues él trabajaba en una cadena de televisión y había terminado casi cuando amanecía.

—De verdad, David, que yo no sé nada.

—Estoy desesperado, Javier. La vida es muy puta.

—Te lo dije, que por esa mujer perderías a Valeria.

—Martina no tiene nada que ver en todo esto.

—Ah, ¿no? Sé sincero conmigo.

—Siempre lo soy.

—Si esta mañana, cuando has vuelto a ver a Valeria, Martina no hubiera estado presente, ¿habrías actuado de otra manera?

—Claramente, sí, hubiera intentado hablar con ella y aclarar las cosas.

—Tú mismo te has respondido a esa pregunta.

Salí de allí, pues se me terminaba el tiempo, y cogí un taxi para volver al trabajo.

Antes de marcharme, le dije a Martina que tenía otra cita con otro cliente y que no podía acompañarla a la salida.

No le gustó mucho mi comentario, pero se conformó. Me puse a analizar sus conductas, y me trataba como si fuera su pareja, como si tuviera la obligación de hacer lo que a ella le pareciera bien.

De pronto, algo de toda la situación no me cuadraba, y decidí ponerme en contacto con Mauro, su marido.

Me costó media vida que me cogiera el teléfono, pero, después de mucho insistir, lo conseguí.

—¿Se puede saber para qué coño me llamas? ¿Quieres contarme cómo te estás follando a mi mujer?

—Mauro, ¿de qué me estás hablando?

—Sí, tú hazte el tonto, pero siempre tuviste claro que volvería contigo cuando a ti te diera la gana.

—Te prometo que no sé de qué me hablas. Mira, vamos a hacer una cosa, te espero a las tres en el restaurante del centro, el que está junto al cine, y aclaramos las cosas.

—Allí estaré, pero no descarto la posibilidad de partirte la cara en cuanto te tenga delante.

Me cortó la llamada y me quedé completamente confuso, pues de verdad que no sabía a qué se estaba refiriendo.

Me sumergí en la cantidad de trabajo que tenía pendiente, que no era poco, y que me ayudaría a que las horas pasaran más rápido, aunque mirara el reloj cada poco tiempo.

A las tres y cinco salí de allí como las balas. Álvaro intentó frenarme, pero le dije que tenía una cita importante, que me llamara por la tarde.

—Tenemos que hablar de algo importante, David.

—Álvaro, de verdad, tengo una cita importante que puede cambiar mi vida para siempre.

—Está bien, te espero esta noche en mi casa, a las nueve, lo hablaremos mientras cenamos.

—Perfecto, pásame la ubicación por mensaje y allí estaré.

Lo dejé casi con la palabra en la boca, pero tenía que llegar allí lo antes posible.

Paré un taxi que pasaba, casi de forma milagrosa, porque no era de las calles más transitadas y todo el que llegaba hasta allí lo solía hacer en autobús o en su propio coche.

Le di la dirección y en menos de quince minutos ya estábamos delante de la puerta.

Era como si todo se hubiera confabulado a mi favor, como si la vida quisiera que abriera los ojos de una puñetera vez con respecto a Martina.

Entré y vi a Mauro en la barra, con una cerveza en la mano, pensativo. Me frené y cogí una bocanada de aire antes de enfrentarme a él.

—Buenas tardes, Mauro.

—Lo serán para ti.

—Vamos a una mesa, allí hay una que está más apartada y en la que podremos hablar tranquilos.

—Todavía no sé por qué he venido, te lo prometo.

—Porque necesitas aclarar todo, al igual que yo.

Mauro me miró como si yo fuera el conocedor de toda la verdad, como si viera en mí al culpable de sus males, cuando era todo lo contrario.

—No sé qué tienes en mi contra, Mauro, y me gustaría que me lo dijeras.

—¿Cómo puedes tener la poca vergüenza de preguntarme eso? Sobre todo, después de que te acostaras con mi mujer y la dejaras embarazada.

—¿Qué coño estás diciendo? Yo no me he acostado con tu mujer desde que empezó contigo, así que dudo mucho que pueda haberla dejado embarazada.

—¿Lo vas a negar?

—Por supuesto que lo niego, y lo que me parece más lamentable es que digas eso para escurrir el bulto de tu responsabilidad con ese niño.

—Ahora soy yo el que no entiende nada.

—Te compro que hayas dejado de querer a Martina, que te hayas enamorado de otra persona, pero ese bebé seguirá siendo tu hijo, estéis juntos o no.

—No puede ser mi hijo porque soy estéril.

—¿Perdona?

—Yo te perdono lo que quieras, pero no es mi hijo.

—Si no es tuyo ni mío, ¿quién es el padre de esa criatura?

—¿Me dices de verdad que no te has acostado con Martina?

—Te lo juro por las cenizas de mi padre.

—Joder, esa mujer ha jugado con los dos.

Mauro me contó que Martina, en cuanto se enteró de que se venían a Madrid a trabajar, se obsesionó conmigo, hasta el punto de averiguar que me iba a ese pueblo a trabajar.

Le dijo que quería marcharse unos días de vacaciones con sus amigas, y no vio nada extraño, pues no era la primera vez.

Lo extraño fue que, cuando bajó de nuevo a Sevilla a recoger algunas cosas que dejó olvidadas, se cruzó con sus amigas.

Ellas, al verse en el compromiso, le contaron que Martina se estaba viendo con otro hombre y que había ido hasta allí para encontrarse con él.

—Mauro, te prometo que yo no he tenido nada con ella.

—¿Qué te contó a ti?

—Pues que…

Le conté la versión que me había dado a mí, que no tenía nada que ver con lo que él me había contado antes.

—En lo único que ha dicho la verdad es que yo la llamé ese día, pero para que me dijera la verdad.

—Y al parecer, no te la dijo, pues conmigo no tiene nada más que una amistad, que pienso cortar en cuanto salga de aquí.

—Esa mujer está acostumbrada a jugar con los hombres, y esto que ha hecho me lo demuestra claramente.

—¿Entonces no estás con nadie?

—Ahora mismo no quiero ver a una mujer ni de lejos, amigo.

—Gracias por contarme la verdad, Mauro, o hubiéramos seguido en la ignorancia, tanto tú como yo.

—Aléjala de ti y haz todo lo posible por recuperar a la mujer de la que estás enamorado, David.

—Lo intentaré, pero creo que llego demasiado tarde.

Me despedí de él en la puerta y cogí otro taxi para ir hasta mi casa, que quedaba al otro lado de la ciudad, y no me apetecía ir andando hasta allí.

En cuanto abrí la puerta de mi casa, escuché unas risas, unas que reconocería entre miles de ellas, y que no me hicieron ni puta gracia.

—Sal ahora mismo de mi casa —le dije.

—Hijo, ¿qué ocurre para que le hables así a Martina? —me preguntó mi madre.

—Que es una embustera y que no la quiero en mi vida.

—David, ¿qué estás diciendo?

—Que ya no me vas a engañar más, he comido con Mauro, ¿te suena ese nombre?

Vi cómo su rostro mudaba del asombro al miedo, pasando por la furia, pero me dio exactamente igual.

—Ese hombre lo único que quiere es verme hundida, sola, me ha dicho que no se hará cargo del niño…

—Yo tampoco lo haría si estuviera en su lugar.

—David, un hijo es lo más grande que hay en el mundo.

—Cuando es tuyo, mamá, no cuando tienes la certeza de que tu mujer te ha engañado con otro.

—¿Qué coño estás diciendo? Este hijo es de Mauro —me dijo ella.

—¿Pero no era mío? Eso es lo que le dijiste a él, cuando te pilló en un renuncio. Al final, Valeria tenía razón, y tus amigas jamás estuvieron allí.

—¡Todo es por culpa de esa maldita mujer! Pero no la tendrás, ella ya tiene nueva pareja y está esperando un hijo suyo.

—No sabes lo que me alegro por ese hombre, porque se lleva a una gran mujer, no como tú, que eres tan rastrera como para hacerle creer a tu marido que el hijo era suyo, cuando es estéril.

En cuanto comprendió que lo sabía todo, salió de mi casa corriendo, como si yo fuera a ir detrás de ella, cosa que no volvería a hacer en la vida, porque no la quería delante de mí, bajo ningún concepto.

Le expliqué a mi madre lo que me había contado Mauro, su exmarido, ya que la pobre me miraba sin entender nada, y me dio la razón.

Entre Martina y mi madre siempre había habido muy buena sintonía, no así con mi padre, que descubrió cómo era desde el primer momento, aunque nunca supe lo que vio en ella.

Capítulo 35



David

Me senté un rato con mi madre y, cuando vi que era la hora, me levanté para darme una ducha y salir rumbo a la casa de Álvaro.

Me había enviado un mensaje de WhatsApp con la ubicación de su casa. Si iba, era porque sabía que el único que me podía dar norte y seña de la situación sentimental de su hermana era él.

Pensé en ese bebé, y llegué a la conclusión de que, si Valeria no tenía pareja, y me aceptaba de nuevo, la ayudaría a criar a ese bebé, al que querría como si fuera mío.

Tenía que ir pensando en comprarme un coche, aunque fuera de segunda mano, porque estaba gastando más dinero en taxis y en transporte público de lo que me supondría pagar uno a plazos.

Del dinero que había ahorrado de mi trabajo de socorrista no había gastado casi nada, así que lo podría dar de entrada.

Mi jefe, al enterarse de la muerte de mi padre, me abonó el sueldo de ese mes entero, sin quitarme ni un mísero euro.

Llegué hasta el edificio en el que vivía Álvaro, que estaba en un barrio inmejorable, y tuve que decirle mi nombre al portero, o no te dejaba subir.

—Sí, lo tengo en la lista de visitas, puede subir, es el ascensor del fondo.

—Gracias, muy amable.

Me subí en aquel ascensor que no solo me llevaría hasta el ático de Álvaro, sino que, dependiendo de lo que habláramos allí, lo haría también al cielo o al infierno.

Llamé al timbre y escuché la voz de Carla a través de la puerta, que fue la que me abrió.

—Hola, Davicito, vienes muy guapo esta noche.

—Gracias, Carlita, tú también estás preciosa.

—Será por la ilusión que me hace esta cena.

—Yo no negaré que estoy nervioso, porque no sé lo que tiene que hablar tu marido conmigo.

—Todavía no es mi marido. ¿Acaso ves un anillo en mi dedo?

—No tardarás mucho en lucir uno, te lo aseguro —dijo Álvaro, que apareció por el salón en ese momento.

—¡Dios te escuche! O terminaré siendo madre soltera —soltó ella, con una sonrisa.

Álvaro se quedó parado en medio del salón, sin saber qué hacer o qué decir, y solté una carcajada.

—¿Me estás insinuando que estás embarazada, Carla?

—No lo insinúo, te lo estoy diciendo claramente. Me acabo de enterar hace un rato.

Ante mis ojos tenía la viva imagen de la felicidad, y no pude evitar sonreír, pues Álvaro se arrodilló ante ella, llorando como un niño pequeño.

Más tarde, y ya sentados en la mesa, me explicó el motivo de su reacción, y es que la vida pone todo y a todos en su lugar, como estaba comprobando.

—David, quiero que me digas qué es lo que tienes con Martina, y no me mientas, por favor.

—Nada, porque, después de lo que he descubierto hoy, no quiero ni mantener con ella una amistad. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Estás seguro de que lo que me estás contando es cierto?

—Como que me llamo David Galván.

—Y ahora, la pregunta más importante. ¿Qué sientes por mi hermana?

—Todo, Álvaro, lo siento todo, pero también sé que quizás sea demasiado tarde.

—No lo es, si de verdad quieres recuperarla, estás a tiempo.

Casi por instinto, llevé mi mano a mi muñeca, donde seguía luciendo esa pulsera que ella me regaló y que representaba nuestra relación.

—Ella también la conserva, no se la ha quitado nunca —me dijo Carla.

—Pero… ¿Y el padre del bebé?

—No soy yo quien te lo deba contar, entre otras cosas porque se lo prometí, pero lo que sí te voy a contar es que ella siente por ti lo mismo que tú por ella.

Me levanté de la silla y me puse a dar vueltas por todo el salón, como un león enjaulado.

—Si necesitas aire fresco, puedes salir a la terraza —me dijo Carla.

Noté cómo Álvaro la miraba de manera interrogante, para luego soltar una carcajada.

No sabía a lo que se estaba refiriendo, pero tampoco me interesaba. Ahora mismo tenía que encontrar la manera de acercarme a ella, para que no me rechazara.

El aire fresco de la noche me dio de lleno en la cara y, al girarla, pues escuché un ruido, me encontré con su rostro, en la terraza contigua.

No me lo pensé, os lo prometo que no, y salté el pequeño muro que las separaba.

No sabía si ahí vivían sus padres junto a ella, o si el que lo hacía era el padre de ese niño, pero tenía que hablar con ella y no encontraba un mejor momento que ese.

—¿Qué estás haciendo, David?

—Venir a buscar a la mujer de la que estoy enamorado.

—Eso no es cierto, siempre lo has estado de Martina, a la vista está que estáis esperando un hijo, que, por cierto, se gestó cuando ella aún estaba casada.

—Te equivocas, de todas, todas.

—No me mientas, David, ella misma se ha encargado de decírmelo en mi despacho esta misma mañana.

—Ese hijo no es mío, al igual que tampoco lo es de su marido, que, en cuanto descubrió el pastel, le pidió el divorcio.

—Entonces, ¿qué es lo que te une a ella? Y no me digas que una amistad, porque está demostrado que ella no quiere eso.

—Y me ha costado darme cuenta de eso, a pesar de la cantidad de veces que me lo dijiste en la playa.

—¿Me vas a contar todo de una puta vez?

—Esa boquita, que no respondo.

—No le des más vueltas, por favor.

—No me une nada, es una mentirosa compulsiva, que le da la vuelta a las cosas para ponerlas a su favor. Me ha manipulado muchísimo, pero ya no tendrá esa posibilidad.

—No sé si creerte.

—Hazlo, porque nunca te he mentido. Y ahora, es tu turno, quiero que me cuentes todo sobre el padre de tu hijo.

—Pues nada, es un gilipollas que conocí este verano, que me bloqueó de su teléfono y que salió huyendo en cuanto se dio cuenta de sus sentimientos.

—¿Lo conociste después de que me fuera?

—No, qué va, lo conocí mientras estabas allí. Trabajaba de socorrista.

—¿Me pusiste los cuernos? Espera, espera, allí en esa torre no estábamos más que nosotros tres, ¿en qué torre trabajaba?

—En la que estaba justo frente a mi casa. Sí, incluso un día, se metió al mar para rescatarme.

—¿Yo soy el padre de este bebé?

—Hijo, menos mal, pensé que iba a tener que traerte un espejo para que te dieras cuenta.

El llanto que tuvo Álvaro minutos antes era un simple sollozo comparado con el que me entró a mí.

Miré al cielo, pues sabía que mi padre, desde donde estaba, me había echado una mano, haciendo que, en mi vida, fueran encajando todas las piezas.

No me aguanté más, y la besé de una manera tierna, pero también pasional. Estábamos en ello, cuando escuché la voz de mi cuñado a través de la terraza.

—El postre está en la mesa, si no vais a venir, avisadme.

—¿Qué has hecho de postre, hermanito? —preguntó Valeria.

—Tarta selva negra con cereza ácida —contestó él.

Valeria saltó como un resorte, y me acordé del momento helado de ese sabor, en la hamaca del jardín de su casa. A ella le debió pasar lo mismo, porque unos preciosos colores se pintaron en sus mejillas.

—Espero que hayan hecho postre de sobra, porque pienso repetir, y no en el plato, precisamente.

Valeria tragó saliva de manera notable, como si imaginar esa escena en su casa, en su cama, la hubiera encendido.

Me fui hasta la terraza, con la intención de volver a hacer lo mismo, cuando me di cuenta de que Valeria se fue a la otra punta de la casa.

—¿No crees que es mejor salir por la puerta? Vamos, yo, precisamente, no estoy en condiciones de saltar ese muro, por muy pequeño que sea.

—Tienes razón, es que, como no conozco la casa…

Me encogí de hombros, mientras a ella se le pintaba la sonrisa más bonita que había visto en mi vida.

Al salir al rellano, su hermano estaba esperándonos con la puerta abierta, y la misma sonrisa que ella.

Se notaba a la legua lo mucho que la quería, y lo protector que era con ella, aunque conmigo nunca se mostró de esa manera.

—Entra, que Carla y yo tenemos algo que contarte —le dijo su hermano.

—¿Ella no lo sabe?

—No, tan solo lo sabemos nosotros tres, y eso porque mi chica no puede guardar un secreto, te lo aseguro.

—Qué no, dice, pues anda que no me he callado durante tiempo que el padre de tu sobrino era tu amigo —le contestó ella, poniéndose la mano en la boca, por si Valeria no me había dicho nada.

—Menos mal que ya lo sabe, porque hubieras metido la pata a la altura de la oreja.

—Lo mismo que antes, cuando le he dicho a tu hermano que estaba embarazada.

—¿Estás embarazada?

—¿Ves? Otra vez lo has vuelto a hacer.

Epílogo



Tres años después…

Valeria

—Venga, amiga, que te duermes en los laureles.

—Tenemos tiempo, no me metas más prisa, por favor, que casi no puedo moverme.

—No, si al final llegaré con el niño de la mano.

Carla se había puesto de parto, y me tocaba a mí llevarla hasta el hospital, pues mi hermano y mi marido habían ido hasta un concesionario a elegir un nuevo coche familiar para ambos.

En estos tres años, nuestras vidas habían cambiado mucho, y por eso será mejor que os lo cuente desde el principio.

David y yo nos casamos un par de meses después de que naciera nuestra pequeña Silvia, que recibió el nombre de mi abuela, por lo mucho que me había ayudado con sus dichos.

Mi madre lo aceptó de inmediato, a mi padre le costó un poco más, pero no porque no fuera de mi clase social, que eso quedó atrás, sino porque no le perdonaba lo que me había hecho sufrir durante el verano.

Al final, y notando el amor que seguía creciendo entre nosotros, no tuvo más remedio que admitir que la situación aquella por la que estaba pasando David no era la más idónea para empezar una relación.

Nuestra luna de miel fue en el pueblo, en nuestra casa, pues mi padre la puso a nuestro nombre como regalo de bodas. Decía que nadie mejor que nosotros, que la hicimos nuestro nidito de amor, para cuidar de ella.

Con respecto al chiringuito, aquello iba viento en popa, superando los ingresos hasta en temporada baja. En menos de un año recuperé la inversión, y les propuse a Braulio y a Macarena si querían tomar las riendas de nuevo.

No se lo pensaron, y me dijeron que ni de coña, que ellos estaban así de miedo, por lo que continuaba siendo mío, pero eran mis amigos los que lo gestionaban.

Ahora volvía a estar embarazada. Como decía mi madre, parecía que mi hermano y yo nos poníamos de acuerdo, ya que, la primera vez, nuestras hijas se llevaban tres meses de diferencia.

En esta ocasión, sería cuestión de días, porque mi cuñada estaba de parto y yo ya estaba cumplida. Esta vez, ambas traíamos gemelos, y eran niños, al menos en mi caso, pues los suyos no se dejaron ver y nos llevaríamos la sorpresa ahora.

Seguíamos viviendo en el ático, pero ya teníamos comprada una casita a las afueras, porque se nos estaba quedando pequeño con tanto niño.

Eso sí, una al lado de la otra, como no podía ser de otro modo, y cerquita de donde vivía mi madre, que se pasaba todo el día con nosotras, rodeada de sus nietos.

La madre de David, que era una mujer encantadora, decidió vender su piso, ese en el que se había criado mi marido y que tan buenos recuerdos le traía, para irse, junto a sus amigas, a una residencia.

Eligió una que estaba en la misma urbanización en la que habíamos comprado nuestras casas, para tenernos a todos cerca.

Por mucho que insistimos en que se viniera a vivir con nosotros, no lo conseguimos.

—Es el momento en el que mi hijo viva, Valeria, no te lo tomes a mal, pero demasiado tiempo ha estado sacrificado por nosotros.

—Bueno, como quieras, pero que sepas que las puertas de nuestra casa siempre estarán abiertas para ti.

—Lo sé, mi hijo no podía haber dado con una mujer mejor que tú.

Nuestras hijas mayores estaban en el colegio, por lo que avisé a mi madre de que se encargara de ellas, mientras yo cogía el coche para llevar a Carla al hospital.

Le dije a David que nos dieran el encuentro allí, y así no perderíamos más el tiempo, y quedamos en que nos esperarían en la puerta.

No me preguntéis cómo lo hice, porque ni yo misma lo sé, pero cuando llegamos al hospital, no era una la parturienta, éramos las dos.

El personal médico nos miraba y se reía, porque decían que estábamos sincronizadas.

—Di la verdad, Valeria. Tú te has puesto de parto a la vez que yo para así ahorrarte un cumpleaños.

—Uno no, amiga, dos, que son mellizos.

Ambas soltamos una carcajada, mientras, tanto David como mi hermano, nos miraban como si estuviéramos locas.

Yo no sé mi amiga, pero mis contracciones no eran para tanto como se decía. Ya me había sucedido con la niña; si llego a esperar cinco minutos más, la hubiera tenido en mi coche.

Nos pasaron al quirófano, donde, de cuatro empujones, planté a los dos niños en el mundo. Se llamaban David y Álvaro, como su padre y su tío.

Mi amiga decía que, si eran niños, ahora no sabría qué nombre ponerles, pero en realidad sí que lo tenía decidido.

Carla tardó un poco más y, cuando salió mi hermano, lo hizo con una sonrisa y un niño en cada brazo. Eran un niño y una niña, y eran preciosos.

Su hija mayor se llamaba Melania, como su abuela, y estos llevarían los nombres de Valeria y Pablo, como yo, su tía, y como su abuelo, al que se le caía la baba con sus nietos.

Los padres de Carla no aceptaron a mi hermano, a pesar de que lo conocían desde pequeños, todo lo contrario a los míos, que, en cuanto se enteraron, le abrieron los brazos a mi amiga.

Mi padre, viendo que el amor de su hijo estaba por encima de todo y de todos, les compró su parte de la empresa, por lo que no volvieron a preguntar ni por su hija.

Lo mismo sucedió con los padres de Blanca que, después de muchas idas y venidas, le ofrecieron a mi padre sus acciones, y no dudó en comprarlas, pero no apartó a mi amiga de su puesto, ni mucho menos.

Ellos terminaron separándose, ya que la situación era insostenible, y mi amiga no había querido saber nada de ninguno de los dos, que insistían en que los perdonara.

Fueron muchas las lágrimas que ella derramó por la situación que se vivía en su casa, y de la que todo el mundo estaba ajeno.

La poca vergüenza de la madre llegó al punto de insinuarse a la pareja de su hija, que juró no volver a poner un pie en aquella casa.

Ellos eran muy felices juntos; no se habían casado, pero tenían dos hijos de dos años que los traían locos.

Seguían viviendo en el piso de Javier, donde tuvieron que hacer varias reformas para poder estar más cómodos.

Mi padre habló con nosotros y nos comentó su intención de regalarles uno de los dos áticos, pues los padres de Blanca no habían tenido la decencia ni de comprarle un piso en condiciones a su hija.

—Que se quede con el mío, papá, ponlo a su nombre en cuanto me den la llave de mi nueva casa.

—Sabía que podía contar con vosotros.

Todo el mundo se fue marchando, y nos quedamos en la habitación tan solo nosotros con los niños.

—¿Te imaginabas este final para nosotros?

—Sinceramente, no. Más bien me veía criando a Silvia yo sola.

—Te quiero, Valeria, y siempre lo haré, hasta el fin de mis días. Me has dado todo lo que siempre soñé.

—Yo también te quiero, mi amor, pero te voy a decir una cosita: se cerró la fábrica de los niños. ¿O voy a tener que gritar, como debí haber hecho aquel día en la playa?

—¿Gritar? ¿El qué?

—Sí, gritar, y bien alto. ¡Socorro, me ahogo!

David soltó una carcajada que me contagió, y cerramos el momento con un beso que me supo a poco.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora
